
HARLEQUIN
Bianca
PRINCESAS ENAMORADAS
La princesa y el griego
Jane Porter

La princesa y el griego

Jane Porter

El avión real iba a sufrir un accidente. Afortunadamente, la princesa Chantal Thibaudet fue auxiliada por el hombre al que ella creía su guardaespaldas. Pero en realidad Demetrius Mantheakis era un renombrado experto en seguridad... y ahora insistía en que Chantal se fuera con él a su isla privada para poder protegerla.

Estar tan cerca de aquel arrogante plebeyo fue suficiente para que Chantal abandonara toda precaución... y todas sus obligaciones reales. Sabía que acostarse con Demetrius sería una vergüenza para la familia real... ¿Pero quién iba a enterarse?

Hasta las princesas podían quedarse embarazadas cuando se dejaban arrastrar por la pasión...

LA PRINCESA Y EL GRIEGO, N° 2 - 18.5.05
Título original: The Greek's Royal Mistress

Capítulo 1

AL sentir que el avión perteneciente a la flota real de La Croix crujía y se estremecía, la princesa Chantal Thibaudet alzó la mirada mientras el té que estaba tomando amenazaba con derramarse a causa del movimiento.

Hasta aquel momento el vuelo había transcurrido sin incidencias. Habían salido de Nueva York hacía tres horas en dirección a La Croix, y aunque la secretaria de la princesa y sus acompañantes estaban charlando animadamente en la parte trasera, Chantal estaba desesperada por llegar a casa y volver a ver a su hija.

Sin embargo no se mostraba inquieta ni perdía la compostura. Llevaba demasiados años entregada a sus funciones de princesa como para revelar lo que estaba sintiendo. La gente no quería conocer la realidad que había tras las puertas del palacio. Sólo querían su perpetua sonrisa, la tiara, los espléndidos vestidos... Querían el cuento de hadas, no la verdad.

La verdad. Ah, la verdad. Aquello era algo completamente distinto.

Meditó en su sombrío futuro. Aquella no era la vida que había esperado tener. Siempre había creído que las cosas saldrían de otra manera.

El avión entró en un bache que hizo que cayera abruptamente. Chantal miró de inmediato a su alrededor para comprobar la reacción de los demás. Además de sus asistentes, había un par de periodistas, algunos ejecutivos amigos de los Thibaudet y el personal del avión.

Odiaba los vuelos agitados. Eran inherentes al hecho de volar, algo que había hecho toda su vida, pero desde que era madre la asustaban los despegues y los aterrizajes y cualquier incidencia en vuelo. Sin embargo, simuló sentirse totalmente calmada y

dio un sorbo a su té.

Acababa de llevarse la taza a los labios cuando el avión volvió a estremecerse como si estuviera a punto de estallar.

Chantal plantó los pies con firmeza en el suelo y se esforzó por parecer relajada.

No iban a estrellarse. Tan sólo se trataba de una turbulencia. Nada serio.

Una azafata se acercó a ella.

—Deje que me lleve su taza. Podría quemarse.

Los pasajeros comenzaron a murmurar cuando una nueva sacudida zarandeó al avión. Chantal oyó que su peluquera empezaba a llorar.

Al ir a volverse su mirada se cruzó con la de uno de los pasajeros. Estaba sentado al otro lado del pasillo y no apartó sus negros ojos de ella cuando se miraron. Parecía muy tranquilo y, por su aspecto, duro a la par que atractivo, no parecía francés ni inglés.

—Parece que hay muchos baches —dijo Chantal.

—Sí.

Chantal tuvo la sensación de que aquel hombre no quería compañía.

—¿Vuela a menudo? —preguntó de todos modos.

—Sí. ¿Y usted?

—Bastante —contestó Chantal—. Pero nunca había... —se interrumpió cuando el avión cayó en un nuevo bache y alguien gritó a sus espaldas.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, miró de nuevo al hombre. No podía desmoronarse. No podía dejar ver su miedo.

«Habla con él», susurró una vocecita en su interior.

—Tiene un acento especial —dijo.

—Usted también.

—Soy de Melio.

—Y yo de Grecia —contestó el hombre a la vez que se levantaba para ir a sentarse junto a ella.

—Yo soy la princesa Chantal Marie...

—Sé quién es.

Claro que lo sabía. Chantal se esforzó por sonar natural.

—¿Cómo se llama?

—Demetrius Mantheakis.

El avión volvió a estremecerse e hizo un movimiento extraño.

Chantal entreabrió los labios y miró al señor Mantheakis.

—Eso no ha sido una turbulencia, ¿verdad?

—No.

Chantal asintió y exhaló lentamente, tratando de ignorar su miedo, que cada vez era más intenso.

Demetrius se inclinó hacia ella.

—¿Cómo está su cinturón? —preguntó, pero no esperó a que Chantal respondiera. En lugar de ello, alargó una mano y comprobó personalmente la tensión del cinturón.

—No tiene por qué molestarse —murmuró Chantal.

—¿A qué se refiere?

Chantal pensó que la voz de Demetrius era dura como la grava. Su acento era mucho más áspero que el de los griegos que había conocido hasta entonces.

—A que no hace falta que se moleste en entretenerme y distraerme.

—Sólo nos estamos haciendo compañía mutua.

Chantal trató de sonreír, pero no lo logró. El corazón latía desbocado en su pecho. Volaban sobre el Atlántico y no había ningún lugar en el que aterrizar si llegara a resultar necesario. Miró por la ventanilla y pensó en su hija Lilly.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero logró contenerlas. Las princesas no lloraban. No mostraban sus emociones en público.

Se cubrió el rostro con las manos y se frotó los ojos para secar las lágrimas antes de que cayeran. No podía perder el control.

—No veo nada —dijo cuando volvió a mirar por la ventanilla. El avión atravesaba una densa nube negra y se estremecía de vez en cuando como para recordarles que el peligro aún no había pasado—. ¿Cree que los pilotos verán algo?

—Vuelan con el piloto automático.

—Estos momentos son ideales para el autoanálisis —dijo Chantal con una tensa risa—. No hay nada como enfrentarse a uno mismo.

—¿Lamenta cosas que ha hecho?

—Docenas de cosas. Algunas que he hecho y otras que he dejado de hacer.

—Dígame alguna.

Chantal aferró con fuerza los brazos de su asiento.

—Hay demasiadas. No puedo pensar en una sola, sino en todas, en toda esa experiencia de vida en todas esas esperanzas y sueños...

—La vida no es nunca como uno espera que vaya a ser, ¿verdad?

Chantal miró a Demetrius. Parecía tan grande, tan imponente... y tan tranquilo.

—No.

—¿Y qué ha resultado diferente en la suya?

Chantal movió la cabeza. No podía hablar de aquello. No podía hablar de nada.

—La vida es un rompecabezas —dijo, recordando el fin de semana que había pasado en Nueva York, ciudad a la que había acudido como invitada de honor a un desfile de moda, aunque su propósito principal había sido encontrar parte de su pasado, o más bien del de su madre. Pero las cosas no habían salido así.

—Puede serlo. Pero también puede no serlo.

En otra época no lo había sido para Chantal. Pero las cosas habían cambiado desde su matrimonio, desde el nacimiento de Lilly, desde la muerte de Armand... Nada estaba claro. Nada era sencillo. Pensar en la falta de sencillez le hizo recordar al camarero que la había atendido aquella mañana en el hotel mientras desayunaba, un camarero que desafiaba cualquier descripción. Debía de medir al menos un metro noventa, tenía el pelo largo, la voz suave y delicada, los hombros caídos, la cintura estrecha, los labios carnosos... y sin embargo era un hombre.

—Había un camarero en el hotel esta mañana... —empezó, lentamente—. No encajaba en lo más mínimo con su cuerpo. No sé si había estado tomando algo para volverse más femenino, pero...

—¿Pero qué?

—Ha despertado mi admiración por negarse a pasar su vida siendo alguien, o algo, que no quería ser, por no estar dispuesto a pasar el resto de su vida en un cuerpo en el que no encajaba, o interpretando un papel que no le iba. Creo que hay que ser valiente para hacer eso.

Chantal volvió a mirar por la ventanilla. Ella

sabía lo que era luchar contra algo constantemente, lo que era negar sus impulsos naturales una y otra vez...

—Pero usted es valiente —dijo Demetrius—. Ha hecho cosas increíbles en su vida.

—Pero no cosas como ésa. En realidad nunca he luchado por nada —de pronto, la voz de Chantal se quebró y cerró los ojos. Le habría gustado poder desaparecer en aquel instante. No quería sentir tanto. No quería pensar tanto.

—Si pudiera repetir su vida, ¿por qué lucharía?

Chantal se movió incómoda en su asiento. Quería bajar del avión. Quería alejarse de aquel hombre que hacía preguntas duras y quería respuestas verdaderas.

—Por ser feliz —dijo, sin poder creer que estuviera hablando con tanta confianza con él—. Jamás pensé que la felicidad sería tan esquiva. Siempre pensé que todos tendríamos las mismas posibilidades de alcanzarla.

—¿Y usted no las tuvo?

Chantal nunca hablaba con nadie de aquellas cosas, pero ya no parecía poder parar. Era como si aquel hombre hubiera despertado una tormenta en su interior.

—No sé qué fue mal. Me esforcé tanto por hacer lo correcto... Pensaba que, si me esforzaba lo suficiente, si era lo suficientemente buena, sincera, amable y compasiva, encontraría la felicidad de la que otros parecían disfrutar. La felicidad y la paz —cerró un momento los ojos. Sabía que estaba hablando demasiado, ¿pero qué más daba? Aquel hombre sólo sabía cómo se llamaba, nada más. Y aunque sobrevivieran al vuelo, no volverían a verse nunca. De manera que, ¿qué mal había en que se explayara un poco, en que hablara desde el corazón?

Toda su vida había estado regida por el deber, su país y la economía.

Como nieta mayor de las tres que tenía el rey Remi Ducasse, estaba destinada a ser la futura reina de Melio. Había sabido desde niña que parte de su deber consistía en casarse con quien debiera hacerlo, tener herederos, asegurarse de la estabilidad económica de su país y garantizar la

independencia de éste de sus poderosos vecinos, España, Francia e Italia.

Nunca había tenido la oportunidad de vivir siguiendo los impulsos de su corazón. Hacía tiempo que éste era regido por su cabeza, y su innata tendencia a la lealtad y el deseo de hacer lo correcto habían eclipsado hacía tiempo sus impulsos y sentimientos naturales.

Desgraciadamente, muy poco después de casarse con Armand, supo que había cometido el mayor error de su vida, y tener a Lilly sólo había servido para empeorar la cosas.

Pensar en su hija la hizo sonreír por dentro. Lilly lo era todo. Era la mayor alegría que podía ofrecer la vida.

El avión entró en un nuevo bache y a continuación se estremeció como si estuviera a punto de saltar en mil pedazos.

Chantal apretó las manos en su regazo mientras se preguntaba qué iba a pasar con su hija.

Sabía que su cuñado, el rey Malik Nuri, sultán de Baraka, estaba haciendo lo posible por liberar a Lilly, por encontrar un modo de escapar a las arcaicas leyes de La Croix, pero de momento no lo había logrado. Si el avión se estrellara, Lilly se vería atrapada para siempre con los Thibaudet en La Croix. Chantal no podía soportar aquella idea. Los Thibaudet, los padres de Armand, eran unas personas frías y duras que controlarían cada uno de sus movimientos.

La cabeza empezó a darle vueltas y se le encogió el estómago. Se estaba mareando y apenas podía respirar.

De pronto, sintió una mano en su nuca que la empujó con delicadeza para acercarle el rostro a las rodillas.

—Respire hondo —ordenó Demetrius Mantheakis en un tono que no admitía réplica.

—No... puedo —la voz de Chantal se quebró a la vez que las lágrimas contenidas se derramaban por sus mejillas—. No puedo...

—Claro que puede. Debe hacerlo. Vamos, Chantal. Sea fuerte.

La dureza del tono de Demetrius fue como una

bofetada. Tras unos momentos, Chantal se sintió más tranquila. Volvía a respirar.

—Ya estoy mejor —dijo a la vez que se erguía.

Demetrius apartó la mano de su cabeza.

Chantal quiso mirarlo, pero no se atrevió. Aquel hombre la asustaba tanto como los bandazos del avión.

Demetrius contempló a la princesa, consciente de que tenían problemas, consciente de que estaba tranquilo porque ninguno de los dos podía hacer nada al respecto. O sobrevivían, o morían. En cualquier caso, él estaría con la princesa. Podía permitirse estar tranquilo. Ya se habían tomado determinadas decisiones por ellos. Sólo era cuestión de esperar.

—Ya estoy mejor —repitió Chantal.

—No tiene nada de malo tener miedo.

Chantal alzó su mirada azul hacia Demetrius.

—¿Tiene miedo usted?

—Un poco.

Chantal apartó la mirada. Ella no tenía un poco de miedo. Tenía mucho miedo, y por primera vez en años sólo quería escuchar la verdad. No quería las promesas, la simulación y las floridas frases que siempre le estaba ofreciendo la gente.

—¿Cree que vamos a salir de ésta?

—Vamos a intentarlo.

Chantal sintió ganas de gritar ante la firmeza del tono de Demetrius. Si no hubiera existido Lilly, ella podría haber aceptado que le había llegado el turno, pero Lilly existía y la necesitaba.

«Concédeme dieciséis años más, Dios mío», rogó. Dieciséis años más de abrazos, de cumpleaños, de conversaciones sobre todo y sobre nada. «No le pediré que viva por mí. No le pediré que sea nada por mí. No le pediré que sea otra que ella misma. Sólo quiero que pueda contar conmigo. Quiero abrirle puertas y luego arroparla por la noche, sabiendo que está en su hogar, a salvo».

Apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas.

—Si no llego a casa...

—Llegará.

—Pero si no llego, prométame que le dirá a mi hija...

—Chantal.

La dura voz de Demetrius hizo que Chantal lo mirara de nuevo. Cuando sus ojos se encontraron, sintió una extraña mezcla de frío y calor.

—Usted no me llama «Excelencia».

—Porque usted no es mi excelencia. Usted es Chantal Thibaudet.

—Odio ese nombre. No soy una Thibaudet. Ése era el apellido de mi marido.

—Que murió.

Chantal tragó convulsivamente.

—Sí, murió.

—Y usted no va a morir.

—No.

Los labios de Demetrius se curvaron en una leve sonrisa. Chantal pensó que parecía la sonrisa de un lobo negro.

—Ésa es la primera respuesta positiva que he escuchado de sus labios.

—También es la primera vez que yo le veo sonreír.

—No me gusta sonreír.

Chantal rió. Por un momento logró olvidar los bandazos del avión.

—¿No le gusta sonreír?

—Sólo los tontos sonríen.

—Supongo que está bromeando.

Demetrius ladeó la cabeza y la intensidad de su mirada hizo temblar a Chantal, pero no precisamente de miedo.

Como Armand, aquel hombre poseía una increíble seguridad en sí mismo. Pero ella sabía lo que acababa pasando con hombres como aquél. Empequeñecían a aquellos que los rodeaban hasta que no les quedaba nada, ni autoestima, ni valor, ni espíritu. No era aquélla la clase de hombre que quería conocer.

El avión pareció entrar en otro bache, pero en aquella ocasión no dejó de caer. Una mujer dejó escapar un prolongado grito de terror tras Chantal. Demetrius la tomó de la mano y la sostuvo con firmeza..

—Estoy aquí.

Chantal aferró su mano con todas sus fuerzas.
—Estamos cayendo en picado.
—No hay duda de que vamos muy deprisa hacia algún sitio —la dureza de la voz de Demetrius reveló que él también sentía la urgencia, el peligro de la situación.
—Gracias por estar conmigo —murmuró Chantal, que sentía los intensos latidos de su corazón resonándole en los oídos.
—De nada.
En aquel momento, saltaron las mascarillas de oxígeno y ambos se las pusieron rápidamente.
—Quiero irme a casa —dijo Chantal con voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas.
—Con su hija.
Chantal asintió y aferró los brazos de su asiento con todas sus fuerzas.
—Hábleme de ella —dijo Demetrius—. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuál es su color favorito?
Chantal parpadeó. El avión estaba cayendo en picado y aquel hombre trataba de impedir que ella se desmoronara.
—Cuatro. Y su color favorito es el verde.
—¿Cómo es? —preguntó Demetrius mientras los cinturones de seguridad apenas lograban contener sus cuerpos.
Chantal no lograba concentrarse. La presión que sentía en la cabeza la impulsaba a unirse a los gritos de los demás pasajeros aterrorizados.
Lilly.
La imagen de su hija apareció en su mente y, mientras el mundo giraba a su alrededor, Chantal comprendió por primera vez que el amor no podía contenerse en ningún lugar, que no podía ser atrapado en el interior de un cuerpo, sino que habitaba en todo el universo.
El amor era algo inherente a toda criatura viviente, a cada célula, a cada átomo del universo.
Lilly estaría bien.
Contaría con tía Nic y tía Joelle, con su abuelo y su abuela, y además estaban los habitantes de Melio, que siempre la habían querido y aceptado.
Estaría bien.
Una voz sonó por los altavoces del avión.

—Prepárense para el impacto.

Demetrius apoyó una mano tras la cabeza de Chantal y le hizo inclinarla hacia las rodillas.

—Manténgase así —ordenó.

«Te quiero, Lilly»

Capítulo 2

LA panza del avión chocó violentamente contra el suelo. Rebotó. Volvió a caer. Rebotó aún más alto y el crujido metálico que acompañó a la siguiente caída fue ensordecedor. Chantal estaba segura de que iban a ser consumidos por el calor, el ruido, el olor a goma quemada y a gas.

Una columna de humo negro invadió el interior mientras el avión seguía deslizándose de costado a toda velocidad.

Algo destelló en medio del caos. Fuego.

El avión estaba ardiendo.

De pronto, el avión se desgajó en tres pedazos. La cola y el morro se desprendieron del cuerpo central, que empezó a abrirse a causa del violento roce contra el suelo.

Aturdida, Chantal vio que las estrellas comenzaban a pasar toda velocidad por encima de su cabeza a la vez que notaba que algo húmedo y cálido se deslizaba por su frente. Apenas podía respirar a causa del humo y el calor. Tenía que quitarse la máscara. Tenía que salir de allí como fuera.

De pronto, notó una mano en su cintura, tirando de su cinturón de seguridad. Trató de levantarse, pero sus piernas no respondieron. Le dolía el pecho y su cuerpo parecía negarse a obedecer las órdenes de su mente.

—Toma mi mano —ordenó una voz a su lado.

Era la voz de Demetrius, pero Chantal no logró verlo.

—¡Chantal! —la aspereza con que Demetrius dijo en aquella ocasión su nombre hizo que Chantal abriera los ojos. Estaba delante de ella. La tomó de la mano y tiró para que se levantara.

—Huelo a fuego —dijo en tono extrañamente calmado a la vez que notaba que sus piernas apenas lograban responder.

—La sección de atrás está ardiendo.

Chantal siguió a Demetrius con dificultad por la alfombrilla roja del avión hasta donde el suelo había quedado desgarrado. Un enorme trozo de metal se alzaba hacia el cielo como una extraña escultura posmodernista.

Demetrius saltó al suelo en primer lugar y luego alzó las manos para ayudar a Chantal a bajar.

—Puedo caminar —protestó ella cuando la tomó en brazos y empezó a alejarse a toda velocidad.

—Está sangrando.

Chantal lo miró atentamente. Su expresión era de determinación.

—No estoy sangrando.

Demetrius no contestó. Se limitó a seguir caminando a toda velocidad, como si Chantal no pesara más que una pluma.

A lo lejos, el penetrante sonido de una sirena alcanzó sus oídos.

Gracias a Dios. La ayuda no tardaría en llegar. Chantal cerró los ojos, agradecida.

Demetrius llevó a la princesa hasta un claro lo suficientemente alejado del avión. La estaba separando intencionadamente de los demás supervivientes, que también se estaban alejando del avión siniestrado. Le alegró que se hubiera desmayado. No estaba de humor para hablar o tratar de explicar lo que había pasado.

Había fracasado. Así de sencilla era la explicación.

Había sido contratado para protegerla y no la había protegido. Al margen de las circunstancias, él era responsable del accidente. Un accidente que no tendría que haber sucedido.

Había sustituido al equipo de vuelo por el suyo propio. Había sustituido a las azafatas y había investigado minuciosamente a todos los que iban en el avión para asegurarse de que todos los que viajaban con la princesa le eran leales.

Finalmente, el problema había sido el avión en sí. Había hecho que lo inspeccionaran. Obviamente, la inspección no había bastado.

Se había equivocado al creer que, tras diez años de experiencia, había aprendido algo. Había empezado

a trabajar en aquello por interés personal. Una brecha en la seguridad de su familia había tenido consecuencias terribles. La tragedia le hizo convertirse en experto en seguridad. Se había vuelto demasiado despiadado y frío como para ser guardaespaldas, y ése era uno de los motivos por los que nunca asumía personalmente las misiones, pero después de que el rey Nuri, el reciente cuñado de la princesa Chantal, le explicara la situación, Demetrius fue incapaz de negarse. La situación de la princesa Chantal era especial.

Viuda a los veintisiete años, y con una hija de cuatro, alguien quería hacerla desaparecer.

La maldad del intento, unida a la circunstancia de que su hija se quedaría huérfana, hizo que Demetrius se animara a aceptar ocuparse personalmente de la misión. La princesa era demasiado vulnerable. Y él sabía hacer su trabajo. Llegado el momento de ofrecer las formas más sucias de protección e intimidación, Demetrius no se andaba con paños calientes.

Normalmente no cometía errores.

En aquella ocasión, había cometido uno del que nunca se olvidaría... pero no pensaba cometer ningún otro.

El terreno comenzó a ablandarse bajo sus pies y los gritos se volvieron más distantes. No sabía cómo había logrado encontrar el piloto un trozo de tierra en medio del Atlántico para aterrizar, pero toda la tripulación sería recompensada por ello.

Se agachó cuidadosamente y dejó a Chantal sobre la arena, aún cálida. Comprobó sus constantes vitales como pudo y decidió que estaba bien. Era el golpe que se había llevado en la cabeza lo que le preocupaba. Parte de la pared tapizada que había ante ellos se había desmoronado al primer impacto.

Lamentó no tener una linterna. Quería ver los ojos de Chantal para comprobar si estaban dilatados, como se temía.

De pronto, Chantal se irguió y lanzó los brazos hacia delante.

—¿Lilly? —murmuró.

—Lilly está bien —Demetrius pasó un brazo por sus hombros para sostenerla—. Túmbate y relájate.

—¿Dónde está?
—En casa.
La expresión de Chantal se relajó visiblemente a la vez que respiraba hondo.
—No estaba en el avión.
—No.
Chantal cerró los ojos.
—Gracias a Dios —volvió a abrirlos y miró a Demetrius en la oscuridad—. Lo hemos logrado.
—Así es.
—¿Y los demás?
—Sé que hay varios superviviente. He visto a varios pasajeros moviéndose por el lugar del accidente.
—Debemos acudir junto a ellos. Debo estar a su lado —la voz de Chantal sonaba hueca, entumecida. Estaba conmocionada y probablemente no sabía lo que estaba diciendo—. Tengo que ayudar...
—No es posible.
—Debo hacerlo.
—No es seguro.
—¿Por qué?
—Es demasiado volátil.
—¿Se refiere al avión?
—Entre otras cosas.
Chantal entrecerró los ojos para tratar de enfocar el rostro de Demetrius mientras se preguntaba por qué le parecía escucharlo de tan lejos si estaba tan cerca.
Alzó cautelosamente una mano para tocarse la frente en el lugar que le molestaba. Le dolió alzar el brazo y, cuando se tocó la frente, comprobó que había sangre en ella. No recordaba haber recibido ningún golpe pero, dadas las circunstancias, no era de extrañar.
—¿Ha perdido usted el conocimiento en algún momento? —preguntó.
—No.
—¿Y no está herido?
—No.
Chantal asintió. Aún podía ver el interior del avión, aún podía saborear el humo, la sangre, el terror... y sin embargo allí estaban, en alguna isla remota en medio del Atlántico.

—¿Dónde estamos?
—Creo que cerca de las costas de África.
—Es imposible. No había tierra...
—Nuestra excelente tripulación ha logrado encontrarla.
—¿Dónde está el avión?
Demetrius señaló la zona arbolada que había a sus espaldas.
—Allí. Todos los demás están al otro lado de los árboles.
—Estamos muy cerca del mar.
—Hemos estado a punto de caer en él.
Chantal no supo por qué, pero la expresión de Demetrius y su tono la hicieron sonreír.
—Tenemos suerte de estar aquí.
—Desde luego.
Chantal aún no podía creer que hubieran salido tan bien parados del accidente. De pronto, su corazón se encogió. ¿Qué habría pasado con los demás? Tenía que averiguar cómo se encontraban los miembros de su séquito, su personal.
—Tengo que volver al avión —dijo mientras trataba de levantarse.
—No.
Chantal ignoró la negativa de Demetrius y logró ponerse en pie.
—Jamás me perdonaría haberme quedado aquí sin hacer nada, sin tratar de averiguar si hay algún herido.
Demetrius se levantó y apoyó ambas manos en sus hombros para impedirle alejarse.
—Lo siento, pero no puedo permitirle volver.
—No comprende...
—Sí comprendo —de pronto, Demetrius apoyó un dedo sobre los labios de Chantal—. Shh. Alguien viene.
Su mirada estaba fija en los árboles que había tras ellos y se llevó una mano al costado, justo debajo del brazo. Chantal conocía aquel gesto. Los miembros de su servicio secreto lo hacían a menudo. Estaba comprobando que su arma estaba en su lugar.
¿Aquel hombre llevaba un arma de fuego?
Demetrius se había colocado ante ella, protegiéndola.
—¿Quién está ahí?

Una voz masculina respondió en griego.

Demetrius se relajó un poco, pero no demasiado. Chantal sintió el poder de su cuerpo, la tensión de su ancha espalda. Habló con el otro hombre rápidamente y, por su tono, se notó que estaba acostumbrado a ser obedecido.

Chantal se preguntó quién sería en realidad y qué estaba haciendo en el avión.

El hombre que estaba junto a los árboles volvió a perderse en la oscuridad y Demetrius hizo que Chantal se sentara en la arena antes de sentarse junto a ella.

—Ahora ya puede relajarse —dijo—. Era el piloto. Hay algunos heridos, pero ninguna víctima.

Chantal sintió un gran alivio al escuchar aquello.

—¿Está seguro?

—El piloto ha hecho recuento de los pasajeros y me ha asegurado que, a pesar de que algunas de las heridas son aparatosas, ninguno corre peligro.

—Gracias a Dios.

Demetrius asintió.

—Han pedido ayuda por radio. Seguiremos aquí hasta que llegue la ayuda. Es más seguro.

Chantal no entendía por qué era más seguro esperar allí, pero se sentía demasiado agotada como para preguntar.

—De acuerdo —murmuró.

El tiempo pasó lentamente. A pesar de su aturdimiento, Chantal se esforzó por mantener los ojos abiertos. Cuando empezó a soplar el viento, Demetrius la condujo hasta un lugar más protegido de la playa y construyó rápidamente un pequeño refugio con unas cuantas ramas.

—Me temo que va a llover —dijo Chantal a la vez que alzaba la mirada hacia el cielo. Unas nubes enormes y oscuras estaban tapando la luna.

Demetrius asintió y la contempló atentamente. Tenía los labios apretados y su rostro parecía un estudio de pura concentración. Algo le estaba doliendo. Lo último que quería era ofenderla, pero había sido contratado para hacer un trabajo que pensaba hacer. Se sentó junto a ella en el improvisado refugio.

—¿Por qué no se quita los zapatos, princesa? Estará más cómoda.

Chantal miró sus zapatos de tacón. Parecían absurdos en aquellas circunstancias. Cuando se inclinó para quitárselos, una punzada de dolor le hizo fruncir el ceño.

—¿Dónde le duele? —preguntó Demetrius de inmediato.

—Estoy bien.

—No es eso lo que he preguntado.

Chantal alzó expresivamente sus cejas.

—¿Disculpe?

—Está herida.

—No.

—Se encoge cada vez que se mueve. Se nota que le duele algo.

—Sólo son unos moretones, señor Mantheakis.

Demetrius comprendió que trataba de ponerlo en su sitio, pero Chantal no sabía que él no creía en el sistema de castas. En su mundo, la gente era gente. Punto.

—Es peor que eso.

—No es cierto —Chantal quería mostrarse indiferente, pero de pronto sintió miedo. Miedo de él. Quería irse, volver con los demás.

Aterrorizarla no iba a servir de nada, se dijo Demetrius.

—Necesito comprobar si está herida —dijo con toda la calma que pudo.

—Me niego.

—No le dolerá.

—Quiero regresar al avión.

—Ya sabe que no vamos a hacerlo.

Chantal trató de levantarse pero Demetrius la rodeó con un brazo y la retuvo contra sí.

—Suélteme.

—No voy a hacerle daño.

La voz grave y profunda de Demetrius hizo que Chantal se estremeciera.

—No tiene derecho a tocarme.

—Está haciendo que esto resulte más difícil de lo debido.

Chantal cerró los ojos y volvió el rostro. Al hacerlo rozó con la mejilla el hombro de Demetrius y

sintió la calidez de su piel.
—Suélteme, por favor —susurró, asustada.
—Después de que me asegure de que no tiene más heridas.
—No tengo más heridas. Se lo aseguro.
—No puedo limitarme a aceptar su palabra, princesa. Lo siento.
Chantal abrió los ojos y alzó la mirada hacia los ásperos rasgos del rostro de Demetrius. Sus altos pómulos conferían a su expresión una mezcla de dureza y arrogancia que su firme mandíbula no hacía nada por aliviar.
—No me he roto nada —dijo, con el pulso acelerado.
—Debo comprobarlo de todos modos.
—No —aquel hombre tenía que estar loco—. No, no, no y no —Chantal no pensaba permitir que acercara las manos a su cuerpo—. Si me hubiera hecho daño, lo sabría.
—Ni siquiera sabía que estaba sangrando.
—Creía que era lluvia.
—Exacto —Demetrius hizo que Chantal se tumbara y se puso en cuclillas junto a ella—. Haga el favor de desabrocharse la blusa, princesa.
Chantal estuvo a punto de atragantarse.
—¡Señor Mantheakis!
Demetrius no contestó. Estaba esperando. Era paciente. Muy paciente. Y su paciencia lo hacía fuerte.
Chantal sintió auténtico pánico.
—No pienso quitarme la ropa. Ya llevo bastante poca.
—Sólo quiero que se desabroche la blusa. Supongo que llevará un sujetador.
—Sí, pero...
—¿Quiere que se la desabroche yo?
—Ni se le ocurra intentarlo. No tiene derecho a... —Chantal se quedó muda cuando Demetrius alargó las manos hacia ella y rozó la curva de sus pechos—. ¡Pare!
—No estoy de humor para discutir.
—¡Apártese!
—Cállese.
Chantal se quedó boquiabierta. ¡Cielo santo!

¡Otro Armand! Al parecer había arrogantes de su clase por todas partes. Le dio una enérgica palmada en la mano.

—Puede que sea una princesa tonta de treinta años, pero no soy completamente estúpida. No hace falta que me quite la blusa para comprobar si tengo algún hueso roto.

—Busco contusiones profundas.

—Muchas gracias, pero ya tengo mi propio doctor en La Croix.

—Vamos a pasar aquí toda la noche. Y probablemente pasemos mañana también todo el día. No podemos permitirnos esperar a llegar a La Croix. Y ahora, haga el favor de desabrocharse la blusa. Le prometo que me controlaré.

Chantal sintió que sus mejillas se acaloraban.

—No se burle de mí.

—Hablo totalmente en serio.

Chantal no sabía si sentirse ofendida o decepcionada.

—No estoy acostumbrada a desvestirme en público.

—En ese caso, relájese. Esto es definitivamente privado.

Chantal se cruzó inconscientemente de brazos. Nadie la había tocado desde que Armand había muerto, y su marido nunca fue especialmente... delicado.

Armand se casó con ella para crear una alianza económica y política de la que se beneficiaron sus respectivos países, pero no Chantal.

Fue mucho peor de lo que había imaginado. No era la vida que esperaba para ella. Ella era la mayor, la más fuerte, la más segura de sí misma. Iba a hacer que todo fuera bien para su familia, para la gente de Melio... Pero fracasó.

Se equivocó tanto...

Armand no la amaba. Ni siquiera trató de hacerlo. Ella no era lo que quería.

Tonta Chantal. Tonta y decepcionada princesa en su torre.

Demetrius apoyó una mano en su hombro.

—Su blusa, princesa. Ahora.

Capítulo 3

LA sensación del calor de la mano de Demetrius fue explosiva.

Chantal contuvo el aliento ante el inesperado contacto. Hacía tanto tiempo que no la tocaba nadie.

Demetrius le presionó el hombro y el brazo con la mano. No fue un contacto íntimo, pero bastó para que el pulso de Chantal se desbocara.

—Relájese. No voy a hacerle daño.

—Lo sé —dijo Chantal, y era cierto. Aquél no era la clase de hombre capaz de golpear a una mujer.

La mano de Demetrius se deslizó de su hombro a su clavícula y luego a la parte alta de sus pechos.

Chantal cerró los ojos. Su cuerpo parecía más vivo que nunca y ella sentía a la vez miedo y curiosidad. Una oleada de calidez la recorrió de arriba abajo al sentir la dureza de la palma de la mano de Demetrius sobre su delicada piel.

No podía moverse. No podía pensar. No podía hablar. Todo su ser estaba concentrado en las sensaciones que la exploración de Demetrius estaba despertando en ella.

—Desabróchese la blusa, princesa, o me veré obligado a hacerlo yo.

Chantal alzó una manto temblorosa hacia el primer botón de su blusa. No podía creer lo que estaba haciendo. ¿Dónde estaba su mente? ¿Dónde estaba su voluntad? ¿Qué le estaba pasando? Pero no se detuvo. Desabrochó los botones de la blusa y luego miró a Demetrius, tensa.

Él le sostuvo la mirada sin moverse. No la bajó hacia sus pechos. En lugar de ello siguió mirándola hasta que Chantal se sintió aturdida y abrumada por la sensación de estar cayendo sin poder remediarlo.

Demetrius movió la mano muy despacio por encima del pecho de Chantal para luego deslizarla por su costado. Ella volvió a contener el aliento al sentir

una oleada de calor en el vientre.

—¿Le duele?

Chantal tuvo que tragar para poder contestar.

—Parece que esa zona está especialmente sensibilizada.

Demetrius le apartó los laterales de la blusa para observarla. La pálida piel de Chantal comenzaba a adquirir la típica tonalidad azulada y amarillenta de los moretones.

—Me preocupan sus costillas —dijo.

Chantal sintió que se le ponía la carne de gallina y que se le erizaba el vello de la nuca.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba pasando en su interior, en torno a ella? El oscuro cielo parecía cargado de energía y un poderoso trueno resonó en lo alto, haciendo temblar ligeramente la tierra.

Chantal cerró los ojos de nuevo cuando Demetrius continuó con su exploración. Cada vez que movía la mano ella sentía cómo la invadía su calor, despertando en su interior sensaciones que no experimentaba hacía años.

—¿Ha dolido eso?

Chantal oyó la voz de Demetrius tan cerca de su oído que casi sintió que la voz procedía de su interior.

—No —se sentía febril a causa del calor. Aquel hombre le estaba haciendo sentir tanto... Su proximidad y sus manos le estaban haciendo recordar todo lo que tanto había echado de menos.

El amor. Hacer el amor. El sexo.

Era posible que el sexo estuviera sobrevalorado, pero el cuerpo dejaba de sentirse como tal cuando se le negaba radicalmente.

Demetrius deslizó una mano hasta su tobillo y comenzó una lenta exploración ascendente de la pierna de Chantal, que tuvo que apretar los ojos con fuerza cuando sintió que alcanzaba la parte interior de su muslo.

—La otra pierna —dijo él en tono indiferente, pero Chantal no pudo evitar que su pulso volviera a desbocarse.

—No... —murmuró, consciente de que estaba perdiendo el control, de que se estaba desmoronando el muro de acero tras el que mantenía ocultas sus

emociones.

—Casi he terminado —dijo Demetrius mientras continuaba tranquilamente con su exploración.

Chantal deseó que terminara cuanto antes para volver a ser la princesa de hielo que no necesitaba nada, ni a nadie, ni siquiera el amor.

Pero Demetrius no se dio más prisa. En todo caso, pareció tomárselo con más calma, y el movimiento de sus manos a lo largo de las piernas de Chantal pareció ralentizarse.

Completamente superada por los acontecimientos, por todo lo que había sucedido en las últimas horas, los ojos de Chantal se llenaron de lágrimas a la vez que respiraba temblorosamente.

—Está muy magullada y tiene fisuras en varias costillas. Pero creo que no hay nada más grave.

La grave voz de Demetrius casi dolió a Chantal. Todo lo que hacía aquel hombre la estaba afectando de tal modo que no sabía qué hacer, dónde escapar.

Un repentino rayo iluminó de pronto el cielo sobre ellos, seguido de un estruendoso trueno. Cuando sus ojos se encontraron, Chantal sintió que la oscura mirada de Demetrius penetraba hasta lo más hondo de su ser.

—Ha dicho que era griego —dijo de pronto, ansiosa por encontrar algún modo de distraerse de las peligrosas sensaciones que estaba experimentando.

—Sí.

Las manos de Chantal temblaban tanto, que no podía abrocharse la blusa.

—¿Vive en Grecia?

—Sí.

—¿En Atenas?

Demetrius la miró un momento y luego le apartó las manos para ocuparse de abrocharle la blusa.

—Tengo mi propia isla cerca de Santorini.

Sonaba aburrido, indiferente, pero Chantal no lo creyó ni por un segundo. Según su experiencia, los griegos eran hombres muy orgullosos y varoniles. También eran apasionados y se mostraban muy posesivos con sus mujeres.

Contempló un momento su duro rostro mientras seguía ocupado con la blusa. La única suavidad que había en él estaba en su boca. La curva de su labio

inferior sugería una misteriosa y provocadora sensualidad.

Chantal lo había pasado mal mientras Demetrius exploraba su cuerpo, pero el modo desapasionado en que le estaba abrochando la blusa la hizo sentirse aún peor. Sentía tanto, necesitaba tanto... y la profundidad de su necesidad la apabullaba.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿Qué sucede? —preguntó Demetrius.

Ella negó con la cabeza, temiendo hablar. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se estaba desmoronando de aquella manera?

—Venga aquí —la voz de Demetrius sonó profunda y reconfortante mientras tomaba a Chantal entre sus brazos.

«Abrázame».

«Suéltame».

«Deséame»

«No me toques».

—Se supone que las princesas no tienen permiso para llorar.

Chantal trató de sonreír.

—Lo sé. Es la regla número uno.

—¿Y cuál es la número dos?

—No hacer en público nada que pueda avergonzar a la familia.

—¿Eso es una advertencia?

—No. Sólo una regla.

—¿Y este lugar es público?

Estaban en medio de ninguna parte y el séquito de Chantal se hallaba en otra parte, tras los árboles.

—Ya no lo sé.

—Aquí no hay nadie —murmuró Demetrius, y su voz sonó cómo una mezcla de seda y papel de lija a oídos de Chantal—. Sólo nosotros, el cielo y el mar.

—Y la tormenta —añadió ella cuando un nuevo trueno resonó sobre sus cabezas.

Demetrius la tomó de la mano y observó su pequeña muñeca.

—Y su miedo.

—Y mi miedo —repitió Chantal.

—¿Por qué tiene miedo?

Chantal tragó con esfuerzo y se humedeció los labios, repentinamente secos.

—No suelo hacer... esto.

Demetrius la miró un largo momento.

—¿Por qué no?

Chantal apenas podía oír a causa de los poderosos latidos de su corazón.

—No está permitido.

La mandíbula de Demetrius se tensó visiblemente. Luego, inclinó la cabeza y cubrió con sus labios los de Chantal.

Todo pensamiento se detuvo al instante en la mente de Chantal. El tiempo pareció detenerse y durante un largo momento fue incapaz de reaccionar. Pero, de pronto, el hielo se fundió, su boca tembló y sus labios se ablandaron bajo los de Demetrius. Sintió su cálido aliento y la firmeza de su boca. Hacía tanto tiempo que no la besaba nadie, que ni siquiera recordaba cómo debía hacerlo. Pero lo que sí sabía era que necesitaba aquello, que necesitaba las increíbles y electrizantes sensaciones que aquel hombre despertaba en ella.

Alzó la mano para acariciar su rostro, sin saber muy bien si trataba de atraerlo o apartarlo de su lado. Demetrius estaba invadiendo su mundo, haciendo caso omiso de sus fronteras. No podía permitirle hacerlo, pero no sabía cómo detenerlo. Era como si su beso fuera la vida misma.

—¿Qué puedo hacer...? —murmuró con voz estrangulada—. No sé qué hacer...

—Shh. Yo me ocupo de todo.

Cuando Demetrius apoyó su poderoso y duro cuerpo sobre ella, Chantal se sintió como si por fin hubiera llegado a casa.

Demetrius descansó gran parte de su cuerpo sobre sus brazos, consciente de las frágiles costillas de la princesa.

Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer en aquella situación. No había mantenido el celibato desde la muerte de su mujer, pero hacía tanto tiempo que no sentía nada por nadie, que casi estaba abrumado por las emociones que estaba experimentado.

Habían estado tan cerca de la muerte y tan dispuestos a aceptar lo que pudiera suceder que el alivio de seguir vivos resultaba deslumbrante.

Sintió cómo subían y bajaban los pechos de

Chantal y vio cómo alzaba los labios hacia él, buscándolo... y fue incapaz de no acudir a su encuentro.

La besó profundamente, con un hambre que desafiaba toda explicación. A menos que uno hubiera estado donde él había estado, que hubiera visto lo que él había visto y supiera lo que él sabía, las palabras no habrían bastado para explicar su necesidad de unirse totalmente a alguien, de encontrar alivio durante al menos una hora de paz.

Hacía años que no experimentaba un sentimiento de paz.

Había perdido a su familia, a su esposa, a su círculo de amigos.

Lo perdió todo cuando comprendió que no podía seguir la tradición de los Mantheakis, cuando el hecho de ser un miembro de su familia lo estaba matando con tanta certeza como mató a su mujer.

Había renunciado a su pasado, a su futuro, a su alma. Pero en aquellos momentos, con la princesa, volvía a sentirse vivo de nuevo.

Había mantenido relaciones sexuales en numerosas ocasiones durante los años anteriores, pero nunca había hecho el amor.

Y, por algún motivo, quería hacer el amor con aquella princesa que parecía tan sola como él.

Apoyó las caderas cuidadosamente contra las de Chantal y sintió cómo se adaptaba a él y aceptaba la palpable evidencia de su deseo contra su falda, que apenas le cubría los muslos.

Chantal alzó una mano para desabrocharle la camisa y acariciarlo. Aquella mujer le estaba haciendo arder. Le estaba haciendo desear. Le estaba haciendo sentirse como un jovencito recién enamorado. Pero aquello no era amor. Aquello era miedo. Euforia. Gratitud por haber sobrevivido un día más.

Las caricias de Chantal parecía casi desesperadas, como si ella también supiera que aquel momento era irrepetible, que fuera lo que fuese lo que estuviera sucediendo, nunca volvería a repetirse.

Si ése era el caso, la abrazaría, la colmaría, le daría todo lo que no había dado a las mujeres que

habían entrado y desaparecido a lo largo de los años tras la muerte de Katina.

Terminó de quitarse la camisa con ayuda de Chantal y a continuación se quitó los pantalones. Unos segundos después, estaban abrazados sobre la arena, completamente desnudos.

Demetrius sintió que la princesa contenía el aliento cuando deslizó una mano por la curva de su cadera. Se situó cuidadosamente entre sus piernas y buscó de inmediato su calor. Cuando sintió la cálida humedad de su sexo dándole la bienvenida, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse.

Aquello era una locura. Lo sabía. No era aquél el motivo por el que había aceptado protegerla. Aquello no formaba parte de su trabajo, pero era incapaz de detenerse. No mientras los truenos resonaban sobre sus cabezas y sus cuerpos y su piel eran lo único que les permitía mantener la cordura.

Cuando la penetró, empujando tan profundamente como pudo sin llegar a hacerle daño, sintió que algo en su interior se escindía, y en aquel momento supo que había cometido un terrible error táctico. Aquella no era una mujer que pudiera tener. Pero tampoco era una mujer a la que podría olvidar.

La tormenta había cesado. Ya debía de haber amanecido, pero Chantal no quería abrir los ojos. No quería despertar hasta que Demetrius se hubiera ido. Pero Demetrius no se movía. Estaba tumbado junto a ella, con la mano apoyada en su cadera desnuda.

Había pasado la noche entre sus brazos. Toda la noche. El sexo había sido intenso, explosivo, casi alarmante. Casi podrían haber sido animales en lugar de personas, de dos seres humanos hambrientos de calor.

Pero ella llevaba años hambrienta.

Chantal abrió los ojos y contempló el inmenso cielo azul que había sobre sus cabezas. Cuando se irguió sobre un codo sintió una punzada de dolor en las costillas. Apartó un mechón de pelo de su frente mientras trataba de conservar la calma.

No debería haber hecho aquello. No había estado bien. Aquella clase de acontecimientos estaban

reservados para los adolescentes con las hormonas alteradas, no para una mujer adulta con una hija.

Cuando se apartó cuidadosamente de Demetrius, la punzada de sus costillas se volvió casi insoportable, pero se obligó a ponerse en pie.

El viento había desperdigado casi por completo las ramas de su improvisado cobertizo y la marea estaba a punto de alcanzarlos.

Aunque ni la tormenta ni el viento habían servido para detenerlos. Nada los había detenido. Ni siquiera la dignidad, o el orgullo, o el sentido común.

Se puso a buscar su ropa cojeando, tratando de simular que no estaba completamente desnuda.

Aquella tenía que ser la vida de alguna otra persona. Aquella no podía ser ella.

Había mantenido relaciones sexuales con un completo desconocido.

Y no sólo una, sino tres veces.

Miró a Demetrius. ¿Quién diablos era aquel hombre? No sabía nada de él. Absolutamente nada. Podía ser un periodista. Una amigo de su suegro. Podía estar casado. Podía tener alguna enfermedad.

Chantal se quedó paralizada cuando el siguiente pensamiento cruzó su mente.

Podía estar embarazada.

Sintió un repentino e intenso pánico y se cubrió las manos con los ojos en un vano intento de centrase en los hechos, en la realidad.

Nunca había sido muy fértil. Armand y ella mantuvieron un año de relaciones sin protección antes de que se quedara embarazada de Lilly. Además, no se encontraba en el momento adecuado del ciclo. Había muy pocas probabilidades de que estuviera embarazada.

Lo hecho, hecho estaba, se dijo. No tenía por qué ponerse histérica. Sólo debía vestirse y marcharse de allí.

Tan sólo encontró su blusa y la falda, totalmente empapadas y llenas de arena, pero se las puso de todos modos. Cuando se volvió se quedó helada al ver que Demetrius estaba despierto y observándola.

Su expresión era cautelosa, reservada. ¿Qué estaría pensando? Chantal se dijo enseguida que en

realidad no quería saber qué estaba pensando. Lo que quería era alejarse de él lo antes posible... aunque aún no tenían adonde ir.

Despacio, deliberadamente, avanzó hacia él y trató de ignorar la humedad de su blusa contra sus pechos desnudos, su empapada falda, que se ceñía a sus caderas como un guante. Su ropa interior debía de estar flotando en el mar.

Pero al alcanzar a Demetrius vio que éste sostenía en una mano su sujetador y sus braguitas.

—Por favor —dijo, y extendió su mano en un gesto imperial para ocultar su orgullo herido.

Él le entregó las prendas sin decir nada.

—Gracias —murmuró Chantal.

—De nada, princesa.

Capítulo 4

DEMETRIUS estaba enfadado. Ridículamente enfadado. Y no tenía derecho a estarlo.

Sabía que lo sucedido aquella noche había sido excepcional y que nunca volvería a perder el control de aquella manera, pero el hecho de saberlo no bastó para aliviar la ardiente emoción que estaba creciendo en su interior. Comprobar que aún conservaba alguna emoción lo había desconcertado.

Las emociones sólo servían para interponerse en su trabajo.

—¿Cómo están las costillas? —preguntó. No debería seguir allí desnudo. No debería tener que estar esforzándose por contener su deseo. No debería estar pensando en volver a desnudar a la princesa...

Pero era imposible olvidar lo que había sentido. Estaba dispuesto para tomarla de nuevo, para acariciar sus pechos, su vientre, sus muslos, para volver a sentir cómo se retorcía, gemía y gritaba de placer.

—Bien —contestó Chantal secamente mientras apretaba en la mano su ropa interior.

Demetrius contuvo una sonrisa. La noche anterior se había entregado de lleno a él, pero por la mañana había recordado quién era él, quién era ella y lo que su título representaba. Probablemente, Chantal fuera la princesa más famosa y bella del mundo. Nadie era más fotografiado que ella. Nadie era más regio.

Y resultaba regia incluso en aquellos momentos, con el pelo totalmente revuelto en torno a los hombros y la ropa empapada. Había vuelto a transformarse en quien se suponía que era, y aunque aquello era lo lógico, Demetrius sintió ganas de enfadarse como él sólo podía hacerlo.

—¿Le importa darse la vuelta? —preguntó ella en tono helado.

Demetrius apretó los dientes. ¿De verdad creía la princesa que no lo había visto ya todo, que no había memorizado cada curva de su voluptuoso cuerpo?

El corazón de Chantal estuvo a punto de estallar cuando Demetrius se puso en pie.

Era un hombre enorme. Musculoso. Intimidante. Quiso apartar la mirada de él, pero ya era demasiado tarde. A fin de cuentas, ya habían mantenido el máximo grado de intimidad que podían compartir dos personas.

Finalmente, Demetrius se dio la vuelta y Chantal se quitó rápidamente la blusa para ponerse el sujetador. Pero cuando trató de alcanzar el cierre sintió una punzada de dolor que hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—Ya es suficiente —murmuró Demetrius a la vez que se volvía. Se acercó a ella, tomó las tiras del sujetador y lo abrochó.

—No quiero que me ayude.

—Es una lástima —Demetrius se agachó para tomar la blusa y la abrió para que Chantal se la pusiera.

—No debería... —Chantal se interrumpió a la vez que se mordía con fuerza el interior del carrillo. No podía culpar a Demetrius por lo sucedido. Ella había permitido que sucediera.

Peor aún. Había querido que sucediera.

Demetrius le abrochó la blusa e incluso le metió los faldones en la falda. Al sentir el roce de sus dedos, Chantal volvió a acalorarse y a recordar cómo se habían unido sus cuerpos.

¿Cómo permanecer impasible cuando en su mente no dejaban de aparecer imágenes de lo sucedido? Cada vez que Demetrius la había penetrado había trastocado su mundo, y lo había hecho muchas veces, despacio, enloqueciéndola de deseo, o velozmente, con embestidas duras y secas, despertando en ella una oleada tras otra de increíbles sensaciones.

—Gracias —dijo cuando él terminó, y se felicitó por lo calmada que sonó cuando por dentro se sentía agitada por un vendaval.

Tenía que olvidar. Tenía que apartar de su mente el recuerdo de cómo había reaccionado a las atenciones de Demetrius. ¿Por qué algunos hombres sabían exactamente qué hacer cuando tenían a una

mujer entre sus brazos? ¿Cómo era posible que, con toda su experiencia, Armand no hubiera sido capaz de darle placer nunca? ¿Cómo era posible que lo sucedido con Demetrius hubiera sido la experiencia sexual más intensa de su vida?

—¿Y las braguitas? —preguntó Demetrius.

Chantal se acaloró, se quedó helada, y se esforzó por mantener la mirada por encima de la cintura del cuerpo desnudo de Demetrius. Pero hacerlo no le bastó para pasar por alto la evidencia de su poderosa erección... que encontró inquietantemente excitante. ¿Qué pensaría él de lo sucedido? ¿Habría disfrutado también, o todo había sido cosa de ella?

Cuando sus miradas se encontraron, Chantal sintió un escalofrío. A la luz del día parecía aún más dominante que de noche.

—Puedo ayudarte —le recordó él.

—Por favor —Chantal tenía intención de sonar sarcástica, pero en lugar de ello sonó sin aliento. Estaba volviendo a perder el control y sabía que no podía permitírselo—. Todo esto ha sido un error, señor Mantheakis...

—Creo que a estas alturas ya no debemos andarnos con formalidades, Chantal.

El modo en que Demetrius pronunció su nombre hizo que Chantal sintiera un cálido estremecimiento. Estaba ardiendo por dentro.

—En ese caso, ¿te importaría ponerte algo de ropa?

Demetrius sonrió con pesar.

—Por supuesto, princesa.

La situación era realmente tensa, pensó Chantal, asqueada consigo misma. Demetrius había sido maravilloso en el avión, la clase de hombre al que tal vez le habría gustado tener por amigo, pero ahora... ahora...

Nunca.

—¿A qué te dedicas exactamente? —preguntó mientras trataba de ignorar el hambre, el calor y las condiciones en que se encontraban. Según su reloj era casi mediodía y Demetrius seguía negándose a dejarla volver al avión.

—Tengo mi propio negocio.

—¿Un negocio próspero?

—Muy próspero.
Chantal se puso a juguetear distraídamente con un palito en la arena.
—¿Y tienes tu propia isla?
—Sí.
Chantal alzó la cabeza al oír un ruido en lo alto. De pronto, apareció sobre ellos un avión que volaba a poca altura.
—¡Nos han encontrado! —exclamó Chantal a la vez que se ponía en pie.
El avión comenzó a girar con la evidente intención de aterrizar.
—Deberíamos ir allí.
Demetrius no se movió.
—Ése no es nuestro avión.
—Es un avión de rescate —Chantal no estaba dispuesta a seguir allí ni un minuto más—. Si quieres, quédate. A mí me da igual.
Demetrius alargó una mano y la sujetó por el tobillo.
—No es nuestro avión —repitió.
Chantal estuvo a punto de darle una patada.
—Suéltame.
—Cuando te hayas sentado.
—No quiero sentarme. Quiero reunirme con mi séquito. Quiero subir a ese avión...
—Estamos esperando otro avión, princesa.
—Creo que entiendes lo que he dicho, Demetrius. No quiero esperar a otro avión. Quiero subir a ése.
—Lo siento.
Chantal tiró de la pierna, pero él no la soltó.
—Quiero irme.
—No puedes.
Chantal permaneció un momento en silencio.
—Empiezas a asustarme.
—No tengo intención de asustarte. Mi trabajo consiste en protegerte —dijo Demetrius a la vez que la soltaba—. Tu seguridad es mi preocupación número uno.
Chantal contempló un momento los duros rasgos de su rostro, la incipiente barba que cubría su mandíbula.
—¿Por qué? ¿A qué te refieres?
—No tienes idea de quién soy, ¿verdad?

—No. ¿Quién eres?
La sonrisa de Demetrius no alcanzó sus ojos.
—Tu sombra.
Chantal lamentó no haberse mordido la lengua, pero odiaba los sarcasmos y las respuestas crípticas. Eran la clase de respuestas que solía darle Armand para indicar que no necesitaba saber ciertas cosas, que como mujer podía ser ignorada.
—¿Eres mi guardaespaldas?
—Exacto.
Chantal frunció el ceño, cada vez más incómoda.
—Yo no te contraté.
—No.
—¿Entonces...?
Demetrius la miró un largo momento, como sopesando lo que podía decirle.
—Me contrató tu cuñado, el rey Nuri...
—¿Malik?
—Con el beneplácito de tu abuelo.
Chantal sintió frío a pesar del calor reinante.
—Me temo que el calor me está afectando. No entiendo nada de lo que estás diciendo. Te importa repetirlo.
—Tu familia me ha contratado para protegerte.
—¿Por qué?
—Porque estás en peligro.
—Si fuera así, alguien me habría dicho algo. Mi hermana, mi abuelo...
—Llevo dos semanas siguiéndote, princesa.
—¿Dos semanas? —repitió Chantal, desconcertada.
—He estado en todos los sitios a los que has acudido.
—¿En los desfiles de moda?
—Y también en las recepciones y los cócteles.
—¿Y en el desayuno en el hotel?
—Sé exactamente a qué camarera te referías ayer. También era mi camarera.
Chantal notó de inmediato que Demetrius había utilizado el femenino. Al parecer, él también entendía la necesidad del camarero de ser otro. Por algún motivo, aquel pensamiento sirvió para que se calmara y la ayudó a centrarse en sus pensamientos.
—¿Por qué piensas que estoy en peligro?
Antes de que Demetrius pudiera responder se oyó

el ruido de los motores de un avión sobre ellos. El avión que había aterrizado hacía unos momentos acababa de despegar.

Chantal contempló unos momentos la blanca panza del aparato mientras remontaba el vuelo.

De pronto, el pánico se apoderó de ella.

—¡No! ¡No! ¡No sin mí! —exclamó a la vez que echaba a correr descalza por la playa.

Pero el avión siguió ascendiendo a la vez que cerraba el tren de aterrizaje, y unos momentos después se alejaba irrevocablemente de la isla.

Chantal se dejó caer de rodillas con los ojos llenos de lágrimas. Quería ir a casa. Necesitaba ir a casa. Nunca había estado alejada de Lilly más de una semana. Aquél era su límite. Desde el principio dejó muy claro que cumpliría con las obligaciones de su cargo siempre que no tuviera que dejar a su hija más de una semana.

—Mi avión llegará pronto.

Chantal no había oído acercarse a Demetrius y movió la cabeza, odiándolo por mantenerla alejada de su hija.

—Quería estar en ese avión. Quiero irme a casa —alzó una mano para frotar una lágrima de su mejilla —. No tienes idea de cuánto echo de menos a Lilly.

Demetrius contempló el pelo negro de Chantal, agitado por la brisa. Estaban en el trópico y lo más probable era que no tardara en desatarse otra tormenta.

Pero Chantal estaba equivocada respecto a una cosa. Él entendía perfectamente cuánto echaba de menos a su hija. Había perdido a su mujer y al bebé que llevaba dentro y nunca había dejado de pensar en ella.

—La echo de menos —repitió Chantal con suavidad.

—Y seguro que ella te echa de menos a ti, pero hay que pensar en tu seguridad.

—¿Y cuándo va a llegar tu avión?

—Pronto.

—¿Y me llevará a La Croix?

Demetrius permaneció un largo momento en silencio.

—No vamos a volver a La Croix.

Chantal se alegró de estar sentada en la arena.

—¿No vamos a ir a casa?
—No de inmediato.
—Pero mi hija está en La Croix.
—Lo sé, pero no vamos a ir allí.
—¿Y adónde vamos a ir?
—A La Roca.
—¿La Roca?
—Mi isla.
—¿Y Lilly? —Chantal trató de disimular su angustia.
—Estará a salvo en La Croix con tu familia.
«La familia de Armand». Chantal apartó la mirada y contempló el mar, que empezaba a volverse de un tono verdoso bajo las nubes. Se preparaba otra tormenta. No quería seguir allí cuando se desatara. No sobreviviría a otra tormenta con Demetrius Mantheakis. Él mismo era una tormenta en sí.
—Mi hija debería estar conmigo.
—Estará contigo.
—No la dejarán salir del país —dijo Chantal con esfuerzo—. Mi... contrato como princesa especifica que puedo irme del país cuando quiera, pero, como heredera del trono, Lilly debe quedarse.
—En ese caso, de momento seguirá con su familia paterna.
El tono de Demetrius sonó casi indiferente y Chantal volvió el rostro para ocultar su dolor.
—La necesito —susurró. Su hija era lo único que la impulsaba a seguir viviendo, lo único que la alentaba a respirar.
—Volverás a estar con ella —Demetrius se acuclilló junto a Chantal—. En cuanto las cosas se hayan calmado.
Chantal se llevó una mano a la garganta.
—¿Ella también está en peligro?
—No. Pero tú sí.
Chantal se estremeció, pero no por las palabras de Demetrius, sino porque de pronto se hizo claramente consciente de que estaban totalmente solos en aquella isla, y la situación la aterrorizaba.
—¿Y una vez que estemos en tu isla?
—Allí podré mantenerte a salvo a mi manera.
—¿A tu manera? —repitió Chantal, desconcertada.

—Con mi gente, en mi sitio, bajo mi control.

¿A eso lo llamaba una isla?, se preguntó Chantal mientras miraba por la ventanilla.

Se suponía que las islas griegas eran preciosas, pero aquello no era más que un trozo de roca negra en medio del mar.

Momentos después, el avión aterrizaba en la pista más corta que había visto en su vida.

—Casi estamos en casa —dijo Demetrius en cuanto se situó tras el volante que aguardaba junto a la pista. Durante el vuelo apenas había pronunciado palabra.

—¿Una casa de verdad? —preguntó Chantal con ironía. No podía imaginar a nadie viviendo en una roca tan inhóspita como aquella.

—Con cañerías y todo —dijo Demetrius con una sonrisa.

Pero lo último que le apetecía a Chantal era reír.

—¿Cuándo puedo llamar a mi hija?

Demetrius dejó de sonreír.

—No puedes.

—Olvidas que trabajas para mí, Demetrius.

—Lo cierto es que trabajo para el sultán.

—Estoy segura de que a mi cuñado no estaría de acuerdo con el modo en que me estás tratando.

—Él conoce mis métodos.

—Yo no estaría tan segura de eso —dijo Chantal, esforzándose por mantener los restos de dignidad que le quedaban.

—Mi gente también conoce mis métodos, así que no esperes que te faciliten un teléfono, un bote o un avión.

—¿Tu gente?

—La Roca es mi mundo. Todo en esta isla forma parte de ese mundo, y es el único mundo del que me fío. Los que viven aquí trabajan para mí.

—¿Eres también su dueño? —espetó Chantal, recordando sus años en La Croix y cuánto odió siempre que Armand la tratara como si fuera su dueño.

Pero Demetrius se limitó a encogerse de hombros.

—Claro que no. No son objetos que pueda poseer. Pero sí poseo su lealtad. Ellos son mi gente.

Chantal contempló el duro perfil de Demetrius, sus altos pómulos. Jamás había conocido a otro hombre cuyo rostro pareciera directamente labrado en piedra ¿Podía fiarse realmente de él? ¿Le estaría diciendo la verdad? Era posible que él fuera la única amenaza.

¿Y si no había sido contratado por Malik? ¿Y si trabajaba para algún otro?

—Di lo que sea que estás pensando —dijo Demetrius sin apartar la mirada de la carretera—. No puedo alejar tus temores si no me dices qué te preocupa, y no puedo ayudarte si no me dices qué necesitas.

Chantal permaneció en silencio. Había pasado demasiados años callada, mordiéndose la lengua, reprimiendo sus protestas. Después de tantos años de ser ignorada, ya no sabía cómo decir lo que quería decir. En La Croix nunca fue una mujer, una persona real, y mucho menos una princesa. Siempre fue una mera acompañante. Sólo era tenida en cuenta cuando estaba junto a Armand. Para la mayoría de los hombres de La Croix, las mujeres eran un mero adorno que en ningún caso debía molestar.

—Ya estamos aquí —dijo Demetrius con brusquedad a la vez que detenía el coche ante una sencilla edificación alta y totalmente blanca.

Chantal contuvo el aliento. Nunca en su vida había visto una casa de aspecto tan severo. ¿Cómo podía vivir Demetrius allí? El edificio parecía duro y frío como un hospital.

O una prisión.

Demetrius apagó el motor.

—Bienvenida a tu nueva casa.

Capítulo 5

ESTA no es mi casa —espetó Chantal, aún en el interior del Mercedes.

Demetrius, que ya había bajado del vehículo, se volvió hacia ella.

—Va a serlo durante el próximo mes.

¿Un mes? ¿Acaso se había vuelto loco?

Chantal salió del coche a toda prisa, haciendo caso omiso del intenso dolor que sentía en las costillas desde que había abordado el avión.

—¿Has dicho un mes? ¿He oído bien?

Demetrius observó un momento su ceño fruncido y movió la cabeza con impaciencia.

—No estás en condiciones de pelear conmigo. Apenas puedes tenerte en pie.

—Estoy perfectamente —Chantal cuadró los hombros para reforzar su afirmación.

—Dejaremos que sea el doctor quien decida eso. Ya está de camino.

Demetrius entró en la casa y subió a la segunda planta mientras comprobaba los mensajes de su móvil.

La mayoría no eran urgentes, pero sí el del jefe de seguridad en Melio. Lo llamó de inmediato desde su dormitorio, donde se acercó a la ventana para mirar a Chantal, que seguía junto al coche con expresión furiosa y frustrada.

No podía culparla. El también se sentía frustrado. El sexo había sido un error. No debería haber perdido el control. Pero el error ya había sido cometido y no había posibilidad de enmendarlo.

Los primeros años después de romper con su familia vivió esperando recibir un balazo en la espalda en cualquier momento. Uno no dejaba a la familia así como así. Él había sido el primero en hacerlo en décadas. Pero su rabia era tan intensa, su pérdida había sido tan terrible, que ambos bandos respetaron su dolor, aceptaron su parte en la

tragedia y le dejaron marchar.

Por supuesto, intentaron convencerlo por todos los medios para que regresara, incluso con amenazas físicas, pero Demetrius estaba demasiado enfadado y ni siquiera temía a la muerte.

Acabó convirtiéndose en un auténtico profesional de la seguridad, en un experto en resolver crímenes, en predecirlos, en evitarlos. Su empresa de seguridad era considerada una de las mejores del mundo, si no la mejor, y había hecho una fortuna a base del miedo de los demás, había construido un imperio convencido de que lo que le había pasado a Katina no debería sucederle a nadie más.

—¿Demetrius? ¿Sigues ahí? —era Avel Dragonouis, el experto que Demetrius había enviado a Melio para trabajar con los detectives del palacio—. Siento haberte tenido esperando.

—¿Qué noticias hay?

—Había una cámara en el dormitorio de la princesa. Estaba oculta en la pared. No es de alta tecnología y no pertenece a la policía ni al gobierno. Es la típica cámara de vídeo que puede comprar cualquiera.

—¿Dónde estaba situada?

—Sobre la cama.

—De manera que también nos las vemos con un mirón —murmuró Demetrius—. ¿Se ha inspeccionado el dormitorio de la princesa en La Croix?

—De momento, los reyes se han negado a colaborar en nuestra investigación.

—Sólo queremos inspeccionar su dormitorio —interrumpió Demetrius, exasperado por la inflexibilidad de los suegros de Chantal.

—Sienten que es una invasión de su intimidad.

—Prefieren perder a la princesa, ¿no? —Demetrius suspiró y se frotó la frente—. De acuerdo. Mantenme informado.

Tras colgar, miró por la ventana y vio que Chantal seguía junto al coche. A pesar de que tenía el rostro inclinado, pudo sentir su vulnerabilidad con toda claridad. Los Ducasse, su familia, estaban terriblemente preocupados por ella, pero los Thibaudet no querían ni molestarse en permitir que un experto inspeccionara sus habitaciones.

Había que investigar a los Thibaudet.

Antes de entrar en la ducha, hizo una llamada a su oficina en Atenas para poner la investigación en marcha. Quería averiguar todo lo posible sobre los Thibaudet y sobre Armand, su único hijo, el príncipe con el que se casó Chantal.

En la ducha, repasó todo lo que sabía sobre la princesa. Su madre estadounidense. La idílica infancia en Melio. La pérdida de sus padres a los catorce años. La relación con sus hermanas. Su difícil matrimonio. Su hija. Su orgullo.

Su orgullo era lo que más la ponía en peligro.

La princesa no sabía cuándo pedir ayuda. No sabía cómo pedirla.

Había hecho bien llevándola a La Roca. Nadie llegaba a aquel lugar sin su permiso. Las pocas familias que vivían y trabajaban en La Roca llevaban años con él. La mayoría eran personas a las que había salvado de un modo u otro, y para aquellos que habían sido rescatados de las garras de la muerte, la vida en La Roca era dulce y segura.

Cuando bajó, descubrió que la princesa había entrado en la casa y estaba deambulando por la planta baja.

Mientras pasaba de una habitación vacía a otra, Chantal pensó que la casa era tan espartana por dentro como por fuera. Apenas había muebles ni decoración. No había fotos, ni libros, ni televisión.

Cuando Demetrius apareció silenciosamente en el umbral de la puerta, Chantal sintió un escalofrío. Aquel hombre la aterrorizaba, no porque temiera que fuera a hacerle daño, sino por lo mucho que le había hecho sentir en la isla.

—La casa está prácticamente vacía —dijo, tensa.

—Tengo lo que necesito.

Aún sin mirarlo, Chantal sintió que Demetrius la observaba atentamente, que la estudiaba, que la evaluaba.

—¿A qué te dedicas aquí? ¿Cómo pasas el tiempo?

—Trabajo.

—¿Tienes oficinas aquí?

—Abajo.

—¿Hace tiempo que eres guardaespaldas?

—Bastante.
—No pareces un guardaespaldas.
—¿Suelen tener todos el mismo aspecto? —preguntó Demetrius con una ceja alzada.
No se había movido de la puerta. Era tan grande que casi ocupaba el umbral entero.
—He tenido otros guardaespaldas.
—¿Eran buenos?
Chantal se encogió de hombros.
—Sigo aquí, ¿no?
Demetrius no dijo nada y Chantal volvió a inquietarse. No sabía cómo tratarlo. Tampoco sabía cómo distanciarse de él. Aunque intentaba quitarle importancia, sabía que no era cierto. Aquel hombre había puesto boca abajo su mundo y su cuerpo, y había vuelto a hacerlo cuando le había revelado que estaba bajo su protección.
—¿Es aquí donde traes a tus clientes? —preguntó rápidamente, en un intento por ignorar su creciente pánico. ¿Cómo iba a pasar allí un mes entero encerrada con él?
—Tú eres la primera.
—¿Y cómo llevas la falta de vecinos?
—Me gusta preservar mi intimidad.
—¿Tienes teléfonos?
—Sí, pero tienen un código de seguridad. Nadie puede utilizarlos sin que yo marque antes el código.
Chantal estaba a punto de ponerse a llorar. Necesitaba un baño, una muda y una buena siesta. Pero sobre todo necesitaba escuchar la voz de su hija.
—¿Puedo llamar al menos a Lilly?
—No. Estás demasiado sensible.
Chantal apretó los dientes para contener su indignación.
—¿Y si llamo a Nicolette? ¿O al abuelo?
Demetrius negó firmemente con la cabeza.
—No tendría sentido. Ya saben que estás a salvo conmigo.
¿A salvo con él? Chantal casi se atragantó con las lágrimas que estaba conteniendo.
—Comprendo que has sido contratado para protegerme, pero no pienso aceptar que me mantengas aislada de mi hogar y mi familia de este modo. Puede

que a ti te guste el aislamiento de La Roca, pero yo necesito a mi familia. Necesito estar con ellos. Necesito regresar a casa...

—¿Aunque ello suponga tu muerte?

—Eso es una exageración —Chantal trató de no mirar la garganta bronceada de Demetrius, la densa musculatura de su pecho. Recordaba muy bien las sensaciones que había experimentado con aquel pecho sobre ella, mientras él arqueaba su poderoso cuerpo para penetrarla. Lo había sentido tan grande en su interior, tan duro y palpitante, que después de que derramara su ardiente semilla en ella, no había querido que se retirara.

Había reaccionado como una mujer auténticamente insaciable, pensó, avergonzada. Y él lo sabía mejor que nadie.

—¿Cuándo fue la última vez que los Thibaudet visitaron el palacio de Melio? —pregunto Demetrius.

—Hace seis meses, mas o menos. Volaron a Melio para la boda de Nicolette.

—¿Acudió alguien más de La Croix?

—Bastante gente. Tanto el rey como la reina tienen varios hermanos y primos. ¿Por qué?

—Alguien cercano a ti quiere que desaparezcas.

Chantal se puso pálida al oír aquello, pero no dijo nada.

—Que sepamos, de momento ha habido dos intentos —continuó Demetrius—. El primero se vio frustrado por mera casualidad, pero el segundo estuvo a punto de ser fatal.

Chantal tragó con esfuerzo.

—No sé nada de eso.

—Después de la boda de tu hermana dijeron que habías caído con la gripe y te hospitalizaron un par de días —Demetrius se acercó a Chantal y le acarició la base del cuello. Ella sintió que su pulso revivía al instante—. En realidad estabas siendo envenenada.

—No.

—Me temo que sí. Tu médico en La Croix alertó a tus abuelos.

—Nunca había oído hablar de nada parecido —dijo Chantal roncamente.

—Claro que no. El doctor recibió órdenes estrictas de no mencionar el asunto. Se le dijo que

lo habías hecho a propósito, que te habías vuelto más y más autodestructiva tras la muerte de tu marido y que sólo tratabas de llamar la atención.

—¿Qué?

Demetrius volvió a deslizar un dedo por la base del cuello de Chantal.

—Una llamada de ayuda —dijo, y ella se estremeció a la vez que una intensa sensación de calor se arremolinaba en su vientre.

—Eso es ridículo —espetó a la vez que hacía un esfuerzo por apartarse de él antes de que su cuerpo volviera a traicionarla—. Puede que no me lleve de maravilla con mis suegros, pero no tengo ninguna intención de dejar esta vida.

—Y yo no tengo ningún deseo de que la dejes.

—¿Quién trató de envenenarme?

—Si lo supiéramos, no te tendría aquí.

—¿Alguna idea? ¿Alguna pista?

—El servicio de seguridad de Melio se ocupa de las investigaciones. Mi equipo trabaja con ellos, por supuesto, pero nuestra meta principal es mantenerte a salvo, no resolver el crimen. De momento tenemos dos teorías. La primera, que el intento de librarse de ti obedece a razones políticas. La segunda, que se trate de algo personal.

—¿De algo personal?

—Es posible que tengas algún admirador o admiradora obsesionados.

Chantal se sentó lentamente en un sofá mientras trataba de asimilar todo aquello. Habían tratado de envenenarla, y quien lo hubiera hecho había tenido acceso a su comida, a su bebida. Tal vez aún lo siguiera teniendo.

—Es una locura —dijo finalmente, sintiendo un repentino cansancio. Habían pasado tantas cosas en las últimas cuarenta y ocho horas...

—¿Y Lilly? —preguntó, asustada—. ¿Corre peligro también ella?

—No. Sus abuelos la tienen bien protegida —Demetrius se acercó al sofá que había ocupado Chantal y se detuvo de pie ante ella—. Eres tú la que nos preocupa. Y aún no hemos descartado que la amenaza provenga de los propios Thibaudet. Los dos

intentos de acabar con tu vida tuvieron lugar en su castillo, o cerca de él.

—No —Chantal se levantó y se encaró con él—. No he tenido una relación precisamente cálida con los padres de Armand, pero los conozco y no puedo creer que formen parte de algo tan... horrible. Puede que sean insensibles, pero no son maliciosos.

Demetrius se limitó a mirarla en silencio y Chantal pensó que sería un adversario temible. Nunca aceptaría una derrota.

—La reina Thibaudet prácticamente se crió con mi abuela y son amigas de la infancia. Los Thibaudet son esencialmente buenas personas.

—Buenas personas que quieren hacerse con la custodia de Lilly. Y están cansados de luchar contigo...

—No luchan conmigo. No necesitan hacerlo. ¡Me tienen atada de pies y manos!

—De todos modos, les molestas. Eres como una espina para ellos —Demetrius entrecerró los ojos al añadir—: ¿No te lo han dicho nunca?

Chantal cerró los ojos. Sí se lo habían dicho. ¿Pero cómo podía saberlo Demetrius? Abrió los ojos de nuevo y mantuvo la vista fija en su pecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo palacio tiene sus oídos.

En aquel momento llamaron a la puerta y una joven apareció en el umbral. Hizo una inclinación de cabeza y luego habló con Demetrius en griego.

—El médico está aquí —anunció éste un momento después.

Tras examinar a Chantal, el médico le recetó unos analgésicos.

—Aparte de eso, lo que necesita es descansar para reponerse. Pero no hay ninguna lesión grave.

Demetrius acompañó al médico a la puerta y regresó unos momentos después con la joven doncella griega.

—Esta es Yolie —dijo a modo de presentación—. Será tu ayudante mientras estés aquí.

—No necesito ayuda —dijo Chantal, que sentía que cada vez tenía menos capacidad de decisión sobre su vida—. Y ahora me gustaría disfrutar de un poco de intimidad. Puedes irte —añadió en tono altivo.

—¿Puedo irme? —repitió Demetrius burlonamente.

—Sí. Y llévate a la doncella. Prefiero estar sola.

—Lo siento, pero no pienso dejarte sola, sobre todo teniendo en cuenta que estás llena de moretones. Vas a necesitar ayuda para bañarte y vestirte. Así que olvida el orgullo y admite que necesitas ayuda.

—No la necesito.

—Sí la necesitas. Tú eliges. Yolie, o yo. Estaría encantado de bañarte y vestirte —añadió Demetrius.

Su tono hizo que Chantal se enfureciera.

—¡Como si fuera a darte la oportunidad de hacerlo!

—Ayer me la diste.

—Ése ha sido un golpe bajo.

—Pero cierto —dijo Demetrius antes de volverse y hacia la puerta. Antes de salir, añadió—: Sólo por si te interesa saberlo, Yolie sólo habla griego. Si hay alguna confusión con el idioma, avísame.

—Muchas gracias —replicó Chantal en tono sarcástico.

Él la ignoró.

—Esta noche haré que te lleven la cena al dormitorio para que puedas descansar. Pero por la mañana puedes explorar tranquilamente la casa y disfrutar de la piscina y los jardines. La isla es completamente segura. Puedes relajarte y pasear por donde quieras.

—Necesitaré algunos artículos de tocador y ropa.

—El armario de tu habitación está surtido con todo lo que puedas necesitar. Pantalones cortos, faldas, camisones, batas, bañadores... todo de los diseñadores más conocidos.

—¿Y de mi talla?

—De tu talla. En el mundo de la moda te adoran, y cuando los diseñadores supieron que necesitabas algo que ponerte, la ropa no ha dejado de llegar.

—¿En un día?

—No te subestimes, Chantal. Eres la princesa favorita de todo el mundo.

Capítulo 6

DURANTE casi una semana después de su llegada, Demetrius concedió a Chantal el espacio que ésta anhelaba, además de incontables horas a solas. No comían juntos. No se sentaban juntos a beber algo mientras charlaban. Si se encontraban era sólo de pasada y Chantal siempre se sentía tensa, incómoda.

Y no sólo por lo sucedido entre ellos. Estaba avergonzada. El único consuelo que encontraba era saber que lo sucedido no iba a repetirse. Los días transcurridos la habían ayudado a entender que la explosiva química que se había dado entre ellos había sido el resultado del miedo, el cansancio y la adrenalina. En circunstancias normales, no habría sucedido nada.

Pero no dejaba de lamentar su pérdida de control. Había permitido que Demetrius viera demasiado de su vida, y eso era peligroso. No debía bajar la guardia ni un momento.

Una semana después de su llegada, Chantal estaba bajando a la planta baja cuando Demetrius apareció en el vestíbulo. Vestía unos gastados vaqueros y una vieja camiseta negra.

—He oído que ibas a dar un paseo.

Chantal se detuvo en medio de la escalera. No habían hablado en un par de días y su repentina aparición la inquietó. Habían pasado varios días desde lo sucedido en la isla, pero de pronto le pareció que había sido aquella misma noche.

—Sí —contestó a la vez que alisaba la falda verde que había elegido ponerse, lamentando que no fuera más larga.

Demetrius bajó la mirada hacia sus largas y morenas piernas.

—¿Ya te sientes mejor? ¿Han dejado de dolerte las costillas?

—Llevo un par de días sin dolor.

—Bien. En ese caso podemos empezar. Es probable que quieras cambiarte de ropa.

—¿Para qué? —preguntó Chantal con cautela.

—Para las clases de autodefensa. Son esenciales. Tienes que aprender a defenderte —Demetrius señaló la falda—. Así que, si vas a cambiarte...

—No voy a cambiarme —dijo Chantal con firmeza. No pensaba obedecer sus órdenes sin más. Demetrius no controlaba su vida—. Me siento cómoda así. Además, supongo que no nos llevará mucho tiempo.

—Como quieras. Tú eres la princesa.

Bajaron a la planta baja. Chantal ya había estado en una ocasión en el despacho de Demetrius, pero no había visto el gimnasio adyacente. Era espacioso y tenía toda clase de aparatos.

Demetrius se quitó los zapatos antes de entrar.

—Vamos. Reúnete conmigo en la colchoneta.

Chantal se quitó las sandalias e hizo lo que le decía.

—En primer lugar —dijo Demetrius mientras se situaba tras ella—, debes ser consciente de lo que te rodea en todo momento. Debes ser consciente de dónde está y de lo que pasa a tu alrededor.

Chantal asintió, intensamente consciente del poderoso cuerpo de Demetrius tras ella, de su tamaño, de su fuerza.

—Tienes guardaespaldas y escoltas policiales —continuó él, y Chantal apretó los puños para no estremecerse al sentir su cálido aliento en el cuello. Pero cuando la rodeó con sus brazos y apoyó las manos en sus caderas, no pudo evitar una sacudida—. No basta con confiar tu protección a los demás. Alguien podría distraerse, o podrían dejarte momentáneamente desprotegida para asistir a Lilly.

Entre la sensación de su aliento en el cuello y el calor que le transmitían sus manos a la altura de las caderas, Chantal casi pudo palpar como subía la temperatura de su cuerpo. Ante ellos había un espejo en el que podía ver la oscura cabeza de Demetrius inclinada hacia ella mientras le hablaba. Era tan grande y fuerte, y ella parecía tan pequeña a su lado...

—Necesitas saber lo que estás haciendo antes de que suceda —Demetrius deslizó ambas manos por el

tórax de Chantal y la rodeó con sus brazos—. Debes saber cómo enfrentarte a un ataque, cómo librarte de un agarrón como éste —añadió mientras sus manos prácticamente se amoldaban a los pechos de Chantal—. ¿Sientes esto? —dijo a la vez que situaba sus muslos tras los de ella y doblaba las piernas.

Chantal lo miró en el espejo y asintió sin decir nada. Estaba ardiendo. Sintió que sus piernas desnudas iban a derretirse a causa del calor que emanaba de las de Demetrius.

—Si alguien llega a atraparte así, estás perdida.

Ya estaba perdida, pensó Chantal, con el corazón desbocado. Algún día se iría de allí y volvería a su vida de siempre, pero nunca superaría aquello. Había algo increíblemente intenso y fiero en la mirada de Demetrius, y se preguntó cómo había podido pensar alguna vez que podía controlar aquello... que podía entregarse a una relación física con Demetrius sin llegar a acabar destruida.

Él debió sentir su repentino pánico porque de pronto dejó caer los brazos y Chantal fue libre.

Era libre, pero no era libre. Estaba a salvo pero no estaba a salvo. Había saltado de la sartén al fuego.

—Voy a volver a agarrarte —dijo él con calma—, pero en esta ocasión quiero que alces los brazos de manera que cuando yo te rodee con los míos puedas liberarte empujando con ellos.

Chantal hizo lo que le decía, pero no consiguió liberarse.

—Inténtalo de nuevo.

—No puedo.

—Sí puedes. Sé agresiva, Chantal. Explosiva.

Explosiva. Chantal estaba pensando precisamente que estaba a punto de explotar, pero no en el sentido que había dicho Demetrius. Cada que la rozaba se estremecía. Cada vez que hablaba, su voz parecía invadirla. Sabía muy bien lo que había sentido entre sus brazos... y lo desesperada que estaba por volver a sentirlo.

«Estoy perdida», pensó, aturdida. «Nunca en mi vida me he visto metida en un lío tan grande».

Practicaron el movimiento hasta que Demetrius se quedó satisfecho y luego pasaron a otro ejercicio.

Además de rodearla con los brazos por detrás, Demetrius la alzó del suelo y le dijo que tratara de golpearle las pantorrillas lanzando los pies hacia atrás.

Chantal lo intentó sin ningún éxito.

—Esto es ridículo —dijo, ruborizada. Sabía que su deseo por Demetrius era totalmente ilógico. Era puro instinto animal, carnal y físico, algo tan ajeno a ella, que sabía que no duraría.

—No lo estás intentando con suficientes ganas.

—¡Sí lo estoy intentando!

Demetrius la dejó en el suelo y apoyó ambas manos en sus hombros para hacerla volverse.

—Esto no es ningún juego, princesa.

—¿Crees que no lo sé? —espetó ella, humillada—. Me estoy esforzando, pero no es algo natural para mí. Nunca había hecho nada parecido.

—Veo que tu familia no ha hecho nada para prepararte para la realidad —dijo Demetrius con aspereza.

—Tú no sabes nada de mi vida.

—Pero lo sé todo sobre las familias poderosas en las que el deber es lo primero, en las que la lealtad y la obligación lo son todo.

—Mis abuelos hicieron todo lo que pudieron y les estoy agradecida por...

—¿Por haberte vendido a sus ricos vecinos?

—Era lo más conveniente...

—Para tu familia. Para tu país —interrumpió de nuevo Demetrius, tenso—. ¿Opinas ahora que mereció la pena?

—Desde luego. Y volvería a hacerlo si fuera necesario.

—Te estás engañando a ti misma.

Si era así, no era asunto suyo, se dijo Chantal. Demetrius era su guardaespaldas, no su amigo, ni su compañero. Y mucho menos su marido.

—¿Y por qué te preocupa a ti eso?

—¿Y por qué te preocupa a ti tan poco?

Chantal movió la cabeza, momentáneamente muda.

—No he conocido a un hombre más empeñado en dar constantemente su opinión que tú —espetó.

Demetrius entrecerró los ojos.

—Puede que me guste dar mi opinión, pero siempre

procuro apoyar mis palabras con acciones.

Chantal apretó los puños.

—Desafortunadamente para ti, Demetrius, no parece haber nadie por aquí en estos momentos a quien puedas vapulear.

—Puede que seas tú la que necesita unos buenos azotes en el trasero.

—Lo que necesito es otra compañía —dijo Chantal mientras se encaminaba hacia la puerta, indignada—. Me voy a dar un paseo —añadió tras ponerse las sandalias—. ¡Y no me sigas! Se supone que estoy perfectamente a salvo paseando por tu maldita isla.

Subió a la primera planta y salió de la villa con los ojos llenos de lágrimas y maldiciéndose a sí misma y a Demetrius. Ella, que nunca solía llorar, se había vuelto una especie de plañidera a su lado.

Lo odiaba.

Nadie la había afectado nunca de aquella manera. Nadie la había hecho sentirse tan impotente, tan confusa. La asustaba y la enfurecía que Demetrius tuviera tal poder sobre ella.

Su mundo se había vuelto del revés. Normalmente, no pensaba tanto en sí misma, en su vida. La horrorizaba reconocer que se había casado sólo para ser destruida. Se suponía que iba a ser un buen matrimonio. Un matrimonio real.

Agitó la cabeza para alejar aquellos molestos pensamientos. Desde el aterrizaje forzoso del avión, algo parecía haberse roto en su interior.

¿Y quién iba a arreglar los desperfectos? El avión podía ser reparado, pero, ¿y ella? ¿Qué iba a pasar con aquel deseo incontrolable que se había desatado en ella? ¿Cómo iba a dejar de sentir después de haber empezado a hacerlo?

Demetrius masculló una maldición mientras contemplaba a Chantal desde la terraza, sus esbeltas piernas, su largo pelo negro sujeto en una cola de caballo.

Nunca había conocido a una mujer más cabezota. Lo estaba volviendo loco.

No se parecía nada a Katina. Katina era rubia. Tímida. Dulce.

Chantal interpretaba bien su papel de reina de hielo, pero no era dulce.

No, no era dulce. Era ardiente, intensa, inteligente. La deseaba como no había deseado nunca a otra mujer.

Chantal avanzó con paso firme por el sendero que se alejaba de la casa. Estaba harta de hombres. No los quería en su vida. No los necesitaba. Sólo quería ser libre y estar sola.

Si hubiera sido una mujer de verdad, se dijo, habría roto con Armand y lo habría puesto en su sitio la primera vez que le levantó la mano. En lugar de ello, cometió el error de razonar con él. Luego se quedó embarazada y aquello lo cambió todo.

El sendero avanzaba por un lateral de la colina hacia una agrupación de casas en torno a las que jugaban algunos niños al fútbol. Al ver a Chantal, dejaron de jugar para observarla atentamente.

Obviamente era una completa desconocida en La Roca, y sintió la tentación de regresar por donde había llegado. Pero la perspectiva de volver a verse con Demetrius no le sedujo, de manera que siguió avanzando hasta que vio un cartel que anunciaba la existencia de un bar.

Entró y ocupó una mesa vacía cercana a los ventanales, que daban al mar. Había cuatro hombres mayores sentados a una mesa que dejaron de hablar para mirarla cuando entró.

Chantal les dedicó una sonrisa, pero ninguno respondió. Ella decidió ignorarlos mientras esperaba a ser atendida.

Pero cinco minutos después aún no se había acercado nadie a atenderla. El joven que había tras la barra ni siquiera la había mirado.

Chantal empezó a enfadarse. Hacía calor y estaba deseando beber algo fresco después del paseo. Finalmente se levantó y se acercó a la barra.

—¿Puede darme un menú?

—¿Un menú? —repitió el camarero.

Chantal trató de contener su impaciencia.

—Me gustaría pedir algo de comer y de beber.

El joven camarero la miró como si fuera una extraterrestre. Uno de los hombres mayores dijo algo y el joven se encogió de hombros.

De pronto, una poderosa voz habló en griego desde el umbral de entrada y todo el mundo pareció entrar en acción. Demetrius.

El camarero se ruborizó y los hombres se pusieron en pie, murmurando una serie de disculpas en griego mientras Demetrius se encaminaba hacia Chantal.

—Lo siento. No deberías haber sido tratada así.

A continuación, la tomó del brazo y salieron a sentarse a una mesa en el porche.

—¿No les gusto? —preguntó Chantal.

Demetrius se encogió de hombros.

—Ha habido un malentendido. Eso es todo.

—El camarero no iba a atenderme.

—No. Saben que estás fuera de su alcance.

—¿Fuera de su alcance? —repitió Chantal, perpleja.

—Saben que eres mía.

El corazón de Chantal latió casi con violencia. Demetrius estaba tan cerca...

—Pero no soy tuya —dijo débilmente.

Los labios de Demetrius se curvaron en una sarcástica sonrisa que obligó a Chantal a apartar la mirada.

—Estás aquí. Lo que cuentan son los hechos, no las palabras.

Chantal siguió sin mirar a Demetrius mientras el camarero les servía unos refrescos acompañados de queso de cabra, aceitunas y algunas verduras.

Después de comer un poco, Demetrius se apoyó contra el respaldo de su silla y observó a Chantal. Parecía que se había relajado lo suficiente como para disfrutar de las vistas del diminuto pueblo. En aquellos momentos, contemplaba a un par de pescadores que se afanaban en sus tareas en el pequeño puerto cercano.

Uno de los hombres que estaba en la taberna rió sonoramente y Chantal miró a Demetrius.

—Es Zeno. Nuestro Papa residente.

Chantal sonrió al escuchar su explicación. Al ver el hoyuelo que surgió en la comisura de sus labios, Demetrius se movió incómodo en su asiento.

Pero no pensaba volver a perder el control. Ni siquiera si Chantal volvía a dedicarle una mirada tan tímida y tan cargada de necesidad. Era una mujer

preciosa, elegante y refinada, y sin embargo, cuando la miraba a los ojos, veía todo un mundo de tristeza que ella procuraba no mostrar a nadie.

Le habían destrozado el corazón siendo aún tan joven, que ni siquiera había visto venir lo que se avecinaba. Las mujeres no se parecían nada a los hombres. Las mujeres anhelaban el amor y el matrimonio porque siempre imaginaban una situación cálida, acogedora, feliz...

Katina también fue así. Se sentía tan feliz de estar con él, de estar casada con él... Sólo estuvieron juntos dos años y medio. Estaba embarazada de siete meses y medio cuando murió.

Demetrius casi pudo saborear su amargura. Jamás lograba pasar una hora sin recordar. Era un hombre y los hombres querían proteger a los más vulnerables. Se sentían impulsados a proteger a sus mujeres, a sus hijos...

Chantal le tocó el brazo con la mano.

—Demetrius...

El hielo que se había adueñado de la mirada de Demetrius se desvaneció al instante. Sin pensarlo, alzó una mano y apartó un mechón de pelo de la frente de Chantal. Al ver cómo se ruborizaba y bajaba la mirada, se preguntó cómo era posible que alguien pudiera haberle alzado la mano alguna vez. No podía comprender que Armand hubiera hecho otra cosa que protegerla.

Chantal alzó la mirada y sonrió, indecisa.

—¿Has estado casado?

—Una vez.

—¿Por qué no te has vuelto a casar?

—No estoy interesado.

—¿Fue mal tu matrimonio?

—No. Fue bien.

—Oh —Chantal volvió a bajar la mirada y Demetrius pensó que parecía tan nostálgica como un niño contemplando el escaparate de una tienda de dulces.

—¿Y tú volverías a casarte? —preguntó.

La expresión de Chantal cambió de inmediato y volvió a convertirse en la distante princesa de hielo.

—No.

—¿Por qué?

—Todo el asunto de la realeza asusta a mucha gente.

Demetrius supo que estaba mintiendo, que se estaba mintiendo a sí misma, que estaba retorciendo deliberadamente la verdad.

Su matrimonio había sido horrible y la había dejado marcada.

Jamás le diría que su vulnerabilidad lo conmovía. Que su aislamiento lo afectaba profundamente.

—Yo no estoy asustado —dijo—. Eres una mujer, no una máquina.

La máscara de Chantal se desvaneció por un instante mientras miraba a Demetrius con auténtico anhelo. La soledad que reflejaron sus ojos hizo que éste tuviera que controlarse para no abrazarla allí mismo. Hacía demasiados años que había sido abandonada. Hacía demasiados años que navegaba a la deriva.

Demetrius quería tomar su rostro entre las manos para besarla hasta que se derritiera, hasta que cayeran los altos muros que rodeaban su corazón.

—Tenemos compañía, jefe —la voz del camarero rompió de pronto el tenso silencio.

Demetrius volvió el rostro y vio que el joven contemplaba el mar con unos prismáticos.

—¿Qué ves?

—Un barco. Y se dirige hacia aquí.

Capítulo 7

CHANTAL percibió al instante la tensión y repentino silencio que se apoderó de pronto de todos los presentes.

Demetrius dijo algo en griego y, aunque ella no lo entendió, era evidente que no le gustaba lo que estaba viendo.

Todos los hombres contemplaban el mar, expectantes.

El barco, un pequeño velero, llegó hasta el embarcadero. El hombre que lo guiaba echó el ancla y saltó a tierra.

El hombre al que Demetrius había llamado Zeno, un tipo grande y muy robusto, salió de la taberna e interceptó al joven marinero antes de que llegara a ésta.

—Esta es una isla privada —dijo en un tono que no admitía dudas—. No tiene autorización para desembarcar aquí.

Chantal no oyó lo que decía el joven, pero éste señaló varias veces su barco mientras hablaba.

Zeno se cruzó de brazos.

—Aquí no arreglamos barcos —dijo—. Lo siento.

El marinero contestó y luego rió.

Zeno no rió.

Cuando el marinero trató de pasar junto a él, Zeno alargó un brazo y lo tumbó de espaldas en el suelo con una facilidad pasmosa.

Chantal se sobresaltó. Vio que Demetrius flexionaba su mano derecha, pero no se movió. Era obvio que no tenía intención de apartarse de su lado.

—No arreglamos barcos —repitió Zeno—. Y ahora debe irse, ¿comprendido?

El marinero pareció comprender finalmente la situación y regresó a su barco a toda prisa.

—Ha sido toda una demostración de poder —dijo

Chantal, nerviosa. Nunca había estado en un lugar parecido.

—Todo el mundo se esfuerza por mantener la isla a salvo —dijo Demetrius que, tras asegurarse de que el velero se alejaba a buen ritmo, alargó una mano hacia Chantal—. Vamos a pasear un rato.

Pero Chantal aún estaba conmocionada. Los hombres de la taberna prácticamente habían formado un escudo en torno a ella cuando el barco se acercaba. No sabía cómo habían llegado a tener una relación tan intensa y cercana, pero era obvio que, como Demetrius había dicho, aquella era su gente.

—No tendrás miedo, ¿no? —preguntó él con el ceño fruncido al ver que Chantal no se movía—. No tienes nada de que preocuparte. Mi gente no permitirá que te hagan daño.

Chantal deseó de pronto haber conocido a alguien como Demetrius años atrás, cuando se encogía de miedo cada vez que Armand le alzaba la voz... o la mano. Le habría gustado contar con alguien como Demetrius a su lado, con su fuerza, su coraje...

Pero ni tuvo a Demetrius entonces ni podía tenerlo ahora. Estaba atrapada y lo sabía.

—Tienes razón —dijo, y se obligó a sonreír mientras se levantaba.

La intensa luz del sol la cegó momentáneamente cuando abandonaron el porche y tuvo que protegerse los ojos con una mano.

—¿Necesitas unas gafas? —preguntó Demetrius.

—No, gracias.

De hecho, Chantal agradeció el sol y el calor reinante, pues sintió que de algún modo alejaban las nubes que poblaban su interior. No podía ir por la vida sintiendo lástima de sí misma. Aunque su matrimonio hubiera sido doloroso, tenía una hija maravillosa, una hija a la que amaba más que a la vida misma.

—Háblame más de Lilly —dijo Demetrius mientras caminaban por la arena, y Chantal tuvo que preguntarse una vez más si aquel hombre era capaz de leerle la mente—. ¿Qué le gusta hacer?

—Le encanta jugar, como a todos los niños.

—Supongo que tendrá toda una colección de muñecas.

—Tiene un par, pero trato de que no tenga un exceso de juguetes caros.

—¿Sus abuelos la miman demasiado?

—No quiero que se acostumbre a los gestos grandilocuentes.

—¿Y los juguetes son gestos grandilocuentes?

—Los juguetes son engañosos, como los cuentos de hadas.

—¿No le lees cuentos?

—Tal vez debería dejar de hacerlo.

—¿Y qué harías en lugar de ello?

—Enseñarle karate. Algunas de esas llaves de defensa propia que tratas de enseñarme.

Demetrius rió.

—¿Estás admitiendo que puede que tenga razón en algo?

—Tienes razón en muchas cosas. Simplemente no quiero que se te suba a la cabeza.

Demetrius volvió a reír. Era tan atípico en él reír, tan atípico de la persona en que se había convertido. Observó a Chantal mientras se agachaba a tomar una caracola de la arena. La brisa alzó levemente el borde de su falda y al ver su muslo expuesto el cuerpo de Demetrius reaccionó al instante. Estaba cansado de contenerse, de resistir la atracción que sentía por ella.

Pero la tensión y la frustración de Chantal también eran palpables. Quería irse de la isla y él no se lo permitía. Quería alejarse de él y él no le daba la oportunidad de hacerlo.

Pero él sólo estaba haciendo lo que debía hacer.

—Mi matrimonio también fue de conveniencia —dijo de pronto, sin saber muy bien por qué estaba compartiendo aquella información.

—¿En serio? —Chantal no ocultó su curiosidad.

—Las familias griegas como la mía los organizan constantemente. Unen a las familias y les dan más poder. Yo no quería casarme con Katina, pero al final las cosas salieron bien. Mejor de lo que nadie habría esperado.

—De manera que tu familia hizo un buen trabajo.

—Con Katina sí.

—¿Y con qué no?

—La lista es demasiado larga para empezar. Mi

familia... —Demetrius se interrumpió y se cruzó de brazos—. Mi familia es bien conocida. Todo el mundo la conoce aquí. Y me conocen a mí. Saben quién soy, lo que hice...

—¿Qué hiciste?

—No siempre he tenido el trabajo que tengo ahora —la oscura mirada de Demetrius se endureció tanto como su mandíbula—. Provengo de una antigua familia griega muy unida al pasado.

—¿Una familia con dinero?

Demetrius señaló a su alrededor.

—Todo esto lo he conseguido con mi propio esfuerzo. Pero sí, en mi familia había dinero, pero no se hacía ostentación de él como los nuevos ricos. Éramos una familia muy reservada, y en nuestra familia, uno permanece en ella, trabaja en ella.

—¿Tú ya no trabajas para tu familia?

—No —Demetrius miró a lo lejos, pensativo—. Lo que hago ahora es importante. Sirve para ayudar a la gente, no para hacerles daño —bajó la mirada hacia Chantal y la posó en su rostro—. Esta mañana he tenido unas noticias inquietantes, Chantal.

Chantal se quedó paralizada.

—¿Sobre Lilly?

—No.

La respuesta de Demetrius hizo que Chantal sintiera un inmediato alivio, pero sintió que las piernas le temblaban.

—Sentémonos —Demetrius señaló el murete que separaba la playa de la carretera y se sentó junto a Chantal—. No hay forma fácil de decir esto, así que voy a hacerlo directamente. Ha habido un nuevo intento de asesinato contra ti que ha tenido un desenlace fatal.

El corazón de Chantal latió tan rápidamente que temió devolver.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con apenas un hilo de voz.

—Alguien puso una bomba en tu coche. Estalló cuando Tanguy, tu chofer, lo puso en marcha.

Tanguy. Muerto. Acababa de cumplir veinte años.

—¿Una bomba?

—Alguien tiene demasiado acceso a ti. Alguien sabe demasiado sobre ti.

Pero Chantal no estaba pensando en sí misma ni en su seguridad. Estaba pensando en Tanguy, recordando el día que le describió la fiesta sorpresa que le había organizado su novia para celebrar su cumpleaños.

—¿Por qué estaba en mi coche? —preguntó,

apenas capaz de respirar—. Tanguy no conduce nunca mi coche. Suele llevarme en uno de los del palacio.

—Por lo visto iba a sacarlo para limpiarlo. Pensaba que ibas a volver pronto y quería darte una sorpresa.

Chantal se cubrió el rostro con las manos. Tanguy estaba muerto.

Sintió que Demetrius apoyaba una mano en su hombro.

—Aquí estarás a salvo, y no te devolveremos a La Croix hasta que sepamos con certeza que no corres peligro.

—No estoy preocupada por mí —murmuró Chantal—. Estoy pensando en Tanguy. Ha muerto por mi culpa.

—No debes pensar así. Debes concentrarte en tu seguridad, en sobrevivir, en superar esta situación para poder volver junto a Lilly.

Lilly. La mera mención de su nombre fue un recordatorio de cuánto necesitaba a su hija, de cuánto la amaba.

—La echo de menos.

—Lo sé —Demetrius se levantó—. Volvamos a la villa. Tenemos mucho que hacer.

Durante los siguientes cuatro días Demetrius pasó horas entrenando a Chantal, enseñándole tanto movimientos de defensa como de ataque.

El quinto día abrió una armario en el que tenía una amplia colección de armas.

—No me gustan las armas —dijo Chantal cuando se lo enseñó.

—No tienen que gustarte —replicó Demetrius, que de todos modos le enseñó cómo funcionaban.

Tras varias sesiones con él, Chantal llegó a la conclusión de que apenas sabía nada sobre supervivencia. Hablaba varias lenguas, había estudiado arte, historia, música... Pero no sabía cómo protegerse a sí misma.

Ni a Lilly.

Echaba terriblemente de menos a su hija. Ya hacía más de dos semanas que no la veía.

Pero no era aquella la única emoción que la estaba agotando. Sus sentimientos respecto a Demetrius eran cada vez más confusos, y las largas horas de entrenamiento habían hecho que se mantuvieran en contacto de un modo casi constante.

Durante aquellos días, sus cuerpos se habían tocado, sus pieles se habían rozado, sus pensamientos se habían unido...

Sin embargo, Demetrius mantenía una actitud totalmente profesional y distanciada. Y su distanciamiento era casi peor que su pasión. Con el constante recuerdo del sexo que habían compartido en la isla, Chantal era incapaz de ignorar la corriente de deseo que recorría su cuerpo. No sabía si algún día podría olvidar lo que le había hecho sentir aquel hombre. Porque lo sucedido le había hecho comprender que llevaba varios años viviendo en una estéril y aislada caja de metal, alejada del contacto, del sonido, de las sensaciones, del amor.

—¿Estás bien? —preguntó Demetrius a la vez que le ofrecía una mano para que se levantara de la colchoneta en que estaba tumbada.

—Sí —Chantal aún estaba jadeando a causa del ejercicio que acababan de hacer y dejó que la ayudara a levantarse.

—Ya hemos acabado por hoy. Has trabajado duro y mereces un descanso.

—¿Estás seguro? —preguntó Chantal en tono desenfadado, tratando de ocultar las conflictivas emociones que sentía. Le encantaba estar cerca de Demetrius. Odiaba estar cerca de él. Quería más. No quería saber nada.

—Totalmente. Soy un tipo agradable. A veces —Demetrius le alcanzó una toalla y su botella de agua—. Nos vemos a la hora de la cena.

—De acuerdo.

Pero en la soledad de su dormitorio Chantal no necesitó simular que se sentía bien. Se sentía desesperada, salvaje...

Su deseo era tan intenso, que la aterrorizaba. Se sentía casi como un animal. ¿Dónde estaba la mujer

contenida y serena que había sido hasta hacía pocos días?

En su estudio, Demetrius estaba junto a su escritorio, contemplando el montón de cartas que acababa de leer dirigidas a Chantal e interceptadas por el servicio de seguridad de Melio. Eran cartas a cual más escalofriantes, de algún trastornado obsesionado con ella. Habían llegado a lo largo de un periodo de tres meses y en las semanas más recientes lo habían hecho a diario.

Las cartas mostraban una locura creciente, pasando de esperanzadas fantasías a amenazas, intimidaciones y violencia.

Tomó la última carta, recibida en el palacio hacía pocos días.

No creas que puedes escapar de mí, Chanta!. Nunca lo lograrás. Si yo no puedo tenerte, nadie te tendrá. ¿Me comprendes? Si no eres mía, no serás de nadie.

Mientras observaba la errática escritura de la carta, que reflejaba el enfado y la obsesión del autor, Demetrius pensó que éste estaba muy equivocado. Nadie iba a acercarse lo suficiente a Chantal como para poder hacerle daño. Antes tendrían que pasar por encima de su cadáver.

Tras tomar un baño y vestirse, Chantal se dispuso a bajar para cenar con Demetrius. Las comidas que compartían se habían convertido en una especie de agonía. Volvía a sentirse como una adolescente dominada por un anhelo sin esperanzas.

¿Qué pensaría Demetrius si supiera que no paraba de fantasear sobre innumerables situaciones en que la tomaba por sorpresa, la apoyaba contra la pared más cercana y la besaba y acariciaba hasta hacerle perder el sentido?

La fuerza de su deseo hacía que a veces le entraran ganas de gritar. Y las emociones parecían desbordarse en su interior sin que pudiera hacer nada por controlarlas. ¿Era amor lo que sentía, deseo, o un simple y absurdo encaprichamiento de

adolescente?

Parecía mentira que ya tuviera treinta años, se dijo mientras salía de la habitación ¿Cómo era posible que aún confundiera la atracción física con otras necesidades emocionales? ¿Cómo podía creer que el sexo, por magnífico que fuera, pudiera suponer la respuesta a algo?

Pero no sólo quería sexo. También quería amor, y la posibilidad de llevar una vida real, una vida en la que ella sería una mujer normal con sueños normales. Quería tener a su lado a alguien bueno y fuerte que la amara, un hombre que la adorara, que la protegiera.

Cuando bajó, encontró a Demetrius en la terraza, contemplando el mar. Estaba hablando por el móvil y Chantal sintió una punzada de pesar al verlo. Qué suerte tenía de poder llamar a quien quisiera cuando quisiera.

Demetrius debió oír sus pasos porque se volvió hacia ella. Pero en lugar de colgar, le alcanzó el teléfono.

—Hay alguien al aparato que dice que no va a poder irse a la cama hasta que le desees las buenas noches.

Chantal miró a Demetrius sin poder creer lo que estaba oyendo.

Él sonrió.

—Tu hija espera.

Capítulo 8

JUSTO cuando temía que no iba a poder aguantar más, cuando el vacío que sentía en su interior amenazaba con superarla, recibía aquel regalo.

Miró a Demetrius. Quería hablar, darle las gracias, pero las palabras se negaban a salir.

—Está esperando —insistió él con delicadeza.

Chantal asintió y tomó el móvil con mano temblorosa.

—¿Lilly?

—¡Mamá! —exclamó la niña—. ¡Mamá! ¡Mamá!

Chantal tuvo que apretar los dientes para contener su emoción.

—¿Cómo estás, corazón?

—Bien. Te echo de menos.

—Yo también a ti, cariño.

Durante los diez minutos siguientes, charlaron sobre todo. Al parecer, tía Joelle había ido a La Croix a pasar un largo fin de semana con Lilly. Chantal agradeció en silencio el detalle de su hermana. A continuación, Lilly la bombardeó con información sobre todo lo que estaba haciendo, clases de música, de ballet, de idiomas... Debido a la insistencia de los Thibaudet, la niña siempre estaba ocupada.

—¿Cuándo vas a venir a casa, mamá? Quiero que vengas ya.

—Yo también quiero ir. Te prometo que no tardaré.

—¿Lo prometes de verdad de verdad?

—Sí —los ojos de Chantal se llenaron de lágrimas —. Se buena, corazón. Haz lo que digan tus abuelos.

—Ya lo hago.

—Lo sé. Te quiero, tesoro. Estoy deseando verte para que me cuentes todo lo que has hecho mientras he estado fuera. Tienes que intentar acordarte de todo.

—Te pintaré un dibujo para que puedas ver todo lo

que he hecho.

—Eso me encantará.

—Te quiero, mamá —dijo Lilly tras unos momentos de silencio.

Fue como si Lilly hubiera madurado de la noche a la mañana. Chantal se mordió el labio inferior mientras veía en su mente el encantador rostro de su hija.

—Yo también te quiero. Que duermas bien.

—Y tú también. Adiós, mamá.

Chantal devolvió el teléfono a Demetrius sin mirarlo.

—Gracias —dijo con voz ligeramente ronca—. Ha sido el mejor regalo que me han hecho nunca.

Demetrius cerró el teléfono y se lo guardó.

—Ha sido gracias a tu hermana. Ha viajado a La Croix porque sabía que necesitábamos su ayuda para poder hacer la llamada.

—No tendría por qué haberse molestado.

—Claro que no. Pero tus hermanas te adoran. Las dos. He estado hablando con ellas toda la semana...

—¿En serio?

—Eres su heroína. Harían cualquier cosa por ti.

—Pero yo soy la hermana mayor —dijo Chantal, que se sentía especialmente sensibilizada tras haber hablado con su hija.

—Incluso las hermanas mayores necesitan ayuda de vez en cuando. Y a tus hermanas nunca les gustó que tu marido te hiciera daño.

Chantal se quedó muy quieta, sorprendida, ruborizada.

—Armand está muerto. Ya da igual.

—¿Da igual que tu marido te maltratara?

Chantal miró a su alrededor, incómoda. Hablar de aquello la hacía sentirse mareada, y aún tenían que cenar.

—No era mala persona. Tenía problemas para controlar su genio, pero luego siempre se disculpaba. No le gustaba descontrolarse.

Demetrius la escuchó con rostro impasible, pero no le gustaba lo que estaba diciendo. Ella no había sido la causa de los arrebatos de su marido, sino meramente su chivo expiatorio. Pero Armand había logrado destruir su autoestima.

—Tú no eres responsable de las debilidades de tu marido. El problema lo tenía él, no tú.

—Yo quería que fuéramos una familia auténtica. No dejaba de pensar que, si averiguaba qué estaba haciendo mal, lo lograríamos. Ser una familia de verdad lo significaba todo para mí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizá porque me quedé sin mis padres siendo muy joven —para Chantal fue toda una conmoción comprobar que la familia de Armand la despreciaba. Jamás se le había pasado por la cabeza que aquello fuera posible. A fin de cuentas, fueron ellos quienes la eligieron.

—La familia es importante —dijo Demetrius. Él también habría hecho cualquier cosa por proteger a la suya. Habría estado dispuesto a cambiar su vida por la de Katina. Habría sido lo más natural—. Pero tú te sacrificaste a ti misma por ella.

—No me quedó más remedio.

—No es cierto. Y si de verdad llegaste a creer eso, la culpa es de tu familia.

—Lo hicieron lo mejor que pudieron.

—Pero no fue suficiente. Debieron insistir en que lo dejaras —Demetrius estaba haciendo esfuerzos por contener su enfado—. Permanecer junto a Armand después de comprobar cómo era fue prácticamente como darle permiso para que te hiciera daño.

—Pensé que podría ayudar, que podría cambiar las cosas...

—Nada de lo que hubieras hecho habría podido cambiar a Armand.

—¿Ni siquiera si me hubiera portado mejor?

Demetrius apretó los puños a los lados. ¿Cómo iba a haberse portado mejor?

—Las reacciones de Armand no tenían nada que ver contigo o tu comportamiento —dijo con más aspereza de la que pretendía.

Chantal sintió un escalofrío.

—Lo siento. No pretendía que te enfadaras.

—No estoy enfadado contigo —Demetrius sintió una marejada de emociones en su interior—. Estoy enfadado con los hombres que hacen daño a las mujeres. Estoy enfadado con tu marido por haberte hecho daño.

—En ese caso, dejemos el tema.

—Tal vez deberíamos hablar de ello. Tal vez es hora de que algunos de esos secretos salgan a la luz.

—¿De qué serviría? Nada de lo que digamos haría cambiar... —Chantal se interrumpió al ver que Demetrius avanzaba hacia ella. Instintivamente dio un paso atrás.

—Puede que cambie el futuro —la expresión de Demetrius era letal.

—El futuro no se puede cambiar —protestó ella, nerviosa—. Aún no lo ha logrado nadie.

—Todo lo que hacemos afecta al futuro. Todo pensamiento, toda elección que hacemos.

Chantal había acabado arrinconada contra la barandilla de la terraza. Estaba segura de que Demetrius podía sentir la loca mezcla de pánico y pasión que la embargaba cada vez que lo tenía así de cerca. ¿Cómo se las arreglaba aquel hombre para despertar en ella emociones tan contradictorias?

Alzó las manos y las apoyó contra su pecho para tratar de calmarlo. Aquello no podía ser normal. Aquélla no podía ser la forma en que las mujeres respondían a los hombres.

—No quiero discutir. No estoy buscando una pelea.

—No estamos peleando.

—Pero tú estás enfadado.

Demetrius ladeó su oscura cabeza.

—Digamos que me siento un poco provocado.

Cuando dio un paso más hacia ella, Chantal pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo y temió que las piernas dejaran de responderle.

—¿Qué está pasando? —susurró.

—¿Tú que crees?

—No lo sé. Esto no está bien. Me... asusta.

—¿Qué te asusta?

—Tú. Esto. Todo —a pesar de que no la estaba tocando, Chantal podía sentir la fuerza que emanaba del cuerpo de Demetrius. Lo deseaba. Deseaba que la tocara, que la abrazara...

—¿Yo te asusto?

—Sí.

Chantal era muy consciente de cuánto había disfrutado estando entre sus brazos, de la facilidad

con que se había dejado seducir. Demetrius era demasiado peligroso, demasiado real. Ella no podía existir en su mundo. Jamás sobreviviría en él.

—¿Y tu vida? —los labios de Demetrius se curvaron, pero su sonrisa no fue amistosa—. ¿Alguna vez te asusta tu vida?

Chantal no respondió. Su mente aún trataba de procesar lo que estaba sintiendo, lo que estaba pensando.

Demetrius se inclinó hacia ella.

—¿No te asusta pensar que eres como un ratón atrapado en una jaula? ¿Qué todo el mundo que te rodea tiene algo que decir sobre tu vida... excepto tú?

—No soy un ratón y no estoy atrapada en ninguna jaula —replicó Chantal, aun sabiendo que mentía. El hecho de que Demetrius pudiera ver con tal claridad cómo era su vida la aterrorizaba. Aquel era su secreto. No podía admitir tal fracaso ante nadie.

—¿Tienes idea del peligro que corres, de lo frágil que es tu mundo?

Chantal oyó la voz de Demetrius y vio cómo se movían sus labios, pero el pánico se había apoderado de ella. Sentía el cuerpo rígido y que el cerebro se le estaba helando.

—¿Cuándo vas a enfrentarte a la verdad? Debes asumir qué es y qué no es tu vida.

—Mi vida está bien como es —dijo Chantal con un hilo de voz.

—En el avión no pensabas lo mismo. Allí admitiste que te habría gustado hacer las cosas de otro modo.

—¡Olvida el avión! Aquello no fue una conversación normal. Nada era normal. Creía que íbamos a morir. Me hiciste hablar y fui incapaz de callarme. Nada de lo que sucedió en la isla tuvo que ver con la vida real.

Demetrius ladeó la cabeza.

—¿Ni siquiera el sexo?

—Ni siquiera el sexo —Chantal alzó la barbilla en un intento desesperado de hacerle ver que era una mujer de mundo acostumbrada a aquella clase de cosas.

—¿Estás diciendo que el sexo no forma parte de tu vida real?

Chantal se ruborizó.
—Soy viuda.
—Supongo que habrás tenido algún novio desde que Armand murió, ¿no?
—No.
—¿No has salido con nadie?
—No. No forma parte de mi papel.
—No sabía que tu papel fuera tan rígido.
—Todo está predeterminado. Al casarme con Armand entré a formar parte de una poderosa monarquía y mi hija es la heredera del trono.
—Tú hija es una niña. Tú eres una mujer adulta y tienes derecho a vivir tu vida.
—Vivo mi vida. Y adoro a mi hija.
—¿Vives sólo para ella?
—Me necesita. Sólo tiene cuatro años.
—¿Y qué pasará cuando crezca?
Chantal no quería pensar en el futuro. Ni siquiera podía imaginarlo. Ya le parecía imposible superar el día a día.
—No quiero seguir hablando de esto.
—Primero no querías hablar de tu marido y ahora no quieres hablar de tu vida. ¿Son todo temas prohibidos, princesa?
—¡Sí! —espetó Chantal, furiosa, frustrada. Demetrius no respetaba las barreras normales, no le concedía el espacio y la intimidad que necesitaba—. Lo son para ti. Fuiste contratado para protegerme, no para torturarme... ¡así que haz el favor de apartarte! Teniéndote tan cerca no puedo pensar. No puedo respirar.
—En ese caso, respira.
—Respiraré cuando me dejes en paz.
—No pienso dejarte. Y jamás te dejaré sola.
—En ese caso me iré.
—¿Por qué?
Al mirar a Demetrius a los ojos Chantal comprobó demasiado tarde que brillaban de deseo.
Como la noche en la playa.
Sorprendida, excitada, fue incapaz de apartar la vista. Nadie la había mirado nunca de aquel modo, con tal intensidad.
—No... —susurró, y sintió que se acercaban peligrosamente a un abismo al que la estaba

conduciendo Demetrius.

—No he hecho nada.

La voz de Demetrius pareció acariciar los sentidos de Chantal, que sintió que sus pechos se henchían y sus pezones se excitaban. Cuando la miraba así, volvía a sentirse joven, deseada. No como una muñeca de porcelana, ni como una princesa posando para las revistas.

Finalmente se rindió. Se apoyó contra él y suspiró mientras se repetía una y otra vez que era tonta.

El beso que le dio Demetrius despertó cada célula de su cuerpo. La dejó sin aliento y le hizo apretar los puños mientras trataba de resistirse a su calidez, su sensualidad. Si aquel fuego llegaba a prender en ella, sabía que sólo habría un modo de apagarlo.

«Recuerda lo que has aceptado hacer», susurró una vocecita en su interior. «Recuerda tus obligaciones de princesa. Debes tu lealtad y tu felicidad a los Thibaudet, y sólo a los Thibaudet. Debes hacer honor a la memoria de Armand, respetar su recuerdo».

Un estremecimiento de desesperación la recorrió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. No podía tener las dos cosas. No podía dejarse llevar por la pasión y seguir en La Croix. Y La Croix era Lilly. Lilly era su hogar.

—Estás llorando —dijo Demetrius cuando apartó el rostro de ella. Chantal sintió que su oscura e intensa mirada alcanzaba los rincones más recónditos de su alma.

—Este es un cruel giro del destino —murmuró.

Demetrius frunció el ceño mientras le frotaba con delicadeza las lágrimas de las mejillas.

—¿Qué quieres decir?

Chantal volvió a apoyarse contra él.

—No formas parte de mi mundo. No puedo tenerte.

—¿Qué puedes tener? —preguntó Demetrius sin apartar la mirada de su rostro.

—Nada —Chantal pronunció aquella palabra como si se la hubieran arrancado a la fuerza.

—¿Y aceptas esas limitaciones?

Chantal sonrió sin alegría.

—No tengo otra elección.

—Todo el mundo tiene otra elección.

—Yo no —Chantal sintió que poco a poco recuperaba la cordura. Debía interrumpir aquella locura antes de que fuera demasiado tarde. Aquello no era amor. Era deseo. No estaba bien. Era resultado de los nervios, de las hormonas, de su imaginación.

Pero a Demetrius no le gustó su respuesta y no estaba dispuesto a aceptarla. La rodeó con los brazos por la cintura y la atrajo hacia sí.

—¿De verdad crees eso?

A Chantal le encantaba sentir sus manos en ella, notar la presión, el contacto... Demetrius deslizó una de ellas por su costado hasta apoyarla delicadamente sobre uno de sus pechos.

—Demetrius... —susurró ella.

Aquél era el modo en que un hombre debía abrazar a una mujer. Aquel era el modo en que siempre había querido que la abrazaran. Con firmeza. Con seguridad. Sin dudas.

Por un instante imaginó una vida así, a salvo en brazos de Demetrius. Entonces él volvió a besarla y, cuando le hizo entreabrir los labios y la invadió con su lengua, Chantal se aferró a su camisa.

«Recuerda tu posición», susurró una vocecita en su interior. «Recuerda tu situación. Recuerda a Lilly. Si no puedes pensar en otra cosa, piensa en ella».

Aquello le dio las fuerzas necesarias para apartarse de Demetrius. Necesitó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad, pero lo logró. Cuando abrió los ojos, lo miró como si fuera un espejismo, algo conjurado por su propia imaginación.

—Estás permitiendo que manejen tu vida, Chantal.

Ella negó con la cabeza, aturdida por la repentina sensación de vacío que se había adueñado de ella al apartarse de Demetrius.

—¿Qué me has hecho? —murmuró, casi tambaleante—. Ésta no soy yo. Yo no soy así.

—¿Y tú has dicho que el sexo no formaba parte de tu vida real? —Demetrius hizo un sonido de burlona impaciencia—. Tal vez debería formarlo. Eres una mujer nacida para ser amada.

Chantal alzó una mano para protestar y al hacerlo se fijó en el brillo de su anillo de casada. Cerró

el puño y lo apretó con fuerza.

¡Qué pesadilla! Su vida se estaba convirtiendo en una interminable pesadilla.

Los padres de Armand insistieron en que siguiera llevándolo tras la muerte de éste, como insistieron en que siguiera llevando la misma vida. Y así tenían que ser las cosas. Ése era el acuerdo que aceptó en su momento.

Que Dios la perdonara por firmar contratos que no entendía.

—No vuelvas a besarme —dijo, tratando de parecer más alta y fuerte de lo que se sentía—. Prométeme que no volverás a besarme ni a tocarme.

—No puedo.

—¿No puedes?

—No lo haré —corrigió Demetrius—. No suelo hacer promesas que no voy a cumplir.

Capítulo 9

CHANTAL se ruborizó al oír la respuesta de Demetrius.

—Estás poniendo difíciles las cosas intencionadamente —dijo con voz ronca.

—No. Estoy siendo sincero. Nunca podría hacer esa promesa. Pero sí puedo prometerte ser sincero. Y prometo estar a tu lado pase lo que pase.

—¿Por qué? ¡Para ti sólo soy un trabajo!

—Pero eres un trabajo que me gusta.

El enfado y la pasión que quedaron de manifiesto en el tono de Demetrius dejaron totalmente confundida a Chantal.

Afortunadamente, en aquel momento se asomó al umbral de la puerta una empleada del servicio doméstico para anunciar que la cena estaba lista.

Chantal apenas fue capaz de probar bocado. Su mente y su cuerpo no paraban de recordarle lo sucedido en la isla con Demetrius. Si el sexo no hubiera sido tan increíble, si su cuerpo hubiera reaccionado con indiferencia, no estaría sintiéndose así. Pero la noche que compartieron fue asombrosa y el sexo, casi irreal.

¿Pero qué le sucedía? ¿Cómo podía ser tan patética? Había vivido como debía durante años. Había tomado las decisiones que se suponía que debía tomar y se había adaptado a las circunstancias obedientemente.

Y de pronto, lo único que quería era sentir las manos de Demetrius deslizándose por su espalda, por sus muslos, por sus caderas.

Quería el dormitorio más oscuro, la cama más blanda, el silencio más seductor...

—¿Te importa si me retiro ya? —dijo, agobiada por las confusas emociones que la embargaban.

Demetrius la miró un largo momento antes de contestar.

—Preferiría que esperaras un poco. Quiero que eches un vistazo a cierta información que tengo en mi despacho.

—¿Qué información? —preguntó Chantal, suspicaz.

Demetrius se levantó.

—Acompáñame y te la enseñaré.

Una vez en el despacho, Demetrius se acercó a su escritorio, tomó una de las varias cartas que había sobre éste y se la entregó a Chantal.

Ella comprobó que estaba escrita a mano y que iba dirigida a ella. La letra de una de las caras era pequeña y concisa, pero en la otra se volvía más grande y caótica.

—Es una carta para mí.

—Sí. He guardado las peores. ¿Crees que podrías reconocer la escritura?

Chantal volvió a mirar la carta.

—Me temo que no. Lo siento.

Demetrius suspiró.

—Me lo temía, pero merecía la pena intentarlo —dijo mientras volvía a dejar la carta con las demás —. Fueron enviadas al palacio de Melio desde La Croix. El matasellos es de la oficina de correos más cercana al palacio Thibaudet.

Chantal asintió lentamente.

—De manera que el peligro está en La Croix y podría tratarse de alguien que vive en el castillo.

Demetrius asintió.

—Estamos analizando la escritura. Los detectives que trabajan en el caso están seguros de que se trata de un hombre, y un hombre bastante educado.

Chantal se estremeció.

—Cuesta creer que tenga un admirador tan... obsesionado. Siempre he tratado de vivir con sencillez, sin llamar la atención.

—Obviamente, no ha bastado. Alguien se ha fijado en ti. Alguien te desea.

«Muerta», concluyó Chantal en silencio, tratando de controlar los latidos de su corazón. Y Tanguy ya había pagado el precio más alto por culpa de la enfermiza obsesión de aquel loco.

—¿Hay alguna pista sobre el estilo de vida o la ocupación del sospechoso?

—De momento no hay nada.

—Pero debe de haber alguna clase de perfil típico...

—Lo hay. Desafortunadamente, esa clase de tipos son muy esquivos. Ocultan sus intenciones y se esfuerzan por parecer totalmente normales. La mayoría creen serlo.

Demetrius vio que Chantal se ponía pálida. No quería asustarla, pero necesitaba su cooperación. Debían atrapar a aquel tipo antes de que hiciera más daño.

Él ya había tenido que enfrentarse a más de un caso parecido, y no eran precisamente de los más fáciles, porque podía tratarse de cualquiera.

—¿Por qué te dedicas a esto? —preguntó Chantal con voz ligeramente temblorosa—. Es tan... —no se molestó en terminar la frase.

—Sórdido —concluyó Demetrius por ella—. El trabajo que hago ayuda a la gente. Me alegra poder ayudar a proteger a la gente porque sé lo que es perder el sueño cuando alguien a quien amas está en peligro. En una ocasión viví en ese estado durante tres semanas y fueron las tres semanas más largas de mi vida.

La dureza del tono de Demetrius hizo que Chantal sintiera un escalofrío.

—Espero que tu historia tuviera un final feliz.

Las expresión de Demetrius se volvió pétrea.

—No.

Chantal volvió a estremecerse. Algo horrible había sucedido en la vida de Demetrius y la tragedia lo había convertido en el hombre que tenía ante sí.

—¿Cómo sobreviviste a tu pérdida?

—Gracias a la venganza.

A Chantal no le estaba gustando aquella conversación. No quería imaginar lo que había sufrido Demetrius, y mucho menos lo que pudiera haber hecho sufrir él a otros.

—¿Sigues... haciendo... esa clase de cosas hoy en día?

—No. Ahora sigo las normas.

—Comprendo.

—Pero no te parece bien.

Chantal trató de sonreír.

—No me gusta el dolor.

—No. Prefieres pasar por la vida simulando que eres feliz con tu máscara real y dejando creer a todo el mundo que eres tan bella por dentro como por fuera.

Demetrius sabía muy bien cómo hacerle daño, pensó Chantal.

—Eres un hombre muy peligroso.

—Tú lo eres aún más. Te estás muriendo por dentro, pero no estás dispuesta a admitirlo. Al menos, yo quiero ayudarte.

Chantal miró a Demetrius un largo momento. Tenía razón. Y lo odiaba por ello.

—¿Se te ha ocurrido pensar en algún momento que es posible que no quiera tu ayuda? ¿Que haya aceptado mi vida tal cual es y...?

—Tonterías.

Chantal se ruborizó.

—¿Disculpa?

—No hagamos esto, Chantal. No tenemos por qué hacerlo. Fue sexo. No fue más que sexo. ¿Qué te parece si lo dejamos en eso? —Demetrius dejó la carta de nuevo en la mesa y se encaminó hacia la puerta—. Ya conoces el camino a tu dormitorio, así que, si quieres, quédate aquí echando un vistazo. Yo voy a salir un poco. Necesito tomar el aire. Buenas noches.

A continuación, salió sin mirar atrás.

Chantal sintió que su corazón se encogía a la vez que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Una vez en su dormitorio, se desvistió lentamente y se puso el camisón.

Se casó con Armand porque Melio estaba en bancarrota y porque tenía muy claro que el deber era lo primero. El deber siempre era lo primero.

Pero lo cierto era que odiaba el deber. Odiaba todo lo relacionado con el deber. Sin embargo, ya era demasiado tarde. No podía detener lo que había empezado. No podía escapar a su destino.

Se acercó al ventanal del dormitorio y apoyó la frente contra el frío cristal. Se sentía totalmente agitada por dentro. Confundida. Enfadada.

Quería estar con Demetrius, ¿pero qué sucedería si acudía a él?

La soledad que sentía era insoportable. Cerró los

ojos y deslizó una mano en el interior de su bata para cubrirse el pecho. Necesitaba que la abrazaran, que la acariciaran, que la amaran... Imaginó las manos de Demetrius sobre su sensibilizada piel y supo que habría dado la bienvenida a cada caricia, a cada beso que le hubiera dado.

Pero aquello era una locura.

¿Qué podía hacer? Estaba segura de que, si volvía a hacer el amor con Demetrius, se enamoraría de él perdidamente, lo que supondría su fin.

Fue hasta la cama sintiéndose más sola de lo que se había sentido en años.

Estaba retirando la colcha cuando llamaron a la puerta.

Cuando la abrió, su corazón se detuvo un instante.

—Demetrius.

Él no dijo nada. Se limitó a permanecer de pie, mirándola con una expresión de clara frustración en sus duros rasgos.

Se había desabrochado la camisa y su pecho estaba expuesto. Tenía el pelo revuelto, como si se hubiera dedicado un buen rato a pasarse las manos por él.

Chantal no lograba apartar la mirada de su rostro. Parecía absolutamente torturado.

Con el corazón desbocado, abrió la puerta de par en par.

—¿Quieres pasar?

—Sabes lo que sucederá si lo hago.

Chantal se apartó de la puerta en silencio y contuvo el aliento. Demetrius entró lentamente en el dormitorio, fue a sentarse en el borde de la cama y la miró.

—Ven aquí —dijo.

Chantal obedeció y él separó los muslos para que se situara entre ellos. Luego los cerró para sujetarla con firmeza a la vez que apoyaba las manos en sus caderas. Chantal sintió el calor que emanaba de ellas a través de la delicada tela de su camisón.

—Esto es sólo sexo, ¿no? —dijo él con aspereza.

Chantal trató de sonreír.

—No podría ser otra cosa.

La mandíbula de Demetrius se tensó visiblemente, pero no dijo nada.

Su silencio fue más revelador que cualquier palabra, y Chantal apartó la mirada, ruborizada.

Demetrius la tomó por la barbilla para obligarla a mirarlo. Su oscura mirada manifestó una extraña mezcla de dolor y rabia.

—De manera que lo único que quieres es sexo, ¿no?

Chantal no sabía qué quería que dijera, no sabía cómo esperaba Demetrius que acabara aquello. El conocía su vida y sabía los compromisos que tenía. Sabía cuáles eran sus obligaciones.

—Sí.

—De acuerdo —Demetrius alzó una mano para cubrir uno de los pechos de Chantal incluso antes de besarla.

Sus labios la quemaron. Su beso fue duro, exigente y, como la mano con que le estaba acariciando el pecho, habló de posesión. Pero no se detuvo allí. Tomó el rostro de Chantal entre sus manos de manera que no pudiera escapar de la insistente presión de su boca. Exploró la de ella con su lengua, saboreándola, colmándola, despertando en ella sensaciones que hicieron que un delicado gemido escapara de su garganta.

Mientras apoyaba las manos contra el poderoso pecho de Demetrius, Chantal sintió que su necesidad física por él surgía de un lugar profundamente oculto en su interior, de un lugar cargado de emociones. El entumecimiento que había atenazado su interior durante tantos años había desaparecido y había sido sustituido por un infierno de deseo. Por un loco instante, decidió renunciar a todo para responder a aquella necesidad.

Demetrius se levantó, la tomó en brazos y, tras dejarla sobre la cama, se situó sobre ella y le hizo separar las piernas.

Impaciente, le quitó el camisón por encima de la cabeza y empezó a acariciarla.

Chantal sintió cómo deslizaba una mano por sus caderas, por el interior de sus muslos hasta alcanzar su cúspide, donde sus dedos apartaron con delicadeza los rizos morenos de su vello púbico hasta encontrar su aterciopelado y cálido sexo.

Chantal dio un gritito cuando él separó sus labios interiores y deslizó el dedo delicadamente

por su excitado clítoris hasta alcanzar la tentadora abertura que anhelaba ser colmada por él. La ligereza de su caricia, la seguridad de sus movimientos, le hicieron aferrar la colcha de la cama con fuerza. Se estaba derritiendo de deseo y, según iba penetrándola Demetrius con sus dedos, sintió que su cuerpo se volvía fuego líquido.

—Hazme el amor —rogó mientras lo rodeaba por el cuello con los brazos—. Nunca he deseado a nadie ni nada como esto.

—¿Tan bueno es el sexo? —Demetrius entrecerró los ojos, pero su voz sonó dura, cínica.

Chantal sintió que le ardían los ojos a causa de las lágrimas.

—Tú eres así de bueno —«podría amarte», añadió una vocecita en su interior. «Podría amarte para siempre».

Chantal cerró los ojos mientras Demetrius volvía a darle un beso duro y posesivo. Sintió su cuerpo presionado contra el de ella, notó el roce del pelo de su pecho, la dureza de su poderosa erección...

Hicieron el amor dos veces de forma increíblemente erótica y, tras alcanzar el clímax por segunda vez, Chantal se acurrucó entre los brazos de Demetrius.

Nunca se había sentido tan amada en su vida.

Pero aquello no era amor, se dijo. Aquello era sexo.

Mentirosa.

—Tú... esto... me asombra —murmuró, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Es increíble. Estar aquí contigo. Así.

Demetrius no dijo nada y Chantal sintió el peso de su silencio.

—No lo olvidaré nunca —añadió, con la esperanza de que dijera algo.

Pero Demetrius no dijo nada.

—Y tampoco te olvidaré a ti —continuó—. Has... significado mucho para mí.

—Sólo ha sido sexo, ¿recuerdas? —dijo él, casi con crueldad.

—Porque así tiene que ser —un intenso dolor sustituyó de inmediato el placer que Chantal acababa de experimentar—. La vida que llevo no es la que

quiero, no es como soñé que sería...

—Rompe con ella.

Chantal se sentó en la cama y se rodeó las piernas con los brazos.

—No entiendes.

—Trata de hacerme entender.

—No puedo. Es demasiado complicado, demasiado increíble como para explicarlo.

—Inténtalo.

La firmeza del tono de Demetrius hizo que Chantal sintiera un escalofrío.

—Es algo bastante aburrido. Hechos y cifras. Nada de diversión y romance.

—Estudié Económicas en la universidad. Estoy seguro de que sabré captar los detalles.

—En ese caso, puede que lo encuentres interesante —Chantal hizo una pausa para tratar de organizar sus pensamientos y simplificar la historia lo más posible—. Tú sabes que mi matrimonio con Armand fue previamente concertado, pero la mayoría de la gente no lo sabe. Dada la fastuosa boda que se organizó, apenas nadie sabe que en realidad fue un trato entre dos países. Como sucede con cualquier trato importante, siempre hay un montón de papeleo incluido, con cláusulas, contratos y un acuerdo prenupcial. Jamás imaginé que me quedaría viuda tan joven, como jamás imaginé que mi matrimonio llegaría a ser tan triste, de manera que acepté unos términos que en estos momentos parecen ridículos. Pero Melio se benefició de ello, pues La Croix le ofreció la ayuda financiera que necesitaba. Todo el mundo parecía feliz y satisfecho.

—Excepto tú.

Chantal se encogió de hombros.

—En cualquier acuerdo o fusión siempre hay alguien que sale mal parado.

—Ésa es una forma muy delicada de expresarlo, Chantal. Estamos hablando de que te convertiste directamente en una esclava.

Chantal logró sonreír valientemente a pesar de la descarnada y precisa descripción que había hecho Demetrius de su situación.

—Shh —susurró, tratando de bromear—. Es nuestro pequeño y sucio secreto.

Demetrius la tomó por un hombro para que volviera a tumbarse a su lado.

—La palabra «sucio» me parece muy adecuada para describirlo —dijo, y a continuación inclinó la cabeza para besarla.

Chantal decidió que le encantaba estar con él. Le encantaba que la besara. Si aquello pudiera ser real, si todo aquello pudiera formar parte de su mundo, pensó mientras lo abrazaba. Nadie le había hecho nunca el amor como Demetrius. Nadie la había abrazado así ni la había besado con tal ternura, pasión y necesidad. Nadie la había hecho sentirse nunca tan femenina, tan bella, tan inteligente y capaz.

Demetrius era todo lo que no podía tener y, sin embargo, en aquellos momentos era todo lo que necesitaba.

«Te quiero», pensó mientras él volvía a penetrarla. Ya sabía con certeza que aquello no era mero deseo, que no era tan sólo un capricho pasajero. También sabía que cuando regresara a La Croix no podría volver a estar con él así. En La Croix no lo vería nunca.

Demetrius dejó de moverse y se irguió ligeramente sobre ella.

—Rodéame con tus piernas —murmuró con voz ronca, cargada de pasión y deseo.

Cuando ella hizo lo que le había dicho, Demetrius la besó en el cuello a la vez que deslizaba ambas manos bajo su trasero para alzarle las caderas.

—¿Mejor así? —preguntó él.

Chantal pensó que ya era completamente suya.

—Sí.

—En ese caso, no me sueltes.

La áspera y varonil voz de Demetrius hizo que un delicioso cosquilleo recorriera el cuerpo de Chantal de arriba abajo.

Capítulo 10

EN cuanto despertó, Chantal supo que Demetrius ya no estaba a su lado.

Y se sintió desolada. No quería despertar sola. Pero aquella era la vida real, se obligó a recordar. Así era como iban a ser las cosas.

Al erguirse en la cama sintió unas repentinas náuseas. Volvió a tumbarse lentamente y apoyó una mano en su estómago. ¿Le habría sentado mal la cena?

Al cabo de unos minutos volvió a erguirse lentamente y permaneció quieta un buen rato.

La noche anterior había sido irreal. Con mucho, había sido la noche más bella de su vida. Cada momento que había pasado entre los brazos de Demetrius había sido perfecto.

«No pienses en él», se dijo. «Levántate y ponte en marcha. La noche ha acabado. Tienes que seguir adelante con tu vida».

Mientras se duchaba y vestía hizo lo posible por ignorar su estómago. Luego bajó a desayunar a la terraza, iluminada por el cálido sol de la mañana.

¿Dónde estaría Demetrius? ¿Qué estaría haciendo? Quería verlo. Tenía miedo de verlo.

El té y la única tostada que tomó le sentaron bien y su estómago dejó de protestar. Estaba a punto de abandonar la mesa cuando apareció Demetrius.

Aunque acababan de pasar la noche juntos, el mero hecho de verlo hizo que Chantal se sintiera mareada. Qué grande era. Qué fuerte. Y qué misteriosamente atractivo...

Cuando sus miradas se encontraron, Chantal creyó percibir por un segundo en los ojos de Demetrius la misma emoción que debía haber en los suyos.

«Te quiero», pensó. «Te deseo. Pero no voy a conservarte, ¿verdad?»

Pero la expresión de Demetrius quedó enseguida oculta tras una máscara de indiferencia.

—¿Has terminado? —preguntó a la vez que señalaba el plato de Chantal.

Nada de «hola, cariño». Ni un tierno «buenos días». Nada que indicara que hubiera sucedido algo especial entre ellos.

Chantal se obligó a sonreír para ocultar su decepción.

—Sí, gracias.

Demetrius llevaba unos pantalones cortos y una camiseta negra.

—¿Lista?

—¿Adónde vamos?

—He pensado que te vendría bien un cambio, así que vamos a salir. Vamos a pasar el día en mi barco.

Más tarde, Chantal pensó que no había sido buena idea. Su estómago no ayudó, pero de algún modo logró pasar el día sin que se le notara. Pero al final lo peor no fue su estómago, sino el distanciamiento de Demetrius. Chantal había esperado que en el barco se mostrara más personal, menos distante. En lugar de ello se comportó como un consumado profesional. Estaba cerca de ella, pero no la tocó ni una vez. Fue amable, pero apenas habló. Fue atento, pero desapegado.

Aquello le sentó muy mal a Chantal. ¿Cómo era capaz de hacerle el amor como lo había hecho y luego mostrarse así de distante?

Cuando regresaron a La Roca se sentía agotada. No recordaba cuándo se había sentido tan cansada en su vida y fue directamente a acostarse un rato.

La cena de aquella noche fue una auténtica agonía.

En cuanto entró en el comedor, Chantal sintió que su cuerpo dejaba de cooperar. El olor a pescado hizo que se le revolviera el estómago y, cuando se sentó, una fina capa de sudor cubría su ceño y la parte superior de sus labios. ¿Tendría la gripe?

«Aguanta la cena y luego vuelve al dormitorio a acostarte», se dijo.

Pero estaba claro que la tarea no iba a ser fácil. Agotada por el esfuerzo de permanecer sentada mientras simulaba tomarse la sopa, ni siquiera trató

de entablar conversación con Demetrius, y éste tampoco parecía muy dispuesto a hablar. Pero la estaba observando. Atentamente. Con aquella desconcertante intensidad que siempre hacía que Chantal se sintiera como si fuera un espécimen extraño observado a través de un microscopio.

De pronto, Demetrius se inclinó hacia ella y apoyó el dorso de una mano en su frente.

—¿Qué sucede?

Chantal estuvo a punto de responder que no sucedía nada, pero mucho se temía que las náuseas iban a poder con ella.

—Necesito... ir a mi dormitorio.

—¿Qué sucede?

—No sé —Chantal no quería mirar a Demetrius a los ojos. Estar enfermo era algo íntimo, personal. Y vomitar delante de alguien era indecoroso—. Si me disculpas...

—Voy contigo.

—No.

Pero Demetrius ya se había levantado y unos segundos después acompañaba a Chantal a su dormitorio sujetándola con un brazo por la cintura.

En cuanto entraron en el baño, Chantal fue incapaz de contener un segundo más las náuseas y vomitó mientras Demetrius le sostenía la frente.

—¿Cuándo has empezado a sentirte mal? —preguntó él después de ayudarla a sentarse.

—Hoy, pero lo he achacado al cansancio —Chantal se encogió de hombros, aún temblorosa—. Probablemente será la gripe. Y ahora será mejor que te vayas —añadió al sentir que las náuseas regresaban.

—Vuelves a sentirte mal, ¿verdad? —Demetrius no tuvo que esperar a que Chantal respondiera. Un instante después, estaba sujetándole de nuevo la frente sobre la taza del baño.

Chantal agradeció que se hubiera quedado a su lado, sobre todo cuando le ofreció una toalla limpia al terminar y la hizo sentarse mientras le preparaba el baño.

—Ahora me voy, pero enseguida vuelvo. Y no cierres la puerta. No me gustaría tener que tirarla abajo.

Chantal lo miró con ojos adormecidos y el pelo húmedo y pegado a las mejillas. Se sentía mal. Rogó para que fueran los síntomas de una gripe pasajera.

—¿Puedo decirte de nuevo que no eres un guardaespaldas normal?

Se sorprendió al ver el destello de una genuina sonrisa en los ojos de Demetrius.

—Me alegra que lo pienses, porque me he pasado la vida tratando de ser cualquier cosa menos normal. Nos vemos dentro de un rato.

Chantal tuvo tiempo de tomar un reconfortante baño y de meterse en la cama antes de que Demetrius regresara. Volvió al dormitorio con una pequeña bandeja en la que había una humeante taza.

—Te traigo un poco de manzanilla. Es buena para el estómago y te relajará.

—Gracias. Eres muy amable.

—Es lo que habría hecho cualquier ser humano decente.

—En ese caso, gracias por ser decente.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, Demetrius volvió a entrar en el baño de Chantal, donde ésta había tenido que entrar de nuevo a toda prisa a causa de las náuseas. Dejó a su lado una caja blanca y rosa.

Una prueba del embarazo.

Ella miró la caja y luego a Demetrius. Como de costumbre, su expresión era impenetrable. Pero era obvio que tenía algo en mente.

—No es la gripe —dijo.

—No puedes estar seguro.

—Hazte la prueba.

—No estoy embarazada —Chantal se irguió y se sentó en la taza. Había pasado más tiempo aquel día en el baño que en los seis meses anteriores—. Lo sabría si lo estuviera.

—Tienes las típicas molestias matutinas.

—Las mías son vespertinas. No me sentí así cuando me quedé embarazada de Lilly.

—El médico dijo que cada embarazo es diferente.

—¿Has consultado con un médico?

—Consulté con uno sobre el embarazo de mi mujer —las palabras de Demetrius surgieron como astillas de hielo—. Tuvo un embarazo muy complicado. Tenía

náuseas día y noche.

Chantal tuvo que esforzarse para no preguntarle qué había pasado con su esposa y el bebé. ¿Dónde habían ido? ¿Dónde estaba el bebé?

Pero no necesitó hacer las preguntas para ver la respuesta en el rostro de Demetrius.

Su esposa y el bebé debían de haber muerto. Demetrius llevaba mucho tiempo solo.

Se levantó con esfuerzo y tomó la caja de la prueba con expresión resignada.

—Esperaré fuera —dijo Demetrius—. Tendremos el resultado en pocos minutos.

Dos minutos después, Chantal salía del baño. Demetrius esperaba junto a la ventana. Ella se limitó a asentir cuando se miraron, incapaz de pronunciar palabra.

Por un instante, Demetrius no dijo nada. Luego, asintió y salió del dormitorio.

No se habían dicho nada, pero se habían dicho todo. Había momentos en que las palabras eran totalmente innecesarias.

Pero el hecho de que aquella tarde no hablaran del estado de Chantal no quería decir que Demetrius se sintiera indiferente ante lo sucedido. Tardó horas en dormirse, y cuando lo hizo, su sueño se pobló de pesadillas.

Katina en manos del enemigo, embarazada y aterrorizada. No entendía lo que estaba pasando, por qué, y sólo podía pensar en proteger al bebé.

En su sueño, Demetrius vio que Katina se llevaba una mano al vientre y se lo acariciaba para tratar de calmar al bebé. Cuando alargó los brazos para abrazarla, el suelo se abrió a sus pies y se la tragó. Desesperado, él se tiró al suelo para tratar de impedir que la tierra se cerrase. ¡Katina!

Despertó cubierto de sudor frío, erguido en la cama y jadeando a causa del esfuerzo. Aturdido, se levantó y fue al baño a refrescarse la cara.

Hacía años que no tenía aquella pesadilla. No había sentido aquel terror innombrable desde que había comprado la isla. La Roca había sido un santuario, pero el embarazo de Chantal había hecho que aquella ilusión se esfumara.

El embarazo lo cambiaba todo, se dijo mientras

salía a la terraza.

Su misión había cambiado. Ya no tenía que proteger a la princesa; tenía que proteger a la madre de su hijo.

Se apoyó contra la barandilla y aspiró con fruición el aire de la noche. Jamás había imaginado que tendría otra oportunidad de ser padre. Se había asegurado de tomar las medidas necesarias en todas sus relaciones para que no hubiera errores. Sus amantes sabían desde el primer momento que no estaba interesado en el matrimonio, en la familia ni en el compromiso. Ya había tenido una familia, la única que había querido tener, y no sentía deseos de sustituir la que había perdido. Sustituir a Katina y al bebé habría sido cruel. La gente no podía ser sustituida. La muerte de su mujer poco antes de dar a luz lo destrozó. Con el corazón roto, se dedicó con todas sus fuerzas a vengar la muerte de su mujer y su bebé. Y lo hizo.

Lo hizo.

Y casi se desesperó cuando su venganza no tuvo como resultado que la familia tomara represalias contra él. Habría sido más fácil morir que seguir vivo. Al menos así se habría quedado en paz.

Pero la familia lo dejó solo. Le dejó ir.

Y aquel fue el final de Demetrius Mantheakis, del amante esposo y padre, del hombre protector de su familia.

Pero el embarazo de Chantal lo había cambiado todo. Milagrosamente, iba a volver a ser padre.

Si la princesa no decidía poner fin a su embarazo.

Si el hombre que la acechaba no acababa antes con ella.

Tenía que averiguar lo que estaba planeando, lo que estaba pensando.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó aquella mañana cuando Chantal bajó a la terraza a desayunar.

Chantal ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—No muy bien.

—Yo tampoco —Demetrius había decidido que lo mejor que podía hacer era hablar claro—. No he hecho

más que pensar. En ti, en el bebé...

—Aún ni siquiera es un bebé.

Demetrius frunció el ceño y estuvo a punto de replicar con aspereza, pero se contuvo.

—Hemos creado una vida —murmuró sin apartar su atenta mirada del rostro de Chantal.

Ella bajó la mirada y tragó convulsivamente.

—Estoy aterrorizada. Petrificada.

Demetrius no dijo nada. No se atrevía a hablar en aquellos momentos, habiendo tanto en juego.

Chantal cerró los ojos y respiró profundamente para tratar de contener las emociones que la abrumaban. Demetrius no tenía idea de lo que significaba aquello. No tenía idea de cuánto estaba en juego. Su acuerdo prenupcial con Armand había sido muy especifico. Había aceptado cumplir determinadas obligaciones. Nada de aventuras. Nada de escándalos. Nada de conductas ilícitas.

Era cierto que estaba viuda... pero se había quedado embarazada sin haberse vuelto a casar. Algo que podía considerarse un comportamiento escandaloso. Podía perder a Lilly.

—No puedo tener este bebé. Sé que te parecerá frío que lo diga, pero es la verdad. Los Thibaudet están buscando un motivo para librarse de mí, y éste les bastará.

—Ni siquiera te caen bien.

—Pero mi hija va a heredar el trono. Podrían echarme a mí y quedarse con ella.

—Eso va contra la ley.

—No contra la de La Croix. Es una antigua monarquía, no una democracia. El rey y la reina tienen mucho poder.

—¿Incluyendo retener a su propia nieta como rehén?

—Ellos no lo ven de ese modo.

—¿Los estás defendiendo?

—Claro que no, pero tengo que ser pragmática.

La expresión de Demetrius se endureció.

—Ni siquiera te estás planteando la posibilidad de tener al bebé.

Lo cierto era que Chantal siempre había querido tener más hijos, pero no podía permitírselo. Tener otro hijo significaría perder a Lilly.

Permanentemente.

—No —los ojos de Chantal se llenaron de lágrimas y tuvo que morderse el labio para contenerlas. Quería tener al bebé, pero no podía. Era horrible. Ninguna mujer debería verse en aquella situación. Para salvar a un niño no podía tener otro.

—De manera que eso es todo —dijo Demetrius, dolido—. Sin hablarlo, sin buscar otras soluciones...

—¿Qué otras soluciones? —los ojos de Chantal llamearon—. Mi hija es la única heredera al trono. Ya la han preparado para ser la futura reina. ¡No puedo dejarla en La Croix para venir aquí a jugar a las casitas!

—De manera que todos los sacrificios, la pérdida de tu libertad para elegir, para amar, para vivir... todo merece la pena mientras Lilly llegue a ser reina, ¿no?

Chantal se estremeció ante el tono sarcástico de Demetrius. Por lo visto no entendía que para un miembro de la realeza no había opción. Para un Ducasse o un Thibaudet, el deber era lo primero.

Pero Demetrius aún no había terminado.

—¿Estás segura de que no es tu propia ambición la que está dictando el futuro de tu hija? ¿Estás segura de que no eres tú la que quiere ser reina?

Chantal manifestó su indignación alzando la barbilla.

—Lo último que le desearía a un niño sería que naciera en el seno de una familia real, pero Lilly es lo que es, como yo soy lo que soy, y eso no tiene remedio —el pecho le ardía a causa de la emoción. Demetrius le había hecho daño con su comentario. ¿Cómo podía considerarla tan egoísta? Ella jamás retendría a Lilly en La Croix sólo para satisfacer su propio egoísmo—. Sabes cuánto quiero a Lilly. Sabes que haría cualquier cosa por ella, por asegurarme de que fuera feliz.

—Incluyendo acabar con la vida del bebé que llevas dentro.

Capítulo 11

LAS palabras de Demetrius fueron como una bofetada para Chantal.

Dolida, consternada, sintió que su estómago se revelaba.

—Haces que me ponga enferma —dijo, y a continuación se levantó y fue corriendo a su dormitorio.

Una vez en el baño, prácticamente se arrojó sobre la taza, donde vació una y otra vez su estómago.

Las lágrimas se deslizaban a raudales por sus mejillas mientras se erguía. El amargo sabor de su boca no era nada comparado con el fuego que ardía en su corazón. Demetrius no sabía nada. No podía saberlo. Ella había pasado por un auténtico infierno. La habían abofeteado, la habían golpeado, la habían apaleado. Había soportado la peor clase de humillaciones para mantener a su hija a salvo. Protegida. La vergüenza que había tenido que soportar tenía que haber servido para algo. Los moretones, las lágrimas, la angustia, no podían haber sido en vano.

—Lo siento —dijo Demetrius desde el umbral de la puerta—. He sido demasiado franco.

Aferrada al borde de la taza, Chantal movió la cabeza mientras las lágrimas seguían rodando por sus mejillas. ¿Franco? ¿Eso era todo? El adjetivo más adecuado habría sido «cruel»

Se irguió, se aclaró el rostro y la boca y salió al dormitorio con piernas temblorosas. Se casó con Armand decidida a amarlo y él le hizo daño. No una vez, sino muchas a lo largo de los años.

Agotada, se sentó a los pies de la cama.

—Me moriría si perdiera a Lilly —dijo con voz ronca. Las lágrimas habían dejado de derramarse, pero aún podía sentirlas en su interior—. Ella es todo lo que tengo. Es lo único que me anima a seguir

viviendo.

—Ahora tienes otra vida en que pensar. Una vida que también te necesita.

—Oh, Dios mío... —la voz de Chantal se quebró, como su corazón. Se mordió el labio con tal fuerza que pudo saborear la sangre.

—Lo hecho, hecho está —la voz de Demetrius sonó carente de emoción a oídos de Chantal—. Sólo se puede seguir adelante.

—No puedo. No puedo perder a mi hija. No estoy dispuesta a hacerlo. Lilly es mi corazón.

Demetrius no dijo nada durante un largo momento. Luego, Chantal le oyó emitir un suspiro que pareció surgir de lo más hondo de su alma. Lo miró a la vez que apartaba un mechón de pelo de su frente.

—He hablado con varios abogados. Según ellos, el contrato que firmé cuando me casé con Armand no tiene fisuras.

—¿Tienes una copia?

—En el castillo. Con mis cosas.

—Pediré una copia. No hará ningún mal que le eche un vistazo.

Demetrius entró en el baño y salió un momento después con una caja de pañuelos de papel que ofreció a Chantal. Ella tomó uno, se secó los ojos y se sonó la nariz.

—No servirá de nada. El contrato es muy específico.

—¿Prohíbe expresamente que saques a Lilly de La Croix?

—Me prohíbe trasladarme, casarme de nuevo o tener otro hijo.

La mandíbula de Demetrius se endureció visiblemente.

—No permitiré que te dejen sin tu hija. Vamos a encontrar un modo de solucionar las cosas.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé. Pero sí sé que tan sólo hay dos certezas en la vida. La vida misma, y la muerte. Todo lo demás es negociable.

Demetrius parecía tan duro, tan decidido... Pero no conocía a los Thibaudet, no conocía su historia. Armand era su único hijo, y su muerte los había cambiado. Se habían convertido en dos personas

enfadadas y amargadas. No estaban dispuestos a perder a Lilly. No tenían con quien sustituirla.

—No se les puede comprar.

—Tal vez no con dinero.

—¿Y con qué se compra a las personas si no?

—Hay muchos modos de hacerlo. Las personas no son tan complicadas como parecen. Sólo es cuestión de manejar bien la situación.

—¿Y crees que podrías encontrar un modo de... presionar a los Thibaudet para que me devuelvan a Lilly?

—De presionar, de manipular, ¿qué más da? —Demetrius se encogió de hombros—. En realidad no me preocupan los métodos.

—Haces que suene como si esos métodos pudieran estar al margen de la ley.

Demetrius permaneció un momento en silencio mientras miraba a Chantal a los ojos.

—Has entendido correctamente.

Chantal asintió, asustada, pero aquello despertó su curiosidad.

—¿Cómo entraste en contacto con el rey Nuri?

—Hace mucho que nos conocemos. Cuando Nuri me explicó la situación en que te encontrabas, le dije que necesitabas a alguien bueno a tu lado, alguien duro, implacable, sin corazón. Debías tener protección a toda costa —los labios de Demetrius se curvaron en una burlona sonrisa—. Nuri decidió que esa persona era yo.

—Pero tú no eres un hombre sin corazón.

—No me conoces.

Hacía dos semanas que estaban juntos y Chantal sabía que Demetrius era un hombre fuerte, centrado en su trabajo, serio. Le había demostrado que no tenía ninguna intención de abandonarla, ni en el avión, ni luego.

—Puede que no te conozca, pero confío en ti.

—En ese caso, confías con demasiada facilidad en la gente.

—¿Y por qué no iba a fiarme de ti? —preguntó Chantal en tono de desafío.

Demetrius contempló el rostro ovalado de Chantal, el sencillo vestido que ceñía su cuerpo y revelaba la curva de sus pechos, de sus hombros desnudos.

—Porque soy un hombre.
—¿Y?
Demetrius la miró con ironía.
—Soy territorial e implacable. Y protejo lo que es mío.
Chantal se acaloró al escuchar aquello.
—No sabía que fuera de tu propiedad.
—Estás aquí.
—Tú me trajiste aquí.
—Exacto.
Chantal se tensó. No entendía por qué tenía que hacerla sentirse así... tan frustrada... tan agitada por unas emociones que escapaban por completo a su control.
—Además está el bebé, que es mío —Demetrius la miró intensa y posesivamente—. Es mi deber protegeros a ambos.
—No. Tu deber es llevarme sana y salva a casa. De vuelta con Lilly. Ése era el trato. Ésa fue la promesa que me hiciste.
—Antes de saber que te había dejado embarazada.
—Tan sólo estoy de una semana. Aún podría venirme el periodo...
—No vendrá, y lo sabes.
—No he pasado estos últimos años negándome todo lo que necesitaba para cometer un error estúpido ahora. Y no puedes simular que no sabes que lo he sacrificado todo, incluyendo mi orgullo y mi dignidad, para que Lilly sea feliz.
—Deja de ocultarte tras tu hija.
—No lo hago. La protejo. Y si no eres capaz de ver la diferencia... ¡no sé cómo he podido ver alguna vez algo en ti!
—Veo la diferencia. Y sabes muy bien lo que viste en mí... aunque este no es momento de hablar de ello. Ya tenemos suficiente. Pero no hay motivo para asustarse. Hay tiempo. Y si hace falta, llegado el momento puedes vestirte para ocultar el embarazo. Confía en mí. Podemos hacer que esto funcione. Podemos tener ese bebé.
Hasta que Demetrius no se fue, Chantal no asimiló sus últimas palabras. «Podemos tener ese bebé»
¿Qué habría querido decir?, se preguntó mientras se ponía el bañador. ¿Qué había pretendido sugerir?

Demetrius sabía que ella no podía retirarse de la vida pública para dedicarse a ser ama de casa. Sabía que nunca se convertiría en la señora de Demetrius Mantheakis. ¿Cómo se proponía «tener» aquel bebé?

Envolvió un sarong blanco y negro en torno a sus caderas, se puso un sombrero de paja y bajó a la piscina. Una empleada doméstica le llevó una comida ligera. Después de comer, se sentó en una tumbona con intención de leer un poco, pero no logró concentrarse.

No lograba dejar de pensar en su embarazo. Por desgracia, en su momento no pudo disfrutar del embarazo de Lilly. De hecho, su vida se convirtió en un infierno desde que se quedó embarazada. Armand estaba enfadado todo el día, amargado. No le gustaba delgada, pero tampoco le gustaba embarazada. Nada de lo que hacía estaba bien. Nada de lo que decía. Y según fue engordando, Armand se fue enfadando más y más. Después del parto, su repugnancia no conoció barrera alguna.

La odiaba. Aquella fue la única conclusión a que pudo llegar. Sin embargo, no sabía qué había hecho para merecer su odio. Había hecho todo lo que se suponía que debía hacer. Se había casado con él. Había dormido con él. Le había dado un hijo... ¿Qué le había negado? Nada.

Tal vez por eso llego a odiarla tanto.

Se había convertido en su felpudo. Para él no era más que un lugar en que limpiar la suela de sus zapatos según iba y venía. Hola, adiós. Hola, adiós.

Chantal cerró los ojos con fuerza. Era doloroso recordar.

El primer año de Lilly transcurrió en una bruma de lágrimas y dolor. Recordaba las bofetadas, los golpes, mientras trataba de contener las lágrimas para que Lilly no la oyera. No quería despertarla con sus gritos.

No quería despertar al bebé.

No era justo. Nunca lo había sido, pero, ¿qué podía haber hecho? ¿Adónde podía haber ido?

Con el nacimiento de Lilly renunció a su libertad, a su nombre, a su voz, a su país. Si quería irse podía hacerlo. Pero sin Lilly. Y eso no lo haría jamás.

Alzó una mano para frotar unas lágrimas de su mejilla. ¿No sería increíble tener un bebé y ser libre para quererlo y cuidarlo? ¿No sería maravilloso poder tenerlo en brazos horas y horas?

—No puedes llorar —la tumbona en que estaba Chantal se hundió considerablemente cuando Demetrius se sentó en el borde. La tomó por la barbilla para que volviera el rostro hacia él—. Llorar no es la respuesta.

Chantal se frotó rápidamente las lágrimas.

—Lo siento... pero parece que soy incapaz de contenerlas. Ya no debería quedarme ninguna —dijo, y se esforzó por que su voz sonara normal. Necesitaba relajarse. Se sentía exhausta y se temía que no iba a poder soportar mucho más.

—Son las hormonas.

—Durante el embarazo de Lilly no estaba tan llorona —lo cierto era que Chantal apenas recordaba nada sobre el embarazo de Lilly excepto el miedo que tenía a que cuando Armand le pegaba pudiera hacer daño al bebé.

—No puedes seguir así —dijo Demetrius con firmeza —. Llorar no es la solución. Sube a vestirte y reúnete conmigo en veinte minutos para comer. No quiero que llegues tarde y no quiero ver más caras tristes por hoy, ¿de acuerdo?

Chantal asintió obedientemente, suspiró y se levantó para ir a su habitación.

Unos instantes después, Demetrius subía a la suya para tomar una ducha y cambiarse.

Él, que lo había perdido todo, pensó mientras se duchaba, tenía la oportunidad de volver a ser padre, de tener a su hijo en brazos, de amarlo. De repente había esperanza donde antes no había más que vacío y desolación.

Lo importante era mantener a Chantal allí, donde él y su gente podían protegerla. No le fallaría como le había fallado a Katina. Era posible que Chantal no lo quisiera, que no lo amara, pero no pensaba dejarla ni un momento.

Tenía un trabajo que hacer y pensaba hacerlo bien.

Cuando bajó, vio que Chantal ya estaba en la terraza. Llevaba un sencillo vestido rojo con

tirantes y a la luz de las velas parecía especialmente frágil y vulnerable. Nadie habría dicho que era la misma princesa fría y distante que tan a menudo posaba para las revistas de moda.

Allí, con la luna en lo alto y una suave brisa acariciando su pelo, podía creerse que había sido maltratada por su marido. Sin los vestidos de diseño, las faldas, los abrigos, los trajes, los zapatos italianos y la peluquería, parecía una mujer real y entrañablemente sencilla. Dulce. Enternecedora.

Chantal nunca había llevado una vida normal. Desde su nacimiento hasta su matrimonio, y hasta la muerte de su marido, había sido adoctrinada, disciplinada, sometida.

Pertenecía a todo el mundo excepto a sí misma.

Y ahora él quería hacer lo mismo que habían hecho los demás: hacerse con el control de su vida, quitarle la posibilidad de decidir.

A fin de cuentas no era distinto a los otros.

Pero si dejaba que se marchara podría acabar seriamente herida... o algo peor. Si le dejaba volver a La Croix con otro guardaespaldas, tal vez decidiría abortar. Pero si la retenía allí le daría el hijo que deseaba más de lo que había deseado nada en su vida.

Demetrius tragó con esfuerzo. Sabía que no era precisamente un hombre virtuoso.

Chantal se volvió de pronto y lo vio en el umbral de la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—No mucho.

Chantal no sabía si creerlo. Ya no sabía qué creer. El mero hecho de ver a Demetrius bastaba para que se sintiera perdida, sumida en una marejada de emociones contradictorias. Primero sentía placer, pues era el hombre que le había hecho volver a sentirse como una auténtica mujer, y a continuación rabia. ¿Cómo se atrevía a decirle lo que tenía que hacer? ¿Cómo se atrevía a utilizar su embarazo para controlarla? Ya había tenido suficientes hombres a su alrededor a lo largo de su vida diciéndole lo que debía hacer.

En aquel momento apareció una empleada del

servicio doméstico que susurró algo a Demetrius. Éste se fue y regresó unos momentos después con una hoja de papel en la mano.

Se la entregó a Chantal sin decir nada.

Chantal vio que era un fax remitido desde el palacio de Melio.

Princesa Chantal, lamentamos informarle de la muerte de su alteza real, la reina de Melio...

Chantal sintió que una mano de hielo envolvía su corazón.

—La abuela ha muerto —susurró.

—Lo siento.

Al ver que Chantal se tambaleaba, Demetrius la tomó de un brazo y la acompañó hasta una silla.

—La abuela se ha ido para siempre —repitió, incrédula.

—¿Cuándo son los funerales?

—Pronto. No puedo creerlo... —Chantal volvió a mirar la carta y movió la cabeza—. Sabía que podía pasar, pero uno nunca piensa que... no quiere pensar que...

Demetrius pasó un brazo por sus hombros y la estrechó contra sí.

—Me ocuparé de arreglarlo todo para que podamos salir mañana a primera hora.

Al día siguiente, volaron al aeropuerto privado de Melio. Una vez en la terminal reservada para la familia real y sus visitas, averiguaron que los Thibaudet acababan de llegar de La Croix. Chantal apenas pudo permanecer quieta en el asiento durante el trayecto hasta el palacio.

Era horrible haber vuelto por aquel motivo, pero al menos así vería a Lilly.

Al llegar al palacio y acudir a la suite de los Thibaudet, Chantal descubrió que no habían llevado a Lilly con ellos. Se quedó totalmente anonadada. Había esperado tanto para ver a su hija...

Demetrius estaba a su lado, protegiéndola cada instante, sin decir nada. Chantal era consciente de su presencia, pero no se atrevía ni a mirarlo. Temía

desmoronarse si lo hacía. Había deseado tanto ver a Lilly... La echaba tanto de menos.

Ni siquiera Nic ni Joelle lograron consolarla aquella tarde. Mareada, agotada, permaneció tumbada en su cama hasta la hora en que la familia real se ocupaba de la recepción oficial de los asistentes a los funerales. Logró aguantar durante dos horas, sonriendo y diciendo lo que se esperaba de ella, aunque por dentro sólo sentía rabia y dolor.

Siempre había hecho todo lo que le habían pedido. ¿Cómo habían sido capaces los Thibaudet de mantener a Lilly alejada de ella?

Finalmente, se fue del gran salón y subió a su habitación. Demetrius la siguió.

Al llegar a la puerta del dormitorio se volvió hacia él. Sabía que iba a permanecer ante la puerta, vigilando. Pero ella quería que entrara en la habitación. Y no lo quería por el sexo, sino para que le ofreciera su fuerza y su calidez.

—Te necesito —susurró.

—Estaré aquí fuera.

—Ya sabes que no es a eso a lo que me refiero.

Demetrius la miró a los ojos.

—No puedo hacer mi trabajo aquí fuera y el que tú quieres ahí dentro.

Chantal se ruborizó. Por lo visto Demetrius creía que lo único que quería de él era sexo. Se esforzó por sonreír.

—¿Acaso consideras un trabajo acostarte conmigo.

—En absoluto. Tienes un cuerpo maravilloso. Un cuerpo dulce y sexy, y estoy seguro de que habría montones de hombres dispuestos a darte lo que quieres. Pero yo tengo que elegir entre satisfacer tus necesidades y protegerte, así que me quedo fuera.

Capítulo 12

CHANTAL le dio las buenas noches en un murmullo, pero, una vez en la habitación, se acostó totalmente vestida.

No tenía a Lilly. No tenía a Demetrius, que creía que lo que quería de él era sexo. Pero lo quería a él. A él. Quería sentir sus brazos rodeándola, quería sentir los latidos de su corazón bajo su oído... Pero le asustaba lo que pudiera hacer si llegara a saber cuánto lo necesitaba.

A la mañana siguiente, se sintió mareada en un par de ocasiones antes del desayuno, y después tuvo que soportar el viaje en coche hasta la catedral. Sabía que sus hermanas la estaban observando, pero no se sentía con ánimos de hablar. Se sentía triste, destrozada anímicamente, enferma...

Durante los servicios, tuvo que escapar en un par de ocasiones al baño.

De cuclillas junto a la taza, oyó que alguien entraba y a continuación oyó el sonido de unos zapatos de tacón que se acercaban.

—¿Princesa Chantal? —preguntó una voz femenina en tono preocupado.

—Todo va bien —dijo Chantal mientras la puerta se abría. Por el rabillo del ojo vio que una mujer se asomaba al interior, pero en aquel momento las náuseas volvieron a apoderarse de ella.

A continuación la puerta se cerró y la mujer desapareció.

Un instante después, la puerta volvió a abrirse.

—¿Chantal? —en aquella ocasión era la voz de Demetrius—. ¿Quién era esa mujer?

—No lo sé... —Chantal tuvo que volcarse de nuevo sobre la taza. Luego, angustiada, se preguntó por enésima vez cuánto tiempo iba a poder ocultar su estado.

—Estoy fuera —dijo Demetrius.

—Lo sé.

El resto del funeral transcurrió en una especie de bruma para Chantal. Entre la náuseas y el pesar por la muerte de su abuela, apenas pudo fijarse en los acontecimientos externos.

El entierro tuvo lugar en privado. Conteniendo sus ganas de llorar, Chantal acudió junto a su abuelo y lo tomó de la mano. Cómo había envejecido desde que la abuela se había puesto enferma... Ya sólo era una sombra de lo que fue.

Cuando el féretro fue introducido en la tumba, Chantal estrechó la mano de su abuelo con fuerza para hacerle saber que estaba allí. Pero aquélla era una pérdida irreparable para él. Llevaba casi sesenta y cinco años casado con la abuela. Sesenta y cinco años compartiendo un dormitorio, una cama, una vida con alguien. ¿Cómo decía uno adiós en aquellas circunstancias? ¿Cómo?

Chantal alzó la mirada y divisó a Demetrius al otro lado de la tumba. No podía saber lo que estaba pensando por su expresión, pero en ésta no había ninguna ternura. ¿Qué sentiría realmente por ella?

Habían sido las veinticuatro horas más largas de su vida, pensó Demetrius mientras miraba a Chantal. Estaba deseando que terminara el entierro para volver a llevarla al palacio, donde al menos había algo de seguridad. Dadas las circunstancias, no podía estar más cerca de ella de lo que estaba, pero no podía librarse de la sensación de que eran constantemente observados. En aquellos momentos, cualquiera de La Croix podía ser un sospechoso.

Cuando regresaron al palacio, Demetrius acompañó a Chantal hasta su dormitorio para que se cambiara antes de comer. Apenas hacía unos momentos que había entrado cuando volvió a salir, pálida.

—Demetrius... —dijo a la vez que abría la puerta de par en par para que pasara.

Al entrar, Demetrius vio sobre la cama una rosas envueltas en un papel dorado sujeto con un lazo negro. Las rosas estaban ya ajadas.

—¿Las has tocado? —preguntó de inmediato.

—No. Pero hay una tarjeta.

—Estoy interesado en la tarjeta, pero antes hay que comprobar las huellas.

Chantal se estremeció.

—No parece que sean de un admirador secreto especialmente agradable.

—No —Demetrius pasó una mano por su cintura y la atrajo hacia sí—. Y me preocupa mucho que pueda acceder a tu dormitorio en el palacio.

—A mí también. ¿No podríamos irnos esta noche?

—Es demasiado tarde para organizar el vuelo, pero te prometo que nos iremos a primera hora de la mañana.

Chantal asintió.

—¿Y dónde voy a dormir?

—En la suite de mi hotel, conmigo.

Demetrius ocupaba una suite en la planta alta de uno de los mejores hoteles de Melio. Dos hombres protegían las puerta y varios más vigilaban el exterior del edificio.

Tras entrar en la suite, Demetrius hizo una minuciosa inspección del interior antes de dejar pasar a Chantal.

—No quiero correr riesgos —dijo a modo de explicación.

—Nunca los corres.

—No contigo. ¿Tienes hambre?

Cuando Demetrius se quitó la chaqueta, Chantal se fijó en la funda de su arma. No debería haberle sorprendido ver que iba armado, pero lo cierto era que odiaba las armas.

—No me importaría comer algo ligero —Chantal sabía que necesitaba tener algo en el estómago antes de que regresaran las náuseas.

—Mientras lo encargo, ¿por qué no tomas un baño? Seguro que te sentará bien.

La bañera era enorme y Chantal disfrutó de un relajado baño con sales. Al cabo de un rato oyó que llamaban a la puerta.

—¿Ya está la comida? —preguntó.

La puerta se abrió y Demetrius se apoyó contra el quicio.

—Aún tardará unos minutos —dijo—. Los detectives han terminado de buscar huellas en tu dormitorio y quieren confrontarlas con la base de datos local, lo que les llevará algo de tiempo.

Chantal captó la frustración de Demetrius. No le

gustaba que la investigación fuera tan despacio. Era un hombre al que le gustaban los resultados inmediatos.

—Están haciendo lo posible, ¿no?

Demetrius asintió.

—Ojalá pudiera tenerte de vuelta en La Roca. Me sentía mejor contigo allí. Podía dormir.

—¿No estás durmiendo bien?

—Me preocupa que seas tan vulnerable. Estando embarazada... —Demetrius se interrumpió y apartó la mirada. Respiró profundamente dos veces seguidas y Chantal captó un matiz de desesperación en él, una intensa emoción que lo hacía más vulnerable.

Sintió que su corazón se inflamaba al mirarlo.

—Estoy embarazada, no enferma, Demetrius.

—Sí, pero si alguien se acercara demasiado a ti, si alguien tuviera acceso... —Demetrius volvió a interrumpirse y Chantal comprendió lo que quería decir.

Tenía miedo de que no pudiera defenderse bien en su estado.

—Ven aquí —dijo con suavidad a la vez que alargaba una mano hacia él—. No te quedes tan lejos.

Demetrius dudó antes de acercarse a la bañera y agacharse.

Chantal vio que su expresión parecía torturada. Aquella noche no era el hombre de hierro, el hombre invencible, y Chantal pensó que nunca había sentido tanto cariño por él. Alargó una mano para acariciarle el rostro.

—No quiero que te preocupes —quiso sonreír, pero se sentía demasiado emocionada—. Estás haciendo todo lo posible por mantenerme a salvo y yo confío plenamente en ti y en tu servicio de seguridad.

—A veces se cometen errores.

—Eso es inevitable.

—Pero no deberían cometerse.

—Somos humanos —a lo largo de los años pasados Chantal no se había gustado a sí misma; sólo había sido capaz de ver su debilidad, su impotencia. Pero de pronto se sentía calmada, asentada. Demetrius aportaba a su vida el equilibrio y la perspectiva que le faltaban—. Y si de verdad creíste ayer que lo único que quería de ti era sexo, eres mucho más

tonto de lo que...

Demetrius la interrumpió con un apasionado beso.

Cuando se apartó, deslizó un pulgar por los labios de Chantal.

—No soy ningún tonto, Chantal. Sé que aquí hay mucho más que el sexo —sus ojos sonrieron cuando añadió—: Pero no puedo negar que resulta estimulante ser deseado por mi cuerpo.

Salió del baño para que Chantal terminara, pero después, mientras comían en el cuarto de estar, volvió a abordar el tema de la investigación. Lo último que quería era inquietarla, pero necesitaba su ayuda.

—Han examinado a fondo la tarjeta que acompañaba las flores.

—¿Y? —preguntó Chantal, suspendiendo la cuchara a medio camino entre el plato y su boca.

Demetrius no pensaba contarle el contenido. Quien la hubiera escrito sugería que estaría esperando a Chantal para darle la bienvenida en La Croix cuando llegara. La palabra «bienvenida» había sido escrita con sangre.

—Estaba firmada con una S. ¿Conoces a alguien cuyo nombre empiece por esa letra? ¿Alguien de La Croix?

Chantal pensó en ello un momento.

—Hay muchos nombres que empiezan con S, pero en estos momentos no recuerdo a ningún conocido cuyo nombre empiece por esa letra.

Demetrius asintió lentamente.

—Los detectives siguen haciendo pruebas y comprobaciones sobre las huellas —suspiró interiormente. Estaba cansado. El cerebro apenas le funcionaba aquellos días. Sabía que necesitaba dormir más, pero quería vigilar personalmente a Chantal.

Cuando, después de cenar, vio que ella bostezaba, le sugirió que se acostara y descansara un poco antes del vuelo.

—Vas a necesitar toda tu energía cuando llegues —bromeó—. Tu hija se va a volver loca de alegría cuando te vea.

Chantal se animó de inmediato.

—Me parece que hace siglos que no la veo —a

continuación, con expresión insegura, añadió—: ¿Vas a dormir aquí conmigo? Me gustaría que lo hicieras. Podría ser nuestra última... —se interrumpió y se mordió el labio—. Las cosas serán distintas en La Croix.

—Lo sé —muy distintas, añadió en silencio. Miró un largo momento a Chantal, consciente de que no tenía ni idea de lo que haría una vez que estuviera en La Croix, de que no tenía derecho a pedirle que sacrificara la felicidad de Lilly por la de su hijo. Pero él quería ese hijo. Quería a Chantal y al bebé desesperadamente—. Vendré más tarde —dijo. No quería que Chantal percibiera cuánto le desagradaba llevarla de vuelta a La Croix. Habría preferido mil veces regresar con ella a La Roca. Quería protegerla, no entregarla en sacrificio a los Thibaudet.

La besó en la puerta del dormitorio, consciente de que ésa podía ser la última vez que la abrazaba de aquel modo. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para someter sus emociones, su necesidad.

—Y ahora duerme un poco.

Cuando se volvió para irse, la voz de Chantal le hizo detenerse.

—Si Lilly fuera tu hija, ¿qué harías tú en mi lugar, Demetrius?

Demetrius no contestó de inmediato. Luego, tras soltar un profundo suspiro, dijo:

—Haría exactamente lo que estás haciendo tú. Proteger a Lilly y su futuro con toda mi alma.

Una hora más tarde, después de haber hecho unas cuantas llamadas, Demetrius permaneció sentado en el sofá de la sala de estar. Esperaba que Chantal se hubiera quedado ya dormida. Hacía ya media hora que no se escuchaba ningún ruido procedente de la habitación.

Él también debería dormir, pero no podía meterse en la cama con ella para abrazarla y sentir su calidez sabiendo que nunca volverían a estar juntos de ese modo.

Por primera vez en su carrera, había perdido la perspectiva. Ya no estaba haciendo su trabajo. En lugar de pensar única y exclusivamente en la seguridad de la princesa estaba obsesionado con sus

propias necesidades.

Debería dar igual que Chantal no quisiera lo mismo que él quería. Aquello no debería afectar al modo en que hacía su trabajo, pero sabía que había perdido la objetividad. Sabía que estaba distraído pensando en el bebé, en lo que les depararía el futuro. Un buen guardaespaldas necesitaba tener la cabeza totalmente despejada... y él había perdido la suya.

Se había engañado cuando había dicho que era el mejor hombre para hacer aquel trabajo. Había sido egoísta por su parte. Pero ya era hora de encarar la verdad. Sus intereses personales estaban poniendo en peligro la seguridad de Chantal.

Ya había hecho un par de llamadas para solicitar el servicio de dos de sus mejores hombres. Eran excelentes guardaespaldas y se fiaba de ellos. Ya era hora de que entraran en juego e hicieran el trabajo que él ya no podía llevar adelante.

Había descubierto cosas que podrían liberar a Chantal, pero a costa de tal precio para Lilly que ni siquiera podía mencionárselas. Al parecer, el príncipe Armand Thibaudet había llevado una doble vida. No era el hijo obediente que su familia aseguraba que había sido.

Los Thibaudet casaron a Armand con Chantal para limpiar su imagen. Como la mayor de las princesas Ducasse, era amada y admirada por sus súbditos. Aunque era muy joven cuando se anunció el compromiso, también era elegante, lista y educada. Chantal debía aportar clase a aquel miserable, concluyó Demetrius con amargura.

Había sido utilizada. Se había cometido una terrible injusticia con ella.

Pero como la misma Chantal decía, el problema ya no era ella, sino Lilly, y si Demetrius le decía lo que sabía, obtendría lo que quería, a Chantal y al bebé, pero destruiría lo que Chantal quería para Lilly. Destruiría la felicidad de Lilly, su seguridad, su futuro.

La niña ya había perdido a su padre. Demetrius no se creía con derecho a dejarla también sin su título, a alejarla de su hogar.

Quería tanto a Chantal, que amaba lo que ella

amaba, y ella amaba a Lilly. Profundamente. Era una de las cosas que más le gustaba de ella; era una madre devota que anteponía siempre los intereses de su hija a los suyos.

Él había puesto en marcha aquel negocio para evitar que otros sufrieran. Había utilizado su propio dolor para asegurarse de que otros no sufrieran como él lo había hecho. Y eso era lo que iba hacer. Protegería a Chantal y a Lilly a cualquier precio.

Capítulo 13

A LA mañana siguiente, Demetrius se presentó en el dormitorio con una bandeja con té y tostadas.

—Nos iremos en cuanto hayas comido.

Chantal se irguió en la cama, ligeramente aturdida. De pronto recordó que iban a salir enseguida para La Croix y que estaría con Lilly antes del mediodía. Aquello la despejó por completo.

—Vamos a contar con dos nuevos guardaespaldas —añadió Demetrius, tenso—. Son hombres que conozco hace años. Alexi nos acompañará en el vuelo y Louis estará en el castillo. Ya están al tanto de todo. Saben todo lo que yo sé.

Chantal lo miró un largo momento. Demetrius parecía especialmente distante.

—¿Adónde vas tú?

—Estaré cerca. Pero no en primera línea.

La estaba abandonando, pensó Chantal, asustada.

—No quiero otro guardaespaldas.

Demetrius trató de sonreír, pero su sonrisa casi dio miedo.

—Voy a viajar contigo. No te dejaría en estos momentos. No tengo intención de dejarte hasta que estés a salvo.

—¿Y cuando esté a salvo?

Demetrius se encogió de hombros.

—Eso eres tú quien debe decidirlo.

Chantal parpadeó para tratar de contener las lágrimas.

—No quiero decirte adiós.

—Cuando todo esto acabe, sabrás dónde encontrarme. Te daré mi número...

—De acuerdo. Perfecto —Chantal pensó que no podía empezar el día así. ¿Qué había querido decir Demetrius? ¿Y el bebé?

—Creo que voy a vestirme.

El vuelo apenas duró cuarenta y cinco minutos. En

el avión, Chantal estaba a punto de pedirle a Demetrius que le entregara uno de los periódicos que le había visto guardar en su cartera cuando empezaron a descender.

El avión entró en una momentánea turbulencia y Chantal recordó al instante el día que se conocieron. Él también debió recordarlo, porque la miró y sonrió.

—¿Asustada?

«Sólo de la posibilidad de quedarme sin ti», pensó Chantal.

—No —dijo.

Aterrizaron sin problema. Alexi, el nuevo guardaespaldas, descendió en primer lugar. Luego lo siguieron Chantal y Demetrius. Hacía un día espléndido y un sol radiante brillaba en el cielo.

Avanzaron rápidamente por el asfalto hasta la terminal, donde Demetrius había organizado que los esperara un coche con conductor.

Alexi se dirigió a la salida. El piloto había prometido encargarse de llevar el equipaje a la limusina. Todo iba bien, pensó Demetrius. «Demasiado bien», susurró una vocecita en su cabeza.

Frunció el ceño y redujo la marcha instintivamente al darse cuenta de que Chantal se había detenido y que tenía el ceño fruncido. Estaba mirando algo que se hallaba tras los ventanales de la terminal y parecía desconcertada.

Demetrius trató de ver qué había llamado su atención. La limusina. El conductor. Alexi.

Algo andaba mal. ¿Pero qué?

Se acercó a Chantal mientras se decía que no iba a pasar nada, que Alexi y él estaban allí y que ya se encontraban muy cerca del coche.

Pero cuando las puertas deslizantes de la terminal se abrieron sintió un escalofrío. El conductor había salido del coche y había entrado en el edificio.

Pero un conductor nunca abandonaba su coche.

Sin embargo, en aquel momento se dirigía hacia ellos, y Demetrius se quedó helado. El conductor era un hombre anodino de mediana edad, rubio y con poco pelo. Pero no fue su aspecto físico lo que alertó a Demetrius. Fue el modo en que estaba mirando a

Chantal. Sus ojos parecían vacíos, ausentes, y sólo la miraba a ella.

Aquél era el hombre que buscaban.

—¿Lo conoces? —preguntó Demetrius con aspereza a la vez que atraía a Chantal hacia sí para protegerla, lamentando que Alexi no estuviera más cerca. La princesa estaba expuesta al peligro. Él había permitido que sucediera.

—Sí —contestó Chantal asustada.

—¿De qué lo conoces?

—Stefano trabajaba para Armand. Era su conductor. Ahora conduce el coche de Phillipe y Catherine.

—Stefano —repitió Demetrius. La S. La tristemente famosa S que los había vuelto locos aquellas tres últimas semanas.

Sin apartar la mirada del conductor, pasó un posesivo brazo en torno a la cintura de Chantal.

—No es el conductor que yo solicité.

—Debería haber pensado antes en él —dijo Chantal —. Siempre se ha comportado de un modo un tanto extraño conmigo. Pero ya no es mi conductor. Tuvimos un problema hace un tiempo...

—Tenemos que sacarte de aquí de inmediato —interrumpió Demetrius con aspereza, aunque no sabía muy bien dónde llevarla.

Necesitaba a Alexi. Necesitaba su apoyo de inmediato.

Lo llamó en voz alta y lo alertó en griego del peligro. Pero antes de que Alexi pudiera moverse, Demetrius vio que Stefano se llevaba la mano a la chaqueta.

Sólo tuvo un segundo para distinguir el brillo metálico del revólver que sacó. Una pistola. Stefano estaba armado. Había sacado una pistola.

Demetrius se situó ante Chantal y le ordenó que se tirara al suelo a la vez que sacaba su arma.

Chantal se quedó paralizada.

—¡Tírate al suelo! —repitió Demetrius y, de pronto, Chantal vio que Stefano había sacado una pistola.

Se tiró al suelo a la vez que el estruendo de un disparo resonaba en la terminal. A continuación, se oyó otro disparo y vio que Stefano se tambaleaba y caía.

Demetrius le había disparado.

Chantal se puso en pie mientras Demetrius corría hacia donde estaba Stefano para desarmarlo. El conductor estaba en suelo, pero empezó a proferir unos insultos terribles contra ella. Alexi acudió junto a Chantal de inmediato.

—Tiene que ir enseguida al coche.

Chantal negó con la cabeza.

—Tengo que quedarme con Demetrius.

—Él querría que se fuera.

—No —Chantal trató de apartar a Alexi, pero fue como tratar de empujar un muro.

El sonido de unas sirenas acercándose precedió a la llegada de varios coches de la policía. Varios agentes uniformados descendieron rápidamente de los vehículos y entraron en el aeropuerto. Se dirigieron rápidamente hacia donde Demetrius retenía a Stefano. Le hicieron ponerse en pie sin miramientos mientras el conductor permanecía en el suelo.

Angustiada, Chantal vio que un policía esposaba a Demetrius.

—Suélteme —rogó al guardaespaldas mientras veía cómo se llevaban a Demetrius a uno de los coches.

Alexi sólo le permitió contemplar la escena desde las cristaleras. Mientras lo introducían en la parte trasera del coche, Demetrius parecía tranquilo y desafiante. El coche se alejó de inmediato con la sirena ululando.

Al volverse, Chantal vio que se llevaban a Stefano en una camilla.

—Ya ha pasado todo —dijo Alexi mientras la acompañaba al exterior. La limusina seguía allí, pero ya sin conductor.

Alexi hizo una llamada y diez minutos después llegaba un elegante coche negro a recogerlos.

—Vamos al castillo —dijo Alexi cuando entró en el vehículo.

—Preferiría ir a la comisaría.

—No va a poder hacer nada de momento.

—De todos modos tengo que ir.

Alexi movió la cabeza. Parecía una versión más joven de Demetrius. Feroz. Adusto. Pero aceptó.

—En ese caso, iremos.

Demetrius podía tener problemas, se dijo Chantal

mientras se dirigían hacia la comisaría. Las leyes de La Croix eran muy estrictas respecto a las armas de fuego. Y Demetrius no sólo llevaba una, sino que la había utilizado.

Sólo podía rogar para que la policía fuera indulgente.

Pero, una vez en comisaría, no tardó en comprender que la policía no tenía ninguna intención de ser indulgente. De hecho, se mostraron directamente hostiles con ella y no le dejaron ver a Demetrius.

—El señor Mantheakis debe ser interrogado primero —dijo el sargento que la atendió.

—No pueden interrogarlo si no es en presencia de su abogado.

El sargento alzó las cejas.

—Nosotros no le decimos cómo dirigir su castillo, princesa Thibaudet. Le agradecería que no tratara de dictar cómo debemos dirigir el nuestro.

Había un tono claramente despectivo en su voz, y Chantal tuvo la absurda sensación de que el sargento estaba enfadado con ella. ¿Pero qué había pasado? ¿Qué había hecho?

—Demetrius Mantheakis trabaja para mí. Es mi guardaespaldas...

—Pero no sólo su guardaespaldas, ¿no? —interrumpió el sargento groseramente. A continuación, empujó hacia Chantal un periódico que tenía abierto sobre el escritorio.

Chantal bajó la mirada. «¡Escándalo!», proclamaban los titulares. «¡La princesa Chantal embarazada de su guardaespaldas!»

Chantal sintió que la mejillas le ardían mientras miraba la foto que acompañaba al titular. Era ella en el baño de la catedral, devolviendo.

Una intensa rabia unida a una vergüenza no menos intensa se apoderó de ella al pensar que su vida privada pudiera significar tanto para los fotógrafos y los periodistas de la mal llamada prensa «del corazón».

Era repugnante que la gente pudiera caer tan bajo.

—Se trataba del funeral de mi abuela —dijo, mirando al sargento a los ojos—. No es fácil

sobrellevar la pérdida de un ser querido, ¿verdad?

El sargento tuvo la decencia de parecer apesadumbrado. Y Chantal utilizó el silencio para volver a hacer su petición.

—No es posible, Alteza —dijo el sargento, menos seguro de sí mismo que hacía unos momentos—. Su guardaespaldas se ha resistido al arresto, está siendo interrogado.

—¡No se ha resistido al arresto! —dijo Chantal, furiosa—. Yo he asistido a la escena y no ha opuesto la más mínima resistencia.

—Lo siento. Tendrá que esperar.

De manera que Chantal se sentó en la comisaría e ignoró las miradas que le dirigieron, ignoró a Alexi, ignoró todo menos el peso que abrumaba su corazón. Demetrius estaba metido en un buen lío. Lo sentía en cada poro de su cuerpo. Aquello era algo más que un simple arresto. Era la venganza contra un plebeyo que había olvidado su lugar y se había acercado demasiado a un miembro de la familia real.

Esperó una hora. Dos. Su estómago empezó a alterarse, pero no pensaba salir de la comisaría sin haber visto a Demetrius.

—Tiene que comer algo —dijo Alexi.

Ella negó con la cabeza.

—No hasta que lo vea.

Pero tras cuatro horas de espera supo que tenía que tomar una determinación. No quería implicar a su familia, sobre todo al día siguiente del funeral de la abuela, pero acabó pidiendo el móvil a Alexi para llamar a Nicolette, pues sabía que seguiría en Melio.

—Estoy en la comisaría —explicó—. Demetrius...

—Nos hemos enterado. Ha salido en la prensa. Todo.

Chantal cerró los ojos. Sabía a qué se refería Nic, pero en aquellos momentos no quería hablar de ello. Lo único que importaba era sacar a Demetrius de la cárcel.

—No ha hecho nada malo, Nic. Se ha limitado a protegerme y a actuar en defensa propia, pero estoy preocupada —Chantal se cuidó de hablar en voz baja—. Algo no va bien. Lo intuyo.

—Voy a ponerte con Malik. Esta aquí mismo. Quiere

hablar contigo.

—¿Chantal? —el tono de Malik parecía razonablemente calmado—. ¿Qué sucede?

—Demetrius tiene problemas.

—Cuéntame qué ha pasado.

Chantal hizo un rápido resumen de lo sucedido.

—Dicen que se ha resistido a la detención, pero no es cierto, Malik. En realidad se trata del orgullo nacional de La Croix. Están castigando a Demetrius por haberse relacionado con una miembro de la familia real.

—Sospecho que tienes razón.

—Necesita un buen abogado.

—Ya he enviado uno. No tardará en llegar.

—Gracias. Te lo agradezco, Malik.

—No es nada, Chantal. Cuídate y llámanos en cuanto tengas más información.

Chantal acababa de colgar cuando un detective se acercó a ella.

—Tiene cinco minutos para ver al detenido, Alteza. Sígame.

Condujo a Chantal a una habitación y unos minutos después llevaron a Demetrius. Aún seguía con las manos esposadas a la espalda.

Chantal lo miró como si no lo hubiera visto nunca. De hecho, nunca lo había visto así.

—¿Qué le habían hecho?

Tenía el rostro tan desfigurado, que apenas podía distinguir sus rasgos. Su ojo derecho estaba tan hinchado que parecía tenerlo cerrado.

—Demetrius... —susurró, anonadada.

Él la miró como si fuera una desconocida, sin manifestar la más mínima emoción. El oficial que lo había acompañado le dio un empujón para que se acercara a la mesa y se sentara.

Chantal no podía creerlo. Sabía que la policía jamás habría tratado así a un miembro de la familia real. Jamás le habrían hecho algo así a su padre, a su primo, a su difunto marido.

—No puede tocarlo ni acercarse a él, Alteza —dijo el oficial—. No puede haber contacto entre ustedes.

Chantal apenas fue consciente de haber asentido. Sólo podía mirar a Demetrius.

—¿Qué te han hecho? —susurró.

Él no pudo responder. Estaba sufriendo, pero no fue el dolor físico lo que le hizo permanecer en silencio. Ya le habían hecho daño en otras ocasiones y había recibido un par de palizas antes de dejar a la familia, pero lo que sentía en aquellos momentos era diferente. Su dolor estaba vivo. Y estaba en su mente... en su corazón.

Había logrado proteger a la princesa, ¿pero a qué precio?

Percibió el temblor de su voz y supo que tenía miedo. Miedo por él, por ellos. Le habría gustado sonreír para reconfortarla, pero le dolía la mandíbula y apenas podía mover los labios.

—No pueden hacer algo así —susurró Chantal, furiosa.

—Ya lo han hecho —dijo él entre dientes.

Chantal se inclinó hacia delante.

—Vamos a sacarte de aquí. Y vamos a hacerles pagar por...

—Chantal —Demetrius pronunció su nombre con aspereza para llamar su atención—. La Croix tiene una legislación muy estricta respecto a las armas. Me temo que no voy a salir precisamente pronto.

—Yo te ayudaré.

—¿Cómo? —Demetrius se inclinó de pronto hacia ella—. Olvídate de mí, princesa. Lo que necesitas es seguir adelante con tu vida. Disfruta de tu hija. Disfruta del tiempo que puedas estar con ella.

¿Hablaba en serio? ¿Quería que lo olvidara?, se preguntó Chantal, aturdida. Pero ella llevaba un hijo suyo dentro. Y lo amaba. Jamás lo olvidaría.

Pero por lo visto no iba a poder decir nada más. Los cinco minutos habían pasado y el detective la escoltó de vuelta al vestíbulo, donde Alexi aguardaba.

Momentos después se dirigían al palacio Thibaudet. Mientras cruzaba sus puertas, Chantal sintió que llevaba mucho más de un mes fuera de allí. Ya no se sentía como un miembro de la familia mientras subía las escaleras que llevaba al cuarto de juegos de Lilly en la tercera planta. Se sentía como una desconocida.

En cuanto entró en la habitación, Lilly se arrojó en sus brazos. Emocionada por su reencuentro y por

todo lo acontecido, Chantal no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Mamita —dijo Lilly a la vez que la abrazaba con más fuerza.

—Hola, tesoro mío —Chantal no pudo evitar maravillarse de cómo había crecido su hija durante aquel mes.

Aún estaba sentada con ella en el regazo escuchando todas las noticias que la niña tenía que darle de lo sucedido en aquellas semanas, cuando la reina Catherine Thibaudet apareció en el umbral. Aún llevaba puesto el abrigo con que había viajado desde Melio.

—Nos gustaría hablar un momento contigo, Chantal —dijo en tono severo—. Phillipe ya está esperando en el estudio.

Cuando Catherine se fue, Chantal no pudo evitar que las manos le temblaran cuando bajó a Lilly de su regazo.

La niña le rodeó el cuello con los brazos.

—No tengas miedo, mamá.

—No lo tengo —contestó Chantal, horrorizada por el hecho de que su hija ya fuera consciente de sus temores. Era su responsabilidad proteger a Lilly, no al revés.

La besó en la frente y le revolvió el pelo en un intento de aligerar el ambiente.

—Enseguida vuelvo.

Phillipe y Catherine la aguardaban en el estudio. Ambos estaban sentados, tomando un té.

Catherine hizo una seña para que Chantal se sentara y ésta obedeció, consciente de que lo que se avecinaba no iba a ser precisamente agradable.

—El funeral de tu abuela ha sido encantador —dijo Catherine, rompiendo el tenso silencio—. Me alegra mucho que hayamos podido asistir. Conocía a tu abuela cuando sólo era una niña y ya estaba comprometida con tu abuelo —la reina trató de sonreír—. La admiraba mucho.

—Gracias —Chantal ya había escuchado aquello cientos de veces. Era el preludio que siempre utilizaban los padres de Armand cada vez que a continuación iban a decir algo amargo y doloroso—. Han sido unos días muy difíciles.

Phillipe se aclaró la garganta.

—Imaginaras nuestra inquietud cuando hemos visto los periódicos de la mañana la historia sobre... tu guardaespaldas. Lo cierto es que aún no hemos entendido que necesidad tenías de contar con un guardaespaldas.

—Estoy segura de que los detectives de Melio os habrán puesto al tanto sobre la investigación que llevan adelante —replicó Chantal, que no estaba dispuesta a permitir que Phillipe la arrinconara como de costumbre—. Y también estoy segura de que sabéis que Tanguy murió...

—Sí, fue una tragedia —interrumpió Phillipe—, pero esas cosas pasan con los coches.

Chantal no podía creer que hubiera sido capaz de decir aquello. Aquellas cosas no pasaban, y saber que Phillipe iba a pretender que la muerte de Tanguy sólo se había debido al azar hizo que se sintiera enferma.

Pero no se dejó llevar por la rabia y no mostró sus emociones. Sabía muy bien cómo se cebaba Phillipe en la debilidad, y no estaba dispuesta a darle ninguna facilidad. No en aquella ocasión.

—Como ya sabréis, mi guardaespaldas, Demetrius Mantheakis, me ha salvado la vida hoy —habló con calma, en tono firme y controlado—. Sin embargo está en la cárcel acusado de unos cargos ridículos. Quiero que sea liberado de inmediato.

—Eso es imposible. Ha cometido un crimen...

—Protegiéndome.

—Lo siento, querida. Todo esto debe ser desquiciante para ti —Catherine alzó una ceja delicadamente depilada—. Pero dinos, ¿hay algo de cierto en lo que sale en el periódico? No estarás embarazada, ¿verdad?

Chantal sintió que se helaba por dentro. Sintió que sus labios se curvaban, pero no supo si fue debido a una sonrisa o a las lágrimas.

—Porque ya sabes que no está permitido, querida —Catherine se estaba esforzando por hablar con calidez, pero sus ojos la traicionaban.

Aquella no era gente cálida, amorosa. Eran de hielo.

—Supongo que no pensarás que puedes tener al

bebé, Chantal. Es imposible —añadió Catherine antes de intercambiar una mirada con su marido—. Ese hombre es un plebeyo...

—Y un criminal —añadió Phillipe—. Un miembro de la mafia griega...

—No.

—Es el hijo de un importante jefe de la mafia —insistió el monarca—. Se cree que ha intervenido en numerosos crímenes sin resolver.

—No es cierto —dijo Chantal.

—En ese caso, mira esto —iracundo, el rey tomó otro periódico y prácticamente se lo arrojó.

Chantal no tuvo que buscar mucho. La información estaba en la primera página. *Mafioso Griego seduce a Princesa,* era el titular. Debajo aparecía una foto de Demetrius tomada años atrás. Vestía de negro y asistía a un funeral.

—Ése es tu guardaespaldas —dijo Phillipe en tono implacable—. En la foto asiste al funeral de su esposa, asesinada por otro sector de la mafia. Léelo y luego dime que no es cierto.

Capítulo 14

NO necesito leer nada. Conozco los hechos.

—¿Los conoces? —preguntó Phillipe en tono despectivo.

—Los conozco —dijo Chantal, aferrándose a su dignidad—. Tal vez seas tú el que necesita conocerlos de verdad.

A continuación, se levantó y se fue, pero se llevó el periódico.

Creía en Demetrius. Creía en él con todo su corazón, pero eso no le impedía querer saber más.

Extendió el periódico en la cama con manos temblorosas y se obligó a leer cada palabra.

Demetrius había estado casado, como le había dicho, y su esposa quedó embarazada. Una banda rival la secuestró. Katina Mantheakis tenía veintitrés años cuando la secuestraron, y aunque Demetrius pagó el rescate que pedían con creces, sus captores la mataron de todos modos.

A pesar de que estaba embarazada. A pesar de que sólo faltaban unas semanas para que diera a luz a la niña que llevaba dentro.

Chantal apretó los ojos con fuerza, como si haciéndolo pudiera sustraerse al dolor. ¡Qué historia tan terrible!

No era de extrañar que Demetrius no quisiera hablar de su pasado.

De pronto, se aclararon un montón de cosas.

La isla santuario.

Las devotas familias que vivían en ella.

La insistencia de Demetrius en protegerla a toda costa.

No era de extrañar que ya no se fiara de sí mismo. No era de extrañar que quisiera que otros hicieran el trabajo. Ella no sólo era una princesa, sino también la madre de su hijo. Su hijo. Y tampoco era de extrañar que necesitara aquel hijo. Quería

volver a ser padre. Quería volver a tener la oportunidad de vivir.

Y ella quería que la tuviera. Quería que recuperara su vida y la familia que le había sido negada. Pero darle lo que necesitaba, lo que se merecía, significaría que ella tendría que renunciar a Lilly.

¿Sería capaz de hacer algo así?

¿Tendría la fuerza necesaria de dejar a su hija por el bien del bebé que esperaba?

A la mañana siguiente, tras una noche durante la que apenas durmió unos minutos, Chantal se estaba vistiendo cuando recibió un mensaje de los reyes diciendo que querían volver a verla.

Querían que los acompañara durante el desayuno. Al llegar al elegante comedor, Chantal comprobó que Lilly no estaba allí. Era increíble lo poco que veía a su hija cuando estaba allí.

Cuando se sentó, Phillipe y Catherine le dedicaron una benévola sonrisa.

—Buenos días, Chantal —dijo Catherine, que era la que solía iniciar las conversaciones—. Esperamos que hayas dormido mejor que nosotros. Como imaginarás, teníamos mucho de qué hablar. Si quieres, puedes dejar atrás todo este sórdido asunto sin mayores complicaciones.

—Así es. Si actúas rápidamente y con discreción, todo podría quedar resuelto —dijo Phillipe.

Chantal trató de mantener una expresión impasible. Querían que se librara del bebé, que volviera a convertirse en la devota viuda de Armand, que pretendiera que nada había pasado.

—Todos cometemos errores —dijo la reina con una sonrisa cómplice—. Queremos ayudarte, Chantal. Lo que más nos importa es tu bienestar y el de Lilly.

El rey se inclinó para cubrir con una mano la de Chantal. Era una mano dura, represora, y Chantal sintió que se helaba por dentro. El rey era como Armand. Había gobernado el país con mano de hierro durante los cuarenta años que llevaba en el trono.

Retiró la mano sin miramientos.

—¿Y Demetrius? ¿Qué va a suceder con él?

La reina dejó de sonreír y miró a su marido.

—Cumplirá su condena, por supuesto —dijo

Phillipe.
Chantal sintió que la sangre le hervía.
—Era mi guardaespaldas. Me estaba protegiendo.
—Ya conoces la ley. En este país no se pueden llevar armas a menos que se tenga permiso legal.
—Me salvó la vida.
—¿De verdad crees eso, querida? —la reina la miró con una mezcla de pena e incredulidad—. ¿De verdad crees que has corrido peligro en algún momento? ¿No crees que lo que sucede es que estás demasiado abrumada por todos los acontecimientos?
Chantal negó lentamente con la cabeza. No pensaba quedarse allí sentada escuchando aquello. Había pasado casi diez años de su vida sometida al control y las coacciones de aquella pareja. Pero ya había tenido suficiente. Más que suficiente.
—Si me excusáis, tengo que cosas que hacer.
Chantal se reunió con el abogado que había enviado Malik en el hotel en que se alojaba.
—Me temo que no tengo buenas noticias —dijo el abogado con pesar—. La leyes de La Croix son muy rígidas, además de arcaicas. Apenas contamos con terreno legal en que apoyarnos.
—Si Demetrius hubiera pertenecido a la realeza, esto nunca habría sucedido. Jamás habrían procesado a un miembro de la familia real de ese modo.
—Pero no es miembro de la familia real, como usted, que es la madre de la futura reina de La Croix. Usted debe estar por encima de todo reproche.
—Durante nueve años he hecho todo lo que me han exigido los reyes, ¿y de qué me ha servido? Apenas veo a mi hija. No me permiten tomar decisiones por ella. Apenas puede decirse que sea su madre. Pero las cosas han cambiado. Yo he cambiado. Estoy embarazada.
—No tiene por qué quedarse el bebé —dijo el abogado—. Nadie se enteraría si decidiera abortar. Podría alegar que había sido espontáneo...
—No.
—Demetrius piensa que debería hacerlo.
—¿Qué?
—Quiere lo mejor para usted. Quiere que haga lo que más convenga a Lilly.
Chantal tuvo que esforzarse por contener sus

emociones... y las náuseas.

—No me lo creo ni por un momento. Demetrius quiere este bebé. Y yo también.

—Tal vez le convenga pensárselo antes de tomar una decisión. He echado un vistazo al contrato que firmó. Es imposible que tenga el bebé y continúe en La Croix. Y si se va, no podrá llevarse a Lilly.

—Tal vez eso es lo que debería hacer. Estoy cansada de vivir así. Esto se ha acabado.

Chantal cerró los ojos y trató de imaginar su futuro sin su hija. La mera idea resultaba terrible, devastadora, pero no podía imaginarse a sí misma permaneciendo en el castillo después de abortar y siendo consciente del precio que estaba pagando Demetrius por haberse limitado a hacer su trabajo.

—Tendrían que dejarme verla de vez en cuando —dijo—. Durante las vacaciones, en las ocasiones formales...

—No sería lo mismo que vivir bajo el mismo techo con ella.

—No —Chantal trató de imaginar un futuro sin Lilly a diario a su lado.

Y de pronto lo vio claro. De pronto, supo lo que tenía que hacer. Una intensa calma se apoderó de ella.

—Tengo una idea —dijo—. Pero voy a necesitar su ayuda. Y también la del rey Nuri.

Tras otra larga noche sin sueño, llegó la mañana. Demetrius llevaba tres días y dos noches en la cárcel. No había vuelto a tener noticias del abogado que había enviado Malik y no sabía que esperar.

Al oír que unos pasos se acercaban a su celda se irguió en el camastro.

—¿Qué sucede? —preguntó con cautela al policía que abrió la puerta de la celda.

—Vengo a llevarlo a la sala de interrogatorios.

—¿Otra vez?

El agente se encogió de hombros y condujo a Demetrius hasta la sala, donde le quitó las esposas.

—Tiene diez minutos.

La puerta se cerró a sus espaldas con un golpe seco.

—¿Qué tal está tu cabeza? —preguntó una delicada voz tras él.

Demetrius se tensó de inmediato al oír a Chantal. La echaba terriblemente de menos, pero no quería que estuviera allí. No quería ponerle las cosas aún más difíciles.

—No deberías haber venido —dijo tras volverse.

—¿En serio? —preguntó Chantal.

Demetrius se sorprendió al ver lo tranquila que parecía.

—No puedes hacer nada para ayudarme.

—No es así cómo lo veo yo —contestó ella con calma—. Creo que puedo hacer bastante —Chantal señaló al caballero vestido de negro que se hallaba sentado a la mesa—. Te presento al obispo Kazantzakis.

Demetrius sabía que aquél era el obispo de la iglesia ortodoxa griega en Atenas.

—¿Pero qué estás haciendo, Chantal? —preguntó, enfadado. Chantal debería estar luchando por sí misma, no por él.

—Estoy haciendo lo que debería haber hecho antes —Chantal miró su reloj—. No tenemos mucho tiempo, así que empecemos ya. ¿Obispo?

—¡Chantal!

Chantal se acercó tanto a Demetrius, que éste pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—No estoy dispuesta a seguir siendo una marioneta de los Thibaudet —dijo ella con firmeza—. No estoy dispuesta a perder este bebé y no puedo vivir sin ti.

—Pero tampoco puedes perder a Lilly. Te conozco.

—No voy a perderla. Simplemente no la veré tan a menudo. No me voy a morir, Demetrius. Simplemente me voy a alejar de los Thibaudet.

Demetrius se sintió como si le estuvieran perforando el corazón con un clavo. No podía creer que Chantal estuviera dispuesta a hacer aquello por él. Incapaz de contenerse, alzó una mano para acariciarle la mejilla.

—Vas a tener que pagar un precio muy alto por ello, querida.

—Ya he tenido que pagar un gran precio a diario por pertenecer a la realeza.

Demetrius sintió que algo se rompía en su interior, como aquella primera noche en la isla después del accidente.

—Se suponía que debía protegerte —dijo con voz ronca—. Habría hecho cualquier cosa por protegerte...

—Y lo hiciste. Me protegiste con tu propia vida —Chantal trató de sonreír pero sus labios se negaron a obedecer—. Ahora soy yo la que quiere protegerte. Es lo que quiero hacer. Lo que tengo que hacer.

—Pero Lilly.

—A Lilly nunca le va a faltar cariño. Sus abuelos siempre la adorarán. Y yo. Simplemente no estaré con ella cada mañana y cada noche.

—Pero...

Chantal cubrió la boca de Demetrius con la mano.

—Por favor. Esto es duro, pero es lo correcto. Lo es. Llevo un bebé dentro, un bebé que quiere nacer. Tú eres el hombre al que amo y mereces ser padre... —Chantal tuvo que morderse el labio para mantener el control—. Por favor. No tenemos mucho tiempo.

Demetrius sentía que su corazón y su cuerpo entero ardían.

—Te quiero.

Chantal asintió mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Lo sé.

Demetrius le frotó con delicadeza las lágrimas y luego la besó.

—Haría cualquier cosa por ti.

Ella apoyó las manos contra su pecho.

—No quiero estar sin ti. No puedo estar sin ti. No puedo pensar en un futuro sin ti.

—Eres más fuerte de lo que crees.

—Soy más fuerte de lo que tú crees. No pienso dejarte. Sé que junto a ti podría sobrevivir a cualquier cosa.

—Los Thibaudet harán lo posible por amargarte la vida.

—Tal vez. O tal vez no. Y tendré a la prensa de mi lado. Les encanta una buena historia y nosotros vamos a dársela. Ya no tengo miedo de nada. Estoy preparada para enfrentarme al mundo, a la verdad. Hay que vivir la vida. Yo quiero hacerlo. Y quiero

hacerlo contigo.
—Chantal... —la voz de Demetrius surgió ronca, estrangulada. Él estaba pasando por su propio infierno—. Desde que Katina murió no he querido nada para mí mismo. Y sigo sin desear nada excepto tu felicidad...
—En ese caso conviérteme en la señora Mantheakis —interrumpió Chantal—. Eso me haría realmente feliz. Te lo prometo.
El obispo Kazantzakis abrió su libro de rezos y en los escasos minutos que les quedaban celebró la ceremonia nupcial más breve que había celebrado en su vida. No hubo tiempo para lecturas ni homilías. Tan sólo se dijeron los votos, intercambiaron los anillos, que Chantal había llevado consigo, y luego el obispo les dio la bendición. Pero, mientras el obispo apoyaba las manos sobre sus manos unidas, Chantal pensó que había sido la boda más hermosa jamás celebrada.
—Por el poder que me otorgan Dios y la iglesia ortodoxa griega, os declaró marido y mujer —concluyó el obispo.
Chantal se dejó envolver por los brazos de Demetrius y lo besó con todo su corazón.
Un instante después, se habría la puerta de la sala.
—Es la hora.
Chantal se puso de puntillas y besó a Demetrius rápidamente.
—Nos vemos pronto.
La prensa estaba esperando a Chantal fuera de la cárcel. Había hecho correr la voz de que iba a suceder algo grande y utilizó la oportunidad para revelar que ya no era la princesa Chantal Thibaudet, sino la señora de Demetrius Mantheakis.
—Pensamos ir a Grecia en cuanto mi marido sea liberado.
Ya se había hartado de estar a la defensiva, pensó mientras entraba en la limusina. A partir de aquel momento, pensaba estar a la ofensiva.
Pero una cosa era anunciar su matrimonio a los anhelantes periodistas y otra muy distinta iba a ser hacerlo ante los Thibaudet.
Cuando llegó al castillo, comprobó que había un

auténtico revuelo. Las noticias volaban en La Croix, y unos minutos después de su llegada era conducida sin miramientos hacia el salón principal.

—¿Se puede saber qué has hecho? —preguntó Catherine con voz temblorosa, sin preámbulos—. Íbamos a ayudarte. Íbamos a arreglar las cosas...

—No quería que «arreglarais las cosas» —interrumpió Chantal con ardor. Estaba embarazada, su abuela acababa de morir y, en lugar de ofrecerle su apoyo, sus suegros se dedicaban a denigrarla, a hacer de su vida un infierno—. Quería hacer lo que debía y lo he hecho.

—¿Lo que debías? —repitió Phillipe, escandalizado—. Casarte con un criminal no es lo correcto. Y dar una conferencia de prensa fuera de la cárcel ha sido muy egoísta por tu parte. ¿Has pensado en cómo puede afectar todo esto a Lilly? ¿Has pensado en nuestros sentimientos?

—Sí. Al parecer, en lo único en lo que he pensado estos últimos años ha sido en vuestros sentimientos. Sé que esto supondrá una conmoción para Lilly, pero la superará. Es lista, cariñosa y no va a perderme.

—En eso te equivocas —espetó Catherine—. Acaba de perderte. Porque te vas a ir de aquí inmediatamente y no vas a volver a verla nunca.

—No puedes impedirme verla. Soy su madre y tengo mis derechos. Ningún gobierno de ningún país me negaría pasar tiempo con ella. Puede que siga viviendo aquí y que vaya aquí al colegio, pero podrá pasar conmigo los fines de semana y las vacaciones.

Las puertas del salón de abrieron de repente, dando paso a Demetrius, que se había duchado y afeitado e iba acompañado de Nicolette y el rey Nuri. Nicolette llevaba a Lilly en brazos.

—¿Qué sucede? —preguntó Phillipe—. ¿Qué hacéis aquí todos vosotros?

—Venimos a llevarnos a Chantal y a Lilly a casa —contestó Demetrius, que se acercó a Chantal. Le dedicó una burlona mirada. Era su manera de comprobar qué tal estaba.

Ella habría sonreído si no hubiera estado tan anonadada.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que por una vez hay que dar las gracias a

la prensa. Los cargos contra mí han sido retirados. El jefe de la policía se ha apiadado de mí.

—Pero eso no explica por qué está aquí —dijo Phillipe, tenso—. Y eso tampoco cambia el estatus de Lilly. Como heredera...

—Lilly no es la heredera del trono de La Croix —interrumpió el rey Nuri—. Ni siquiera es su nieta legítima...

Chantal no creía lo que estaba oyendo.

—¿Qué?

Demetrius señaló a Phillipe.

—Él lo sabe. Sabe que tu matrimonio nunca fue legal porque el primer matrimonio de Armand nunca fue legalmente anulado.

¿Armand había estado casado antes? ¿Existía una primera esposa en algún lugar?

—Armand tuvo un hijo de su primer matrimonio. Un hijo que casi tiene nueve años. Él es el heredero de la corona, no Lilly —Demetrius miró a Chantal con expresión tensa—. Lo siento.

Phillipe abrió la boca y volvió a cerrarla.

—El primer matrimonio de Armand fue disuelto. La anulación no es más que un tecnicismo.

—Lo mismo que el acuerdo prenupcial, ¿no? —dijo el rey Nuri en tono irónico.

—Nunca llegamos a reconocer ese matrimonio —dijo Phillipe tras un momento de tenso silencio—. Jamás aceptamos a la mujer y nunca hemos aceptado al hijo...

—Es una lástima, porque es un chico encantador al que le habría venido de maravilla contar con el amor de sus abuelos.

—¡Tengo una nieta heredera del trono! —dijo Phillipe, rabioso.

—Queremos a Lilly —dijo Catherine débilmente—. Queremos a nuestra niña.

Chantal se acercó a Nicolette y le pidió que saliera con Lilly de la habitación antes de que las cosas se pusieran más feas.

—No es vuestra niña —dijo cuando la puerta se cerró tras ellas—. Es mi niña. Y habéis hecho todo lo posible por quitármela.

Catherine alargó una mano hacia ella.

—Pero nosotros la necesitamos...

—No. No la necesitáis. Al menos no cómo creéis necesitarla. Es sólo una niña. ¿Por qué no puede ser una niña?

—Un momento —Phillipe carraspeó para aclararse la garganta—. ¿No podemos hablar de esto racionalmente? Sentémonos como gente civilizada y hablemos.

Pero Chantal no se sentía razonable ni racional. Había vivido un auténtico infierno en aquel lugar, ¿y para qué? Había pasado años prácticamente presa, ¿y para qué?

—¿Hablar? ¿No te parece que ya es un poco tarde para hablar, Phillipe?

—¡Chantal! —la voz de Catherine se quebró—. Por favor, querida, por favor...

Chantal se concentró en ralentizar los latidos de su corazón. No quería hacer daño a los Thibaudet, pero tampoco quería hacer daño a Lilly.

—No evitaré que la veáis. Siempre será vuestra nieta, pero es mi hija —Chantal miró a Demetrius con ternura—. Tiene que estar con nosotros, en nuestro hogar.

Regresaron a La Roca aquella misma tarde y, una vez de vuelta en la villa, con sus fabulosas vistas del mar, Chantal sintió que parte de la horrenda tensión que había tenido que soportar empezaba a abandonarla.

Tras acostar a Lilly, bajó a reunirse con Demetrius en la terraza.

—Han pasado tantas cosas... —dijo—. Apenas puedo creer que estemos aquí. No puedo creer que estemos juntos...

—¿Y no puedes creer que estemos casados?

Chantal percibió la dureza del tono de Demetrius y sonrió traviesamente.

—¿Acaso crees que me he arrepentido?

—No me extrañaría demasiado. Ha sido una decisión muy precipitada.

Chantal rió. No pudo evitarlo.

—Y si me hubiera arrepentido, ¿me dejarías ir?

—No.

Chantal volvió a reír.

—Veo que está de mal humor, señor Mantheakis.

—Si no estuvieras embarazada... —murmuró él, moviendo la cabeza.

Los ojos de Chantal bailaron. Se sentía feliz, traviesa.

—¿Qué harías?

—Te sentaría sobre mi regazo y te tomaría aquí mismo. Te haría el amor hasta que sólo fueras capaz de pensar en mí.

Chantal se inclinó hacia él.

—¿Y qué te detiene?

Los ojos de Demetrius brillaron de deseo cuando ella se arqueó contra él y le hizo sentir la curva de sus generosos pechos, de sus caderas.

—Tómame. Aquí mismo. Ahora.

Demetrius la rodeó con los brazos por la cintura.

—No quiero hacerte daño.

—¿Hacerme daño? —Chantal deslizó la punta de la lengua por sus labios—. Jamás me harías daño. Ni en un millón de años. Te confiaría mi vida sin pensarlo un segundo.

—Cuidado, cariño —advirtió Demetrius—. No querrás ver a un hombretón como yo llorando, ¿no?

Ella se arrimó aún más a él, ofreciéndose a él, ofreciéndole todo el amor que llevaba en su corazón y que nadie había necesitado hasta entonces.

—¿Y por qué no? —susurró—. Unas cuantas lágrimas no le hacen mal a nadie.

—Llorar no es precisamente algo muy varonil —protestó él, parpadeando sospechosamente.

Chantal sonrió y alzó una mano para frotar la humedad de los ojos de Demetrius.

—Ya está. Vuelves a ser tan fuerte y varonil como siempre —de pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas. Su vida había cambiado tanto gracias a aquel hombre, que apenas podía creerlo—. Me has salvado.

—No.

—Sí, Demetrius. Me has liberado. Soy libre.

Demetrius dejó escapar un gruñido mezcla de indignación e impaciencia.

—Yo no diría que eres exactamente libre. Te has casado conmigo.

—En ese caso, demuéstramelo —Chantal lo besó, feliz—. Ahora.

Sin pensárselo dos veces, Demetrius la tomó en brazos y subió con ella a su dormitorio.

—Ahora sí que te has metido en un buen lío —dijo mientras la dejaba sobre la cama.

—Bien.

—¿Bien? —Demetrius apenas pudo contenerse cuando Chantal estiró los brazos por encima de su cabeza y movió sinuosamente sus caderas—. Puede que quieras replantearte esa respuesta.

—No.

Demetrius tiró de la falda de Chantal hasta dejar expuestas sus braguitas de encaje. Luego, muy despacio, le hizo separar las rodillas.

Ella se ruborizó y sintió que todo el cuerpo le ardía.

—Creo que te gusta vivir peligrosamente —murmuró Demetrius.

—Por supuesto. Cuento contigo para protegerme.

—¿Y quién va a protegerte de mí?

Chantal sentía un agradable cosquilleo por todo el cuerpo a la vez que la sangre parecía arder en sus venas.

Era el amor.

Era la felicidad.

Era la vida misma.

Sonrió y alzó las manos para sacar la camisa de los pantalones de Demetrius.

—¿Vas a dedicarte a hablar, o de verdad tienes intenciones de hacerme el amor?

Se quitaron rápidamente la ropa y un instante después se tumbó sobre ella. Chantal suspiró de placer al sentir su pecho desnudo, la fuerza de sus muslos, la presión de su poderoso sexo entre las piernas.

—No sabía que te gustara tanto el sexo —dijo él burlonamente antes de tomar entre sus labios uno de los excitados pezones de Chantal.

Ella dejó escapar un gritito ahogado.

—Ahora —dijo, anhelante, a la vez que deslizaba las manos casi con ansiedad por la espalda de Demetrius—. Tómame ahora.

Él chasqueó la lengua.

—¿Crees que voy a andarme con prisas? Lo siento, cariño, pero no pienso hacer nada precipitadamente.

Eres mía, ¿recuerdas? Y yo protejo y cuido con esmero lo que es mío.

Para cuando Demetrius decidió que había llegado el momento, Chantal estaba fuera de sí. La penetró lentamente, tanto, que necesitó su beso para recordar que debía respirar. La primera vez que hicieron el amor Demetrius fue un amante increíble, pero aquella noche, su primera noche como marido y mujer, desafiaba toda descripción. Y Chantal sintió por primera vez que era perfecta y maravillosamente suyo.

Su corazón. Su amante. Su futuro.

No pudo contener las lágrimas mientras Demetrius la llevaba hacia un lugar que jamás había soñado que existiera. No entendía cómo había sucedido. Un momento estaban en un avión cayendo a tierra y al siguiente se encontraban sobre una estrella fugaz, surcando el cielo.

—Gracias —murmuró después, con el cuerpo aún palpitante—. Gracias desde el fondo de mi corazón.

Demetrius alzó la cabeza y miró sus ojos, empañados por las lágrimas.

—No me des las gracias.

—Tengo que hacerlo. Estamos aquí gracias a ti. Tenemos lo que tenemos porque me trataste como a una mujer real, como a un ser humano normal y corriente.

—Tú nunca serás normal y corriente.

—Pero eso es todo lo que quiero, Demetrius. Eso es todo lo que siempre he querido. Simplemente nunca pensé que podría tener esto... nunca pensé que podría sentirme así.

Más tarde, mientras la luna jugaba al escondite con las nubes, Chantal se acurrucó entre los brazos de Demetrius y suspiró, satisfecha.

—Ha sido un golpe de suerte averiguar lo del primer matrimonio de Armand. ¿Cómo lo averiguó Malik? ¿Se ha enterado hoy mismo?

—No fue Malik. Fui yo el que lo averiguó.

—¿Cuándo?

—A principios de esta semana, antes de que nos fuéramos a La Croix.

Chantal permaneció muy quieta, con el ceño fruncido, tratando de comprender.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Ya tenías bastantes cosas en que pensar, suficientes decisiones que tomar como para presionarte aún más con esa noticia.

Chantal se irguió para mirar a Demetrius al rostro.

—Pero podrías haber acabado pasando un largo periodo en la cárcel. Podrías... ¿pero por qué? No entiendo.

—Es fácil. Quería lo que tú querías.

—¿Pero cómo es posible que estuvieras dispuesto a sacrificarte de ese modo? —preguntó Chantal, emocionada—. Eres tan importante, Demetrius...

—Para ti.

—Sí. Para mí. Me importas tanto...

—Exacto. Y por eso estamos aquí juntos.

—¡Pero las cosas podrían haber acabado de un modo muy distinto!

Demetrius tomó el rostro de Chantal entre las manos.

—No para nosotros. No había la más mínima posibilidad de que no acabáramos juntos.

—¿Por qué? —preguntó Chantal, perpleja.

Demetrius la estrechó entre sus brazos.

—Porque soy griego y los griegos somos una civilización cargada de sabiduría y paciencia.

Chantal rió.

—¿Hablas en serio?

—De acuerdo. Porque soy griego y te quiero más que a la vida misma. ¿Qué te parece eso?

Chantal sintió que su corazón se inflamaba.

—Me parece perfecto.

Epílogo

Cuatro meses después...

Estaban junto a la piscina, disfrutando del cálido sol del final del verano cuando Chantal tuvo una extraña sensación.

Fue como un susurro, como un revoloteo en su vientre. Tras unos momentos volvió a sentirlo. De pronto se irguió en la tumbona y se cubrió el vientre con las manos.

—Demetrius —dijo, sin poder contenerse.

Él la miró desde el borde de la piscina, donde estaba enseñando a Lilly a nadar.

—¿Qué sucede?

El bebé se había movido. Chantal lo había sentido. Sus ojos se humedecieron.

—Nada.

Era real. El bebé era real. Su familia allí en La Roca era real.

Demetrius ayudó a Lilly a salir del agua y la envolvió en una toalla.

—¿Qué está pasando? —insistió.

Chantal no creía que pudiera explicarlo. Todo estaba sucediendo. Todo estaba saliendo al final como lo había soñado. Tenía una familia, un hogar. Era feliz.

¿Cómo podían haber ido tan bien las cosas? Porque Lilly era feliz allí. Se había adaptado a Demetrius, la isla y sus habitantes con total naturalidad, como si siempre hubieran estado juntos.

Y tal vez estuvieran destinados a estarlo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Demetrius.

—Sí. Me encuentro de maravilla.

Chantal rodeó con los brazos sus rodillas, se abrazó a sí misma, abrazó la felicidad que le había ofrecido el destino y juró no soltarla. Nunca. Había esperado toda su vida para sentirse así.

Ahora podía ser feliz. Realmente feliz. Aunque el resto del mundo enloqueciera, ella merecía conservar aquel trocito de felicidad en su interior.

—Venid aquí —dijo a Lilly y a Demetrius a la vez que extendía los brazos hacia ellos—. Por favor.

—¿Qué quieres?

Chantal rió y se irguió para besar a Demetrius en los labios.

—Tu bebé —dijo, feliz—. Acaba de moverse. He pensado que querrías saberlo.

****

Podrás conocer la historia de la princesa Joelle en el Bianca del próximo mes titulado: LA PRINCESA Y EL ITALIANO